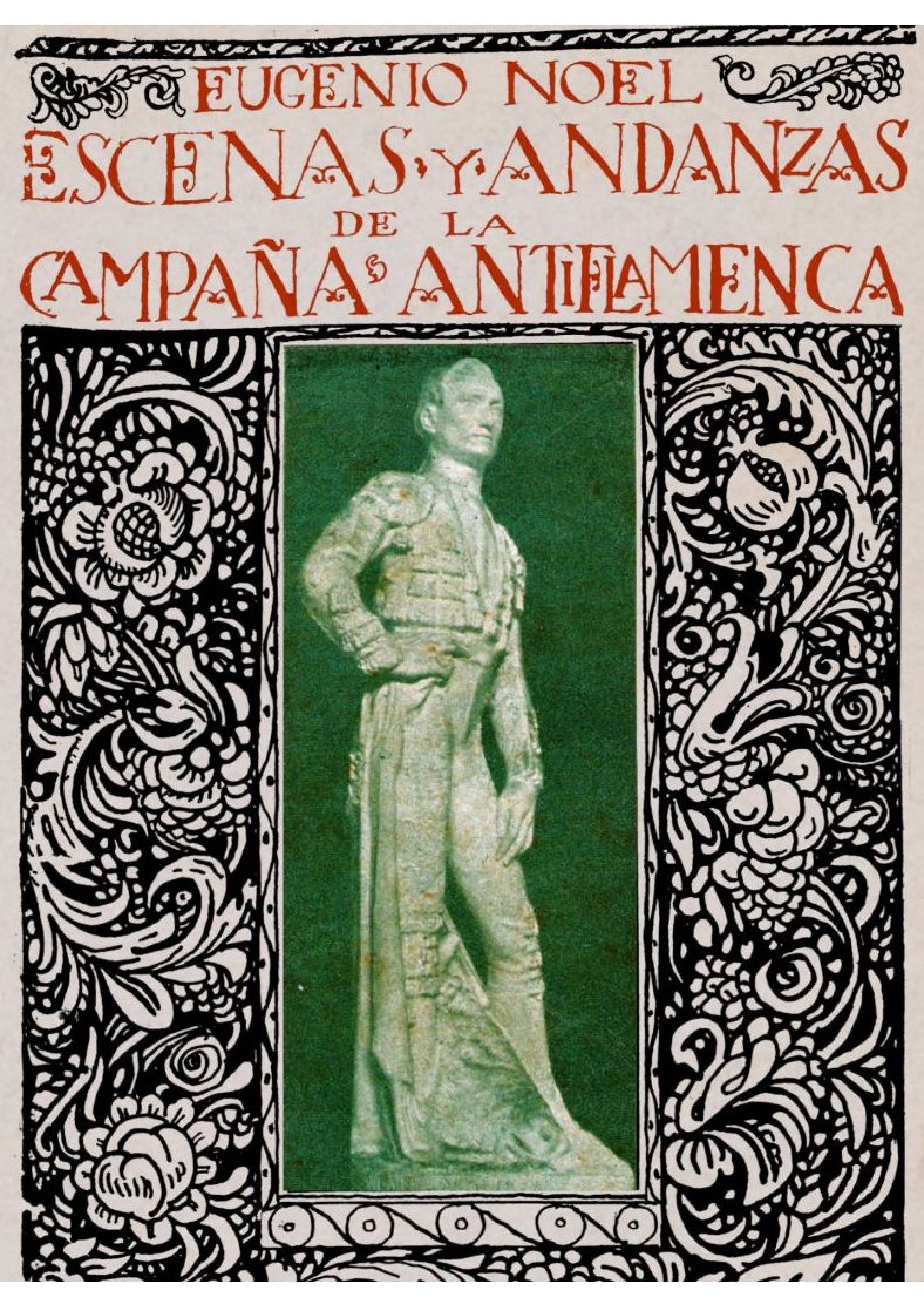
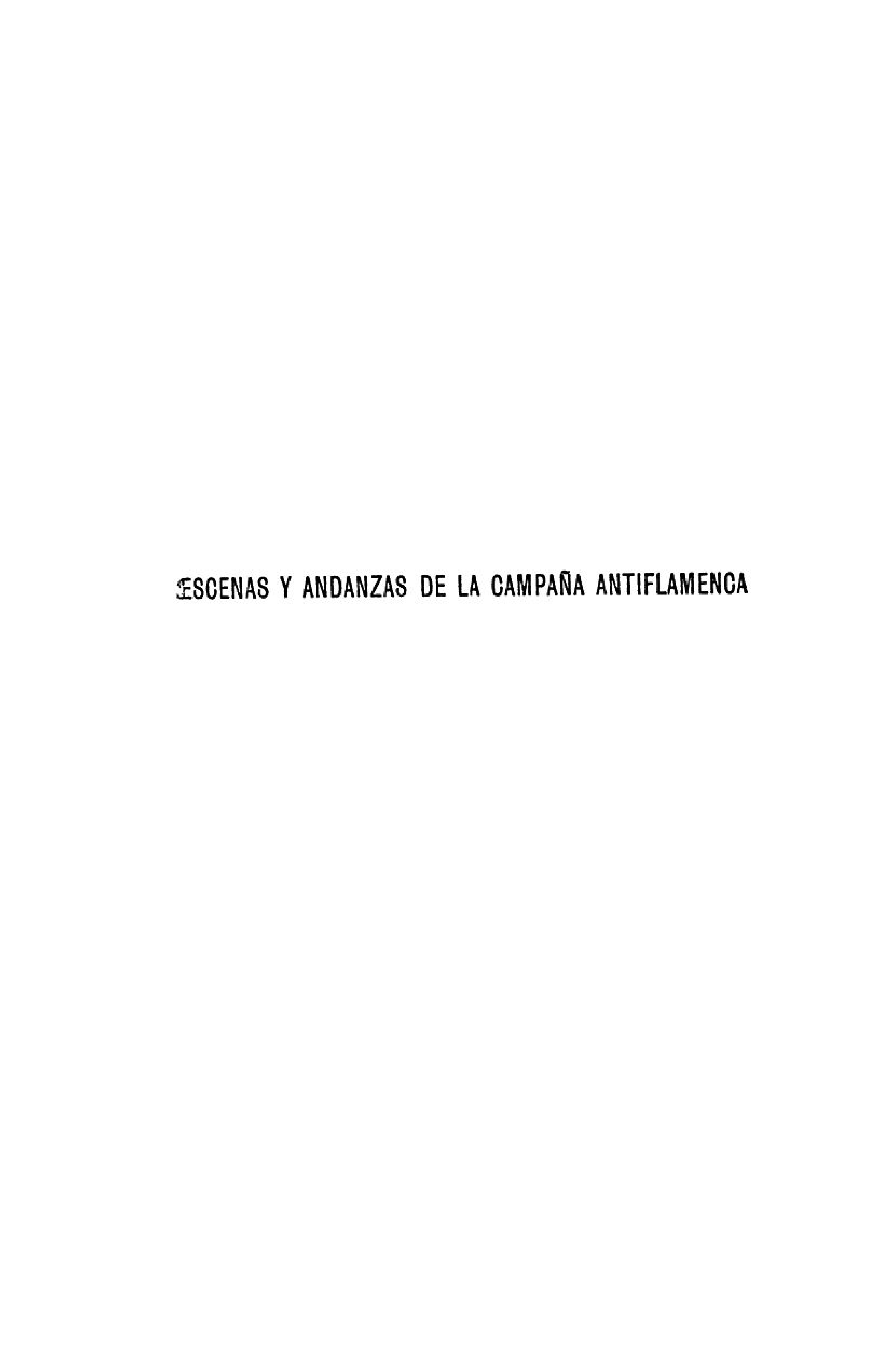

EUGENIO NOEL
ESCENAS Y ANDANZAS
DE LA
CAMPAÑA ANTIFLAMENCA



ESCENAS Y ANDANZAS DE LA CAMPAÑA ANTIFLAMENCA

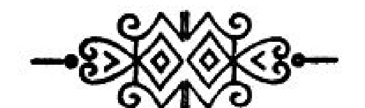
DEL MISMO AUTOR

PUBLICADA POR ESTA CASA

Pan y Toros.—Una peseta.

EUGENIO NOEL

ESCENAS Y ANDANZAS DE LA CAMPAÑA ANTIFLAMENCA



F. SEMPERE Y COMPAÑÍA, EDITORES
VALENCIA

Esta Casa Editorial obtuvo Diploma de Honor y Medalla de Oro en la Exposición Regional de Valencia de 1909 y Gran Premio de Honor en la Internacional de Buenos Aires de 1910.

Imp. de la Casa Editorial F. Sempere y Comp.ª—VALENCIA

Al recuerdo de mi pobre madre Nicasia, sola, siempre sola, criada de servir, de cuya miseria, que la vida pudo hacer miserable, ella supo desentrañar una inconcebible energía.

Predicadores laicos

Uno de mis ensueños sería formar la Orden de Predicadores laicos, y vais á saber—si os gustan las cosas serias—en qué razón fundamento esa ilusión mía.

Estamos acostumbrados á combatir las Asociaciones religiosas; pero muy pocos impugnadores, al hacer el inventario de sus riquezas y ambiciones, legalidad y extralimitación, nos dicen el secreto de su triunfo, de esas tenebrosas victorias de las que salen pujantísimas. El pensamiento político moderno las combate, son reducidos á cenizas los dogmas que las sustentan; ¿en qué consiste que después de una revolución, de un decreto de expulsión, de una matanza, esas Congregaciones renacen más poderosas, más violentas? Contestáis que en el fanatismo; sea ó no sea la razón, ved y meditad que ese fanatismo trocado en laico nos hace falta. ¿Para qué? Para lograr por medio de él victorias parecidas, ya que fracasamos con nuestros discursos y conferencias de un individualismo rabioso, oliendo que trascienden á gloria de foro y columna de Rostros.

Y nos hace falta, porque ese fanatismo será todo lo malo que queráis, y yo no lo discuto, pero contiene en sí riquísimos gérmenes de victoria y una como predesti-

nación á la victoria misma. Si nosotros no vencemos con tanta y tanta predicación y escritura; si con la cultura moderna tan vasta no logramos convencer á las gentes ni arrojarlas á la acción, es evidente que debemos cambiar de procedimientos. Convertido el fanatismo religioso en fanatismo laico, adquiriremos necesariamente las virtudes de aquél, á saber: la visión intensa del objeto y nada más que del objeto, un irresistible movimiento hacia el fin, convergencia en el fin de todos los propósitos, voluntad y deseos. Lo que torna punto menos que inútiles todos nuestros trabajos es el exceso de cultura y una enorme abundancia de buena voluntad; fácil es dar á estas cualidades lo que les falta y dárselo de prisa. ¿No habéis reparado cómo toda revolución moral ó social se incuba en sociedades secretas juramentadas? Desde Mazzini á Sun-Yat-Sen, la historia de las grandes perturbaciones sociales nos demuestra que las revoluciones triunfan en las conciencias juramentadas para triunfar.

Los jóvenes estudiantes de Sociología podemos comprender perfectamente á Gastón Richard y aun comentar su reducción de las leyes sociales á simples indicaciones de tendencias, contingentes y aproximadas; mas el joven estudiante español no debe conformarse ya con su ciencia de las cosas del espíritu y la sociedad; necesita *influir* bien para preparar el advenimiento á la realidad de esa cultura, ó ya para imponerla como esas cosas se imponen. La gran idea del filósofo Bergson, el que con William James comparte hoy en día el duunvirato de la filosofía, «hay que espiritualizar la evolución», debémosla entender así nosotros: Hay que llevar á la acción toda la cantidad de energías desarrolladas en nosotros por la labor de nuestro espíritu. En una Orden

de Predicadores laicos se procuraría arreglar la filosofía y la actividad con reglamentos que obligaran á la conciencia, reglamentos inapelables de profunda disciplina. Esos reglamentos tienen el poder de engendrar en el individuo que los acata para su perfección ó el bien de su patria una individualidad generosa y franca.

A medida de su profesión de fe laica, cuanto más crezca en su espíritu la idea de su amor, tanto más realizará en el apostolado sin que le obliguen á cejar, como hoy sucede, las circunstancias, ó la agresión, ó la indiferencia. Además de que ese fanatismo encuentra pronto los medios prácticos, positivos y materiales de su expansión. Podéis leer á Molinari, Leroy-Beaulieu, Ives Guyot, los tres patriarcas del liberalismo económico; ¿aprenderéis á adquirir los medios de predicación de las sanas y filosóficas doctrinas? La primera condición del triunfo es lograrle. Para lograrle, una sola cosa es necesaria: la agrupación. Y no la agrupación bajo ésta ó la otra razón social de partido, ó cariz político, ó instinto destructor, sino la asociación perfecta de los entendimientos en el espíritu de una Reforma hasta el grado en que esa Reforma sea el único deseo de todos los entendimientos agrupados.

El que predica ó escribe en nombre de la verdad y con su arte de decir ó escribir, por todo medio puede no ser eficaz ó serlo, pero su eficacia ha de ser tardía, costosísima. Los que predican ó escriben juramentados ante una idea fundamental producirán esa emoción incontrastable que en la gente produce ó provoca la visión de unas conciencias jóvenes, disciplinadas en una sola dirección y con un solo entusiasmo. Si algo aleja las almas en España de la actividad, es el pesimismo de ver cómo los espíritus jóvenes se adecuan al

medio ambiente al fracasar en sus primeros arrebatos. Así es que el día feliz en que vieran surgir una institución laica encaminada á la regeneración intelectual y moral de España, tendrían por lo menos que dejar su cómodo pesimismo y decir: *Veremos*, en vez de decir como hoy á todo esfuerzo levantado y noble: Eso que pretendéis es imposible; sois solo. Pensadlo bien, y si lo entendéis, comentadlo.

ESCENAS Y ANDANZAS DE LA CAMPAÑA ANTIFLAMENCA

I

Una visita á la tumba de Costa

—El hombre es capaz de destruir todas las resistencias, de franquear todos los obstáculos, de vencer la misma muerte.

(Bergson.—*L'évolution créatrice.*)

—Que los muertos entierren á sus muertos...

(La más admirable frase de Jesús de Galilea.)

No ha sido más afortunado Costa que Ferrer. Este se pudre en un sumidero; el pensador se momificará dentro de esa tumba raquítica que el cerebro enfermo de una raza envilecida ofreció al hombre que la adoró hasta el fin. Bien; un argumento más para odiar la estirpe flamenca. Un grande hombre, el hombre por excelencia, cuya barba debía colgar como exvoto laico en el Panteón de Atocha, descansa de su gigantesca labor bajo esta fea, sórdida y pequeña piedra. Muy justo. España paga en esa

moneda. Olvida. Olvidar es enterrar magníficamente. ¿Podéis imaginaros losa de bronce más pesada y espléndida que el olvido? Los héroes antiguos yacen bajo las tres piedras del dolmen, arquitrabe rústico sobre piedras sin desbastar, por cuya puerta, cómodamente, pasa el tiempo hace siglos. Beethoven duerme en el cementerio de Bonn encerrado en estrecho recinto: camináis por allí, al acaso: de pronto, encima de una piedra tallada, leéis el apellido del coloso. Vais á Zaragoza, paseáis por la ciudad, y os encontráis frente á un enorme león de bronce conducido por dos niños: es el homenaje á un ciudadano que cumplió con su deber, y nada más; allí no está el nombre de Costa que la imagen del soberbio león trajo á los labios. Seguís ambulando; un artista ha elevado al heroísmo un monumento de filigrana y tracería, en las que el bronce y la piedra cantan como estrofas; tampoco leéis allí el nombre del coloso. Os detenéis en la gran plaza; hay allí una cruz y unos mártires, delante de los cuales, cierto día, centenares de almas se postraron rindiendo las banderas. También tiene el Justicia de Aragón su ofrenda; si la hipocresía nacional no detuviera nuestra convicción, oraríamos de rodillas ante el mausoleo de las libertades ibéricas. La realeza, el imperialismo, el centralismo funesto, asesinaron á aquel que personificara nuestro genio libre. No es extraño que no veáis por parte alguna un busto de Costa; en nuestra patria sucede que el genio pasa su vida agonizando; pero cuando muere descansa bien, á plomo, en el más encantador de los silencios y en la más vasta de las soledades.

Un rico tiene aquí su sepultura, cierto atleta de mármol con el pico de hierro eternamente en el aire; es un alarde fatuo de poder financiero: la va-

nidad sobre el cadáver. Estos ricos no quieren convencerse de que el oro es ceniza, y otro de ellos ha colocado sobre la cripta funeraria la efigie del Tiempo arrancando páginas del libro de la Vida; una de ellas voló al césped, y leéis en ella que es muy breve la vida del hombre. Esto no es cierto; la vida de los ricos es siempre demasiado larga. Tampoco quieren convencerse de ello, y hacen bien. Conforme avanzáis por esta avenida presuntuosa, tirada á cordel como las calles de la urbe, la congoja es mayor. Ahí tenéis una mujer lasciva guardando el sepulcro de otro rico; es una efigie de siniestra lubricidad, cuyas formas poderosas revelan el secreto á voces de que la belleza es patrimonio de quien la compra. Más allá, el espíritu de una viuda de armoniosas y amplias caderas quiere arrancarse en vano del mármol. Miráis en torno: panteones cuya cripta está abierta para que se ventilen los restos de las afortunadas osamentas; sepulcros en construcción dentro de la caja de sus andamios; cúpulas negruzcas que rematan en estrafalarios ángeles ó cruces retorcidas y estrambóticas; tumbas como altares, en las que lloran profesionales del luto y plañideras de pago; columnas truncadas emergiendo de macizos de muérdago y hiedra y madreselvas; edificios inmensos, medio góticos, seudorománicos, ayuntamientos monstruosos de estilos y monedas y billetes de Banco. En las metopas de muchos de esos palacios de la miseria mental, manos poco piadosas y memorias remuneradas escribieron ó cincelaron salmos del Psalterio.

El cielo ha ido cubriéndose poco á poco de nubes fuertemente azules en los bordes, muy bermejas en el centro. Vienen de prisa, traídas por ese viento español sin juicio, que, encontrando las montañas peladas, corre sin freno, y asola, y estraga, y arrasa,

y destroza. El cementerio, situado en una colina, es barrido por este viento. Triste, muy triste, contemplo cómo las nubes invaden el horizonte. Hay bruma sobre el cauce del Ebro. Parece que los torbellinos de polvo suben hasta las nubes y las impregnan de una pelusa sucia que se deshilvana en ramalazos semejantes á flecos ó á lívidos jirones de niebla. Busco Graus en la lejanía, y me figuro el árbol á cuya sombra Costa deseó descansar eternamente. Está allí Graus, detrás de aquellas montañas, y el árbol también. Unicamente Costa no está allí. La última voluntad de los ricos es sagrada é inviolable; la de los genios se puede tomar en muchos sentidos. Bajo aquel árbol, los restos del pensador incomparable se harían venerables; vendrían de lejos los campesinos, como los labriegos rusos á la tumba de Tolstoi; los hombres se hablarían al oído, cerca de aquella sencilla pirámide de piedras; pero en España es necesario quitar de los ojos del pueblo la visión de su porvenir. «Ojos que no ven, corazón que no siente», dice nuestro pueblo miserable. Por eso trajeron los restos de Costa al escondido y solitario cementerio, á este rincón, á este hoyo. Por poco lo sepultan junto á la tapia, ó lo meten en el osario, ó lo esconden en alguno de esos nichos donde los españoles catalogamos nuestros perdidos grandes hombres. El sepulcro de Joaquín Costa no conmueve, irrita. Le ve uno revolverse en la caja, en el ataúd, queriéndose escapar de lugar tan estrecho y mezquino. Le ve uno escapándose á la frontera y presentándose al cónsul, y naturalizándose extranjero, después de muerto, para dormir en paz y á gusto.

En un ángulo libre, aislado, solo, se destaca el sepulcro del héroe; una piedra de un palmo de gruesa, cortada en bisel, asentada sobre un bastidor

de 112 ladrillos. La piedra es caliza, porosa, fea y partida hacia su tercio inferior, como si Costa la hubiera querido hacer saltar de una patada. Aquella gruta es un poema, colocada como está cerca del nombre del coloso, nombre rascado y delineado allí de mala gana. La perspectiva es grandiosa y produce el escalofrío de la risa. Cipreses enanos, sostenidos por palos; montones de tierra; un puntal con una cartela, que dice: «Cuadro 27, números 933 al 1.767»; otro más alto que sostiene una chapa corroída de orín; otros maderos con otros números, el 1.751 y el 1.695; un sepulcro que tiene por balaustre cuatro maderas podridas; cuatro cipreses más en torno de una tumba; un bosque de verjas oxidadas, de cruces raras, de sepulcros muy pobres, y allá, en las tapias y apoyadas en ellas, lápidas rotas é inservibles.

Preciso es pasear un rato para que aquel endiablado viento de tormenta, á ratos cálido, á ratos helado como el carácter español, se lleve de la frente los cuatro pensamientos. Pero no quieren irse. Se ciernen sobre el cerebro como las nubes en el viento; se ennegrecen, relampaguean y truenan. Los ojos ven una tumba que tiene en los extremos cuatro lampadarios de traza romana. En un sitio leen: «Tomás»; en otro, «Jardiel». Y ya no ven ni leen más; es decir, ven cerebro adentro, sueñan, deliran, enloquecen, se niegan á toda serenidad y reflexión. ¿Por qué Joaquín Costa descansa ahí abandonado, sin una flor, sin una estatua, sin una columna, sin algo de lo que adorna las tumbas de esos ricos? ¿Porque lo pidió él así? ¿Acaso no pidió él también que se le enterrase en plena Naturaleza, en la hermosa soledad de los caminos? El, que había hecho de la pluma un látigo; él, que lo esgrimió sobre la cabeza rapada de una raza esclava

y sorda, tuvo en las manos un rosario y un crucifijo, recibió en las sienes el agua del hisopo y descansó en lugar sagrado. Y nadie se reveló, y nadie se opuso, y todos dejaron hacer. Por eso todos callan ahora y cuando le ven así no rugen. Los sapos no rugen, croan. Toda España es una charca, una ciénaga de logreros, de hampones blanqueados de almidón. Ven, guiñan los ojos y murmuran el «A buen callar llaman Sancho».

Sin duda que es de mal gusto rugir, bramar, escandalizarse. Sin duda que hay que tomar las cosas, los individuos y las naciones como son. Sin duda que es preferible hacer ó vomitar novelones pornográficos que adorar á estos hombres excepcionales. ¡Los republicanos!... Los terribles revolucionarios no se cuidan de estas pequeñas cosas. Ferrer duerme en un corral hasta el día en que un perro vagabundo lo desentierre y se lo coma. Costa desaparecerá un día, como dicen que desaparecían antiguamente los santos que se creían enterrados de mala manera. ¿Y qué?... ¿Por ventura se estremece España ya?... Además, ¿saben esos republicanos quién era Costa? ¿Le leyeron? ¿Le hicieron caso? ¿Le ayudaron?... ¿No hemos visto cómo murmuraban de él en vida? Cesaron pronto los lamentos por su muerte, el duelo nacional duró lo que un luto de corte. Hoy nadie se acuerda, y la prueba está aquí, en esa tumba grosera, mezquina, rota en dos pedazos, que un día se abrirá, y no lejano, con las lluvias y por obra del viento. Los republicanos tienen mala memoria. Los que no son republicanos, odian. Los unos por ignorancia, los otros por el estómago, desprecian al ídolo, al hombre, al genio; le olvidan, sólo resucitan para exclamar: —¿Costa?... ¡¡Ah, Costa!!—Y el coloso, el único hombre que podríamos incorporar á los políticos

de Fernando VI y Carlos III y á los sociólogos modernos, olvidado, no leído, abandonado, se momifica aquí, despacio, muy despacio...

El viento arrecia; pero las nubes se esparcen. Luce el sol. Se distingue la arboleda que bordea el Canal de Pignatelli. La vieja ciudad heroica descansa allá abajo del esfuerzo hecho en la Exposición de los Sitios, bien ajena á la suerte que corren los despojos de aquel Costa, por cuya posesión á punto estuvo de cometer locuras aragonesas. ¿Por qué ahora que los tiene, que todavía no se los ha llevado el viento ó la garra de un grajo, no comete locuras por conservarlos como debe? Porque no hay dinero; la célebre cantilena española, la vergonzosa razón de todo en España. En cambio, los que se elevaron á sí mismos esos enormes sarcófagos con atletas desnudos y mujeres impúdicas, esos sí tienen dinero. Los republicanos son, asimismo, pobres. Y vegetando como imbéciles en esta miseria y basura, republicanos y monárquicos se alzan siniestramente de hombros. Costa los llamó eunucos. El coloso los conocía, porque para estudiarlos los hubo de desnudar. Y cuando los vió así, murió.

II

La oreja de "Amargoso,,

Artículo ofrecido como regalo al Gallito *por su brindis de ayer tarde.*

Brindar la muerte de un toro es la ofrenda más valiosa que un español puede hacer á otro español. Los que tienen dinero recompensan el trabajo del torero con billetes de Banco ó brillantes engarzados en aros de oro. Ayer, un lidiador famoso llamado el *Gallito,* excitado á ello por las imprecaciones de diez y ocho mil almas, ó cosa parecida, se quitó delante de mí su montera negra, me habló en un lenguaje que no entiendo, y después de matar un toro me envió la oreja del pobre animal. Entonces yo, correspondiendo á su obsequio, le arrojé una tarjeta con este extraño escrito, que debía conservarse para edificación de flamencos: «*Vale por un artículo en* EL PUEBLO.» ¿Y qué otra cosa podría yo ofrecer á un torero si no es uno de esos artículos míos en los que burla burlando doy á mi pobre patria el secreto de su degeneración? ¿Qué podría, en mi forzada miseria de intelectual español, regalar al torero célebre que en el término de dos horas gana seis veces mil pesetas?

Por eso, al escribir aquella tarjeta, mientras las masas ululaban ebrias de sangre de caballo, mi

mano temblaba de coraje y hubiera escrito en el pequeño espacio blanco un poema de indignación y vilipendio. Quien pensó herirme en el corazón al obligar al torero á un brindis que no sentía, logró su objeto y me dió una buena puñalada. ¿Cómo pensar que el *Gallito* habría de convencerme porque mató á *Amargoso* de una certera estocada? ¿Y cómo soñar yo que el *Gallito* pudiera jamás darse cuenta de que no mataba á un toro, sino á su misma patria? Nunca sería capaz de demostrar á ese lidiador que de las Plazas de toros sale la epidemia del flamenquismo; nunca dejaría él de creer que una profesión que le reporta anualmente medio millón de pesetas no es un oficio indigno ó perjudicial.

Pocos fueron los que comprendieron cuánta fortaleza de ánimo no es necesaria para presenciar desde un palco los caprichos del pueblo que se divierte. Hicieron bien los que me insultaron, los que silbaron, los que aplaudieron, los que á gritos pedían que hablara; se manifestaron como en realidad son, neurasténicos, hiperestésicos, histéricos. La histeria, sordamente, constantemente, en proporciones cada vez más espantables, va consumiendo á la raza. Los caballos se pisaban sus mondongos, sus asaduras; los rehiletes de pólvora envolvían á los toros en humo cárdeno; la plebe se agitaba convulsa deseando sangre y peligro; en estas condiciones ¿quién recordaría á los espectadores los aterradores datos que yo les ofrezco en mis conferencias? Pero yo, en cambio, les observaba fijamente á ellos como un médico y me convencía de que estaba ante una raza muy enferma de la médula y me afirmaba en la idea de que el torero, inconscientemente, es el causante de todas las desgracias nacionales. ¿Qué importa que esa burocracia del mal, tocada con sombrero de paja, se revolviera

contra un joven y le insultara porque aquel joven, estudiándoles, había hallado las raíces de nuestra degeneración mental en la fiesta maldita? Lo que importa es el hecho del brindis, de la ofrenda de la oreja, del sarcasmo de ese regalo bárbaro y arcaico.

El país á quien se quiere noblemente salvar paga en esa moneda la labor de liberarlo de su vicio favorito; yo acepté la moneda con júbilo, como he aceptado las lágrimas, la peregrinación, el sudor, la impopularidad, no sin antes decirle á mi pueblo que las orejas que yo deseo son las suyas, no las de los toros. *Gallito* es una víctima de su público. Inducido por él, me quiso demostrar que es fácil matar á un toro cuando se tiene una espada en la mano, siete toreros al lado, una muleta en la otra mano, la barrera y después de haber banderilleado y picado y toreado al desgraciado animal. Cuando *Amargoso* murió, ese público premió la faena con un gigantesco aplauso, protesta colosal á mis conferencias, artículos y palabras.

Y bien: ¿qué significa esta protesta del público, ese canto de triunfo de diez y ocho mil almas? ¿Qué quiere decir la ofrenda de la oreja del toro sacrificado en irónico holocausto á la defensa que yo hago de su valor, nobleza y mansedumbre? Quiere decir que tengo la razón y no tengo la fuerza; quiere decir que soy uno contra diez y ocho mil; quiere decir que España es el país de la majeza y la cobardía. ¿Por qué no contestan en los periódicos á mis argumentos con otros? ¿Por qué no oponen razones á los guarismos é ideas que yo noblemente expongo, y á falta de ellos me contestan con burlas, chistes, sandeces y vaciedades?... *Bombita* dice á mis réplicas:—No creo que haya en mi profesión eso que usted dice.—*Machaquito* afirma solemnemente:—Mientras las empresas y el público me

favorezcan, seguiré en mi profesión.—*Gallito* mata delante de mí un toro, en cuyo acto yo leo su afirmación rotunda de que matar un toro es la cosa más bella de este mundo, y desde luego, la más productiva. ¿Qué haría ante estos argumentos un hombre inteligente? Conducirse como se obra con los niños mal educados: guardarse la oreja en el bolsillo y seguir predicando con mayor energía que antes, sin contemplaciones, empezando por aconsejar al *Gallito* se retire á sus lares y no contribuya á la degeneración de la patria que él, sin duda alguna, ama como yo.

La hiperestesia del espíritu nacional ha llegado á extremos espantosos. Mujeres y hombres se estrujan en las Plazas de toros, gritan, discuten, aplauden, injurian, se agitan y es el único punto en que manifiestan alguna energía, la vana energía de las masas que imponen por su número y hacen reír por su infantilismo grosero y hueco. ¿Qué creería dar con su oreja el buen pueblo que tiene doce mil millones de pesetas de Deuda y no puede pagarlos? ¿Qué batalla creería haber ganado el pobre pueblo del barranco del Lobo? *Gallito* debía saber, si ese joven leyera, que los públicos que le aplauden, le miman y hasta van á presidio por defender una faena suya, están muy enfermos de una enfermedad que sólo pueden curar los cirujanos de hierro. ¡Los cirujanos de hierro!... España se ha creído que esos hombres cuando aparecen son tan débiles que fracasan ante la burla ó el escarnio. Ignora la desgraciada España que se la ama tanto más cuando más se convence la inteligencia de que tal país está imbécil de remate.

Ese pueblo que se burla, ese pueblo que escarnece podrá conquistarlo todo menos que se le ame cada vez más y que por adorarla se exponga el co-

razón á sus puñaladas. *Gallito*, si leyera, si supiera los centenares de razones, datos é inventarios que yo doy cuando hablo contra el flamenquismo, le habría temblado la mano de emoción al regalarme su ofrenda y no me hubiera dedicado la muerte de uno de esos animales tan útiles á la agricultura y que aunque él no lo crea son perfectamente domésticos y no espantables fieras. Pero *Gallito*, como mi pueblo, no lee y cree que yo soy un detractor vulgar de esa fiesta y me prueba su valor ó su destreza como Dios ó Cúchares le dan á entender, cuando sería mejor que, leyendo, tomara nota y estudiara los males que causa la afición torera á nuestra patria y tuviera para el joven que los analiza toda clase de respeto.

¿Hay error? Pues á demostrarlo. ¿Hay equivocación? Pues á discutirlo. Pero demostrar el arte, la utilidad y la beneficencia de los toros haciéndolos polvo y ofreciendo orejas, es un rasgo pueril, flamenco y llamativo que nadie puede tomar en serio si no es para denigrarlo. Brindar un toro es el rasgo más español é implica cierto género de agradecimiento ó cortesía. Cierto; lo cortés no quita lo valiente. He aquí el artículo ofrecido. Nunca me consolaré de haber empleado las columnas de un periódico en pagar la ofrenda de una oreja de toro. Si las odas de amor, en España, deben escribirse al dorso de un billete de Banco, estos artículos debían imprimirse al pie del acta consular en la que el autor se nacionalizara extranjero. Pero, á pesar de la oreja, hay Noel para rato, y presumo que serán necesarios muchos trofeos de esos para que yo me convenza de que mi patria está irremediablemente perdida.

III

Tres gatos se comen la oreja del "Gallo„

Palmo á palmo he recorrido la provincia de Valencia dando conferencias contra el flamenquismo que todo lo pudre en España. El periódico *El Pueblo* hablaba diariamente de estas andanzas. Una tarde toreaba el *Gallo*. En Lyón d'Or hojeaba yo las ilustraciones extranjeras que traían fotografías tan admirables como los ejercicios gimnásticos de los *sokols* tcheques en Letna. Paróse ante mí un procaz revendedor, mofletudo y poco aprensivo, y conociendo en mis melenas al implacable enemigo de la fiesta bárbara me ofreció irónicamente una entrada de palco. Tuve entonces una de esas ideas que los españoles llamamos luminosas, acepté y pagué la entrada y me fuí á la enorme plaza, la mayor de España. Estaba seguro de que mi presencia amargaría el espectáculo á aquellas buenas diez y ocho mil almas. Y así fué. Es decir, fué mucho más, la verificación de todos mis anatemas y todas mis argumentaciones. Pronto, unos abogadillos de esos que hablan mal del Código y lo explotan, hicieron correr la voz de que allí estaba el famoso melenudo cuyas andanzas eran cosas de apóstol. Sin exagerar, sin mentir, la plaza entera ya no hizo otra cosa que insultarme, vociferar,

escandalizarse y comentar en todos los tonos y con todas las ruindades de nuestra raza envilecida mi presencia. Pusiéronse en pie los flamencos, y era cosa de oir de aquellas bocas las frases admirables que yo pongo en solfa. ¡Qué *choteo*, Dios santo!... Ni en un burdel, ni en una cuadra. Pitos, flautas, escarnios, sandeces, retruécanos, toda la lira de los equívocos españoles, toda la gama de la befa, el baldón y la mengua. Oprobio sobre oprobio caía sobre mi cerebro el escarnio de diez y ocho mil valientes, que insultaban con supremo valor á un joven solo. Los toreros observaban encantados su obra. Toda una ciudad revolviéndose furiosa contra un joven por defenderles su taleguilla y sus millones, bien valía mirar al palco en el que yo, sereno, con la serenidad que da la amargura aceptada por deber, tendía mis ojos por aquel ámbito inmenso, triste cementerio de espíritus tan semejante á las famosas torres del silencio de Bombay. Vicente Pastor, apoyado en la barrera, miraba con esa cara dura que no tardaremos en ver hasta en las monedas, y el *Gallo* comparaba sin duda su calva y mis melenas como filosofando en las endiabladas razones por las que un hombre pierde los pelos.

Así el asunto, y el escándalo en fusas, dióle al pueblo soberano por lo peor que le podía dar, y fué que tocándole matar al *Gallo* aquel toro, las diez y ocho mil cabezas, ó lo que fueran, allí de cuerpo presente, comenzaron á dar tales voces, patadas y berridos, que hubo de pararse el *Gallo* y escuchar la voluntad incontrastable del público. Tratábase de que el gran artista me brindara la muerte de *Amargoso*, nombre simbólico de todas veras y un tanto consolador. En dicha suya fué, y por días de indulgencias se lo cuenten, que el *Gallo* aceptara,

porque si no, allí mismo deja de ganar seis mil pesetas en dos horas. Trémulo y rojo, como el hombre que no sabe lo que se hace ó hace lo que le exigen sin saber por qué, el torero me brindó su faena. La copa de la amargura, llena hasta los bordes, temblaba en mis manos; pero el pueblo aquel no sabía que yo no había de beberla, sino de arrojarla sobre él para ignominia suya. Aunque el *Gallo* hubiera matado á su toro de un *sartenazo* le habrían aplaudido; pero resultó que hizo *monerías*, y allí fué lo de gritar virilmente y masculinamente: *¡Olé mi nene!* y *¡Ese es mi hombre!...* Había por aquellos tendidos centenares de sujetos para quienes aquel día era el más feliz de su vida. Por fin *rodó* el hermoso animal sacrificado en honor mío—¡qué paradoja, doctor Humbugnamm!—y sonó en la plaza el delicioso ruido de treinta y seis mil manos palmoteando y jaleando al liadiador furiosamente, ni más ni menos que si hubiera sido el héroe de Maratón. Entonces el *Gallo* tuvo una idea, que como suya, elevó á la enésima potencia el delirio de la admiración y la apoteosis: cortó la oreja del animal y me la entregó. Yo no se la quise arrojar á la cara, no valía la pena. Le pagué en buena moneda, en oro de ley; le arrojé una tarjeta donde escribí: «Vale por un artículo en *El Pueblo*.» Los que leyeran aquel artículo, Valencia entera, saben que no se puede despreciar de modo más definitivo el acto de los flamencos y la idea del torero. Lo que no saben es que, al otro día, cuidadosamente y después de buscar los verdugos entre los más fieros gatos de la vecindad les arrojé la oreja del *Gallo*, no sin antes pensar que muy bien algún *orejudo* taurófilo me hubiese comprado el recuerdo por suma espantable. Los tres gatos bufaban y reñían entre sí por destrozar aquel pedazo de ternilla. Entretanto medi-

taba yo con fruición que el acto mío de asistir á la corrida tendría la virtud de extenderse como reguero por toda la Península. ¡Y con qué libro, con qué artículo, por qué acto cívico se podría alcanzar hoy en España tan enorme privilegio!... ¡Qué *choteo,* Dios santo!... Pero con él los diez y ocho mil *chotos* han conseguido popularizar mi campaña en un mil por cien. Y en ello está su justo castigo y el efecto por mí buscado.

IV

La audacia de la Ciencia

He presenciado en la maravillosa clínica del doctor Calatayud una operación de cirugía que ha producido en mí la sensación del arte más perfecto. Yo adoro la Ciencia porque la Ciencia es amor; al mismo tiempo cultivo la lectura de los sabios porque son unos admirables artistas del corazón.

Este joven doctor, en cuya fisonomía la bondad ha logrado encubrir con dulzura la energía ardiente é implacable del observador, habló conmigo. Es su palabra breve, pero cálida, y su alma franca; su frente es amplia, de pensador, de lóbulos robustos; en sus grandes ojos cargados de espíritu se mueve una pupila inquieta sedienta de verdad. Estrecháis su mano y ya no podéis dejar de ser su amigo. ¿Por qué? Por su alma. Su alma de admirable armonía investiga al miraros, y si en vuestros ojos hay espíritu os comunicará su ciencia, os la dará como el artista da su palabra ó regala el don de la belleza.

Y es su ciencia una ciencia nueva, la ciencia de la luz. El arte puro, el grande, no podía soñar nada tan sugestivo. La electricidad que nos ilumina, que mueve nuestras fábricas, que moverá nuestros barcos, que integra el universo y tal vez nos forma

substancialmente á nosotros mismos, sirve también para curarnos. Voy de sorpresa en sorpresa por aquellas habitaciones claras, sencillas, de una elegancia justa. Allí no hay los terroríficos arsenales de cirugía que he visto en las clínicas, allí no hay más que luz, aparatos que gradúan poderosas corrientes, cámaras que despiden fulguraciones intensas, pilas, transformadores, baterías, baños de luz, todo nuevo, moderno, brillante, acariciando los ojos con su limpieza que embelesa el alma. Manivelas sencillísimas ponen en movimiento los aparatos que son fuentes de fuerza y de vida. Esa vida, esa fuerza, pasa los músculos del hombre, se embebe en ellos, acelera la combustión interna, limpia, organiza, renueva, embellece, no hace daño. Impresiona tan absoluta sencillez. La electricidad obedece, el indomable fluido se ajusta á fórmulas que son prodigios de cálculo, y la electricidad pasa dulcemente por los hilos, corre, se sujeta á la voluntad del instrumento, y cuando el doctor quiere entra á raudales en el organismo enfermo y le sana, le vigoriza, le reconstruye, es tan poderoso el fluido manejado así, tan silencioso, tan eficaz, que sólo el cerebro del doctor puede darse cuenta de las transformaciones de la energía allí verificadas.

Pero esto no es suficiente. El doctor Calatayud quiere llegar á más. Ha dicho que la luz curará también la imperfección como sana el mal. El mal deja huella de su paso, cicatrices, deformidades: la luz las borrará. ¿No es esto arte, belleza? La Ciencia evita la crueldad, y lentamente resta al dolor físico sus horrores. Pero no es bastante; es necesario que de la herida no brote sangre, que la mano del cirujano no se manche, que el peto inmaculado de los mandiles, después de la operación, sea blanco, que una gota de sangre no salpique. Es necesario

más: que el instrumento se oculte, que se esconda, que no aparezca con sus formas nieladas de acero. Y todo eso lo vi yo. Vi dos generadores de corriente, y esa corriente llegaba á manos del doctor, que operaba un cáncer en una mama, en el pecho de una mujer; y cuando esperaba ver surtidores de sangre ó derramamientos de ella por las blancas ropas, vi trazar un círculo parduzco en torno del seno cancerado; vi destellar una llama continua que hendía, lamía, carburaba, coagulaba y separaba del pectoral, lentamente, la mama hedionda.

Allá en el quirófano del Hospital de San Carlos presenciaba yo tembloroso operación semejante. La sangre emocionaba, los internos enjugaban algodones, se ligaban arterias, se cortaba, se rajaba, y luego de la masa sanguinolenta la mano del operador salía roja, sucia, feroz. Pero aquí la luz quema, entra audacísima en el núcleo emponzoñado y mata los gérmenes morbosos sorprendidos, calcina sus restos y carbura la herida tornándola inmune á las bacterias infecciosas.

Sube del tumor vencido un humillo azul de ofrenda. La carne chamuscada no hiere; produce un raro olor que no ofende. El óvalo de la amputación es ya negro, con negro de cecina curada sobre los llares. Cuando el algodón cubre la mancha, el doctor sonríe y hay en su sonrisa un pensamiento de dulzura infinita. El monstruo quedó vencido, el cáncer que roía aquel seno sintió de pronto en sus tinieblas la luz y se coaguló: le mató el asombro. La electricidad fué á buscar al microbio á su madriguera y el bacilo murió instantáneamente; no hubo lucha, no puede haber lucha entre las sombras y la luz. El problema fué conducir esa luz a la herida. El doctor me pregunta:—¿Qué le parece?

No es posible contestar á esa humilde pregunta

de otro modo que con el sencillo homenaje de la admiración. ¡Qué ha de parecer una obra de arte realizada en el cuerpo de una mujer por la inteligencia! Cuando los ojos del doctor guiaban el pulso certero, cuando su mano bendita conducía la luz por las tenebrosas regiones del mal, sabiamente, calculando, operando en la pieza anatómica, sintiendo á pocos pasos el corazón y el latido de la enferma, ¿en qué pensaba? ¿Por qué siendo tan joven gasta su fortuna en los costosos aparatos, y estudia, y progresa, y vence? El amor guiaba aquella mano y sostenía la doble luz de los ojos y de la chispa que sanaba: un grande amor, el de la Humanidad, el único que hace obras de arte perfectas, porque las hace científicas.

Hay en la Ciencia una nueva idea del amor de cuya grandiosidad sólo pueden darse cuenta los sabios. Este amor salva, cura y sana, no responde á excitación alguna, no pide nada á cambio, no se engalla ni se adorna, es un profundo sentimiento del bien y una dulcísima concepción de la igualdad humana. En este amor el alma no engaña ni miente, sabe y atiende, hace el bien por conocimiento de causa, evita el mal por estudio del mal, hace imposible el dolor físico motivo del dolor moral y vergüenza del hombre. Por ello al preguntarme el joven doctor:—¿Qué le parece?—no supe responderle. ¿Qué habría de responderle? Si aquello no era hacer el bien absoluto, se parecía mucho. Sólo pude decirle que las letras y sus filigranas, los artículos y los libros que, exacerbándole, pretenden curar el mal moral, el dolor espiritual, tienen mucho que aprender en la diatermia, en su arte, en su ciencia. Y en realidad, ¿qué vale sentir y saber expresar la belleza si no podemos librar de un cáncer el pecho de la mujer que amamos?

Y me alejo de la clínica hondamente preocupado, pensando en la adorada de Raimundo Lulio con su cáncer en el seno, en la gran tragedia del sabio que llegó á soñar convertida en oro la piedra filosofal, el rayo de luz de Paracelso, y que no podía adivinar en esa luz la salud de su amada, la extirpación de aquel cáncer que asesinó á la amante y enloqueció al amado.

V

Ante la estatua de Prim en Reus

Los que alzaron sobre este enorme pedestal la estatua ecuestre del héroe de Castillejos, tenían del *Hombre* la siguiente idea:—Un hombre es cierto ser que, desde el momento histórico en que monta sobre un caballo de guerra, tiene derecho para cometer cuantas atrocidades quiera, seguro de que existirán otros seres hermanos suyos que llamarán á sus atrocidades heroísmos. Esta encantadora y concluyente definición del *Hombre* es más definitiva si se complica en ella á todo un pueblo y se hace cuestión nacional. Entonces elevarán la simple idea á sistema filosófico y tendréis una bonita apología del valor. Como una causa tiene más de un efecto, de la noción del valor os deducirán una norma de conducta y andad con ojo, porque si no la aceptáis, corréis el peligro de caer en algún obscuro artículo del Código, y si os atrevéis á discutirla, tal vez concitéis contra vosotros la ira de un pueblo ofendido. Un pueblo puede no ofenderse porque le llaméis imbécil ó ignorante; pero os linchará si ponéis en duda que es capaz de romperos el alma. La ignorancia no es ofensa, la cobardía es una afrenta, y ¡guay de vosotros si no estáis conformes con este luminoso raciocinio:—Un hombre que abre de par

en par á su prójimo y se come los hígados de su hermano, es un héroe.

Mas sucede que hay espíritus pusilánimes á quienes no se les alcanza que un héroe sea cosa de provecho, y entonces, ante estas formidables estatuas de bronce, se encogen de hombros preguntándose:—Y este enorme caballo y ese gigante que en él cabalga eternamente inmóvil, ¿no son una especie de ídolos viejos á cuyos pies un pueblo se petrifica de espanto y de adoración?—Sucede también y con mucha frecuencia este hermoso episodio maternal. Pasa un niño de la mano de su madre. Se paran los dos ante el coloso y el niño pregunta:—¿Qué hizo este hombre, madre?—Y la madre responde:—Matar, hijo.

No obstante parece ser que tales monumentos son necesarios, porque ellos son como justificaciones de la barbarie humana. Yo huelo sangre ante ellos. Hieden. La espada enhiesta chorrea sangre. Tienen sobre su cabeza la aureola de muchos homicidios legales y encima del corazón el sol de la victoria. Son tan masculinos, que el caballo es una prolongación de su abdomen. Este caballo que por lo menos ejecuta la mitad de los crímenes que se atribuyen al héroe, tiene su parte en la apoteosis y en las apologías y se hace inmortal como él. Sin esta complicidad del caballo serían menos heroicos y la infantil imaginación del pueblo se excitaría menos.

¿Por qué no habrán erigido en esta hermosa plaza de Reus, bella como una plaza italiana, la imagen de Prim tal como la soñó Regnault: aquel caballo apocalíptico, negro como el infierno, colosal, de crines erizadas, de ijares irritados? Allí, en el famoso lienzo del pintor francés, el héroe español es nuestro símbolo exacto, el espíritu de la rebeldía transformado el día del triunfo en un abismo de

imprevisión y de ignorancia. ¿No fué este hombre de bronce, este profesor de energía quien, después de ponerse fuera de la ley tantas veces, revolucionar regimientos, huir á las fronteras, conspirar al amparo de ellas y triunfar, anduvo buscando por Europa un rey que quisiera la corona de España? ¿Por ventura no lo fusilaron ó ahorcaron en efigie sobre un asno sus idólatras de Reus? ¿No le derrotaron su candidatura á diputado á Cortes? Pero como este hombre tuvo muchos hígados, y asaltó trincheras, y peleó en el moro haciendo prodigios sangrientos, se elevó á su valor esta mole para que aprendiéramos á matar, á montar en caballo y á cometer locuras audaces. ¿Qué otra enseñanza se desprende de la broncínea efigie? ¿Es que sólo se ama á la patria siendo soldado, vistiendo el uniforme y matando infieles en Marruecos?

He andado por ahí y no he visto la estatua de Fortuny; en una capilla de la Catedral cierta lápida me reveló que dentro, bien guardado, estaba el corazón del artista. Pero Prim en Reus está en todas partes; es como el fetiche de la ciudad; es sagrado é inviolable; habláis contra él y el Concejo decreta borrar vuestras palabras. Los mismos republicanos se irritan y os escarnecen diciendo:—¡Ese hombre insultó á la ciudad!...—Luego la ciudad no es otra cosa que la estatua de Prim. El culto de los muertos tiene el privilegio de ahogar el progreso en los hombres. Estos republicanos que no le imitan le defienden. ¿Por qué? Creen defender la ciudad así y llaman insulto al raciocinio que revela esta idea: —Las ciudades que se entregan al culto de sus héroes, mueren de consunción, de anemia espiritual.—Por lo demás, Prim no tuvo otro defecto que parecerse á Bismarck en el casco, en el gesto y en el ceño. Fué una especie de Bismarck de cera.

Cuando Castelar le acorraló un día en el Congreso, Prim, tartamudeando, se levantó para decir que si él no sabía hablar, en cambio Moret lo haría en su lugar de un modo admirable. Lo que no impidió á Prim ser el principal causante de la guerra francoprusiana.

Me plazco en reirme de esta efigie y recito versos de *La cólera del bronce* de Víctor Hugo. Recuerdo también algunas otras estatuas europeas que se parecen á ésta en lo grandiosas y en lo inútiles: la Juana de Arco, de Dubois, que como obra artística es una maravilla, pero á quien el libro de Anatole France ha dado su merecido; la estatua ecuestre del Gran Elector en Berlín, de Schlüter; la efigie del Collconi, de Verrocchio, la de Gattamelata, del Donatello, en Padua; la de Pedro I de Rusia. . y tantas otras de las que mejor es no acordarse. ¿Por qué me río?... Por no llorar; por no vociferar en las plazas y congregar á las multitudes y decirlas su locura al levantar moles de piedra y bronce en honor de la espada triunfante cuando no se ocupan de los pensadores. ¿Cómo han de poseerlos si no los crean? Esas multitudes que hipnotizadas por el valor, por los riñones, por la audacia, se arrodillan delante de estas efigies, ¿con qué derecho se oponen á las guerras, al derramamiento de sangre y se llaman progresivas y leen á los pensadores modernos de cuyas páginas sale la execración del heroísmo? *Castigat ridendo mores*, castiga riendo las costumbres; contra el bronce la risa; la sátira contra la apoteosis; la ironía contra estos pedruscos labrados que usurpan un sitio al sabio, al investigador, á los poetas.

Ya tiene la espada sus apoteosis en las hecatombes del campo de batalla, en los buitres que se ceban en los muertos, en las cruces, en los grados,

en los galones, en el pasodoble, en los millones que cuestan, en las pirámides de hermanos que mueren. Franch Stuch montó á caballo, en un caballo escuálido como el corcel de la muerte en los frescos de Mantegna, un hombre desnudo portando un espadón gigantesco, hollando un inmenso campo cubierto de cadáveres. ¡Qué diferencia entre estas efigies de la energía antigua y aquel otro caballo de piedra en el que el genio del escultor Watts idealizó la fuerza del fluido moderno, el *caballo* que la industria moderna usa para su labor!... ¡Hasta pueden tolerarse estatuas como la de Manuel Filiberto en Turín que mete en la vaina su espada como señal de paz!... Mas ante estas montañas esculpidas en honor del valor flamenco sobre un solar pobre que nadie ama, que nadie cultiva, que todos destrozan con sus cultos arcaicos á los dioses de la sangre, el joven moderno tiene que reir, reir mucho, puesto que sólo la risa, el ridículo y la sátira, llegan al espíritu enfermo del pueblo español, el pueblo más salvaje del mundo, el pueblo que durante el siglo XIX ha sostenido más guerras y ha dado el repugnante espectáculo de guerras civiles tan asquerosas que Europa ni mentarlas quiere.

¡Y todavía hay quien quiere el homenaje de las almas jóvenes para estos fantasmas del pasado!... ¡Desdichado el joven que ofrenda su admiración y su entusiasmo á estos hombres terribles cuyo oficio fué guerrear! Los jóvenes tenemos otra labor más fecunda, más sana, más nuestra: traer la paz, el arbitraje, la luz; remediar la miseria; impedir las expansiones coloniales; sembrar la tierra y desposeer de ella á los que la usurpan. ¿No os parece esto bien? Os parezca ó no, siempre que recorriendo una ciudad hallemos á nuestro paso un héroe, tenemos que reirnos, ya que no podemos, ni es

educado, el arrojarles una piedra, como dicen que se hacía en una puerta de París contra un soldado que entregó la ciudad á otro guerrero.

¿La Fuerza ó el Derecho?... El Derecho. Estas efigies hablan de un patriotismo muy viejo. Queremos ver en las plazas de las ciudades efigies de pensadores, sabios y artistas. Sólo cuando se ven estas estatuas puede creer el viajero que vive en un país libre de prejuicios.

VI

Una visita á la tumba de Ferrer

Quiero amaros,
quiero cantaros
cada día un himno santo.
Y en la gloria,
cuando muera,
serafines me ayudarán.

(Epitafio en la tumba de Mosén Jacinto Verdaguer.)

Hace mucho frío. El Montjuich parece una acrópolis. Por una de sus pendientes las casas ascienden: son barrios sucios, cubiertos de un polvillo muy fino, negro. Muchas y altas chimeneas. E mar huye del monte maldito, áspero, cuyas entrañas surten de piedras á las casas de la gran ciudad. En efecto, huroneando por las faldas de la adusta montaña, contemplo enormes vaciados, semejantes á las minas al aire libre. Hay allá un restaurant; trepo á la colina en que se alza y veo el plano del inmenso puerto. Lejos de los diques, pedruscos emergiendo de las aguas marcan las futuras dársenas; las rompientes se estrellan en ellos, y las dunas, las marismas, las playas crecen. El monte odiado se aisla cada vez más, es una verruga en el frondoso llano del Llobregat; se

aprovecha porque estorba, y el cementerio se comerá el castillo. Ando despacio en torno del monte; el musgo crece en las grietas bermejas. Arriba, unos muros caen á pico sobre la montaña y cierta torre se yergue como un faro. Está por allí el foso de Santa Amalia. En él fusilaron á cuatro hombres terribles, que indudablemente cometieron crímenes atroces cuando los fusilaron. Nosotros sabemos, y no olvidaremos nunca, que se llamaban Baró, Hoyos, Malet y Clemente García. Aun había sangre de este último en el foso cuando fusilaron á Ferrer. Veintitrés hombres dijeron en el Parlamento que ignoraban cuál fuera el crimen de estos ajusticiados; pero ciento setenta y nueve afirmaron lo contrario, y es indudable que el número es una de las fuentes del Derecho. Creo ver otra torrecilla, barbacanas y troneras; recuerdo las *Prisiones imaginarias*, de Corominas, y me estremezco. Este monte es una llaga, y las úlceras arrojan pus. Las piedras están manchadas de él, tienen vetas de color de sangre, estrías que parecen verdugones, manchas pálidas del color de los cardenales. De trecho en trecho, una sima, una hondonada, y en su interior la característica trama de las piedras voladas con dinamita. El llano del Llobregat se extiende, y cerca del mar la carretera y el ferrocarril cruzan praderas muy verdes.

El monte forma como una arista dentada, obtusa, que, al echarse atrás, aplasta uno de los flancos, lo abolla. En esta cuenca trepan las tapias del cementerio. Por un efecto de perspectiva, el castillo, mirado desde aquí, parece un panteón. Dan á la carretera unos paredones, por cuyo terradillo se desbordan las madreselvas. Escalonándose veo grandes linzos de pared, cubiertos de nichos. El cono legendario de los cipreses poetiza la vasta

gradería. Entre ellos surgen, afiladas, esbeltísimas, muchas agujas góticas, y á veces cúpulas bizantinas. Cerca de las tapias se remueve la tierra y se alzan andamios. Suena un esquilón lúgubremente. Me detengo con frecuencia para observar las rampas abiertas en la roca viva, bordeadas de criptas, de grutas, de nichos, sumamente artísticos. Arboles de todas clases mienten jardines colgados, como los de Babilonia. Semeja el monte por aquel sitio la *Isla de los Muertos*, de Boecklin, copiada á trozos. La blancura del mármol; el fulgor del jaspe, del ónice; la brava silueta de la piedra roja, sin desbastar; los sauces, las araucarias, los macizos floridos sobre las rosas comunes, los tejadillos de vidriería, las cimbras orladas de azulejos; los monumentos funerarios, grandes como edificios urbanos, colosales otros como iglesias, me asombran. Es un cementerio digno de Génova y de Hamburgo. Llego á una plazoleta enarenada, y leo en la cartela de un ástil: «Plaza del Descanso». Hay dos grandes puertas muy historiadas y aristocráticas. La de mi derecha da entrada al cementerio católico: es una calle en curva, con regatos para las aguas, árboles y tumbas grandiosas. La del cementerio civil revela descuido; no se allanó por allí el terreno, y el desnivel forma empinados pasadizos y encrucijadas; hay tumbas en rincones y sepulcros en ángulos donde debiera haber bancos. Las calles, en cuesta, tienen nombres simbólicos y pretenciosos. Se asciende sin fatiga tramo á tramo. El cielo es muy azul, y la roca está cubierta por tapices de hierba, de hiedra, de helechos y musgo. En el cruce de dos escaleras leo: «Departamento de abortos» Son nichos sin nombre, almas fugaces que equivocaron su destino. En una plaza, cierto tríptico de piedras ricas y columnas trae á mis

ojos esta inscripción: «Nacer, morir y renacer. Progresar siempre. Es la ley. Amó, sufrió, elevóse. Nos espera.» Veo una especie de tumba galilea, como las que hay cerca de Jerusalén. Otra cuya inscripción habla de un hombre cuya última encarnación fué el nombre burilado en la piedra. Los nichos tienen, como en todos los cementerios del mundo, retratos, flores y pequeñas pateras ó tazas. Empotrada en la piedra, una fuente pone en el ambiente una nota de melancolía dulcísima, que se hace lóbrega al leer en un pasquín que aquella agua es mala. Las escaleras portátiles menudean. Subo lentamente, buscando la tumba de Ferrer, seguido de algunos jovencitos republicanos.

En un repecho me señalan una tapia, y me dicen que detrás de ella está el sepulcro del fundador de la Escuela Moderna. De una garita situada sobre una pared de mampostería desciende al vernos un guarda, vestido de negro, con un cinturón blanco. El paisaje es muy bello, y contemplo la vega del Llobregat cercada de montes azules, las costas del Garral, las montañas de San Ramón Nonnato y San Baudilio, Castelldefels, San Antonio, las estribaciones del Panadés y San Pedro Mártir. Las praderas se suceden hasta las montañas, con sus tonalidades campesinas, con los infinitos matices de los variados cultivos. Trepida el ferrocarril. Se oyen sirenas de barcos y de fábricas, ruidos de atalajes de carros, picados de cornetas. El viento de Marzo corta la cara y silba en los oídos. Llevo un lápiz en la mano para sacar un croquis de la tumba de Ferrer, y cuando desciendo por la rampa, dirigido por los jóvenes, quedo atónito, frío, dudoso de mí mismo. Los jóvenes se alejan, me abandonan á mi inspección: yo busco en derredor un sepulcro, un mausoleo, una tumba; pero yo veo

muchas estacas rematadas en triángulos, y nada más. Un hoyo, un pedazo de tierra honda, de tierra arenisca, sin arreglar, en un rincón á cielo abierto; y en uno de los tres ángulos, en un sencillo recodo aprovechado sin más miramientos, bajo la tierra cruda cubierta de papeles sucios y briznas de hierba enana, está la tumba de Ferrer, el hombre que conmovió á Europa, cuyo nombre tantas calles de Europa tienen, cuyas estatuas se alzan en Europa como desagravio á su muerte, en cuya defensa tantos libros, discursos y artículos se escribieron. Mi asombro es intenso. En la pared hay un triángulo de laurel que fué verde, otro de púrpura marchita con un lazo verdoso, dos viejas coronas podridas, mugrientas, secas, con lazos rojos, una de cuyas puntas se tiende sobre la arista del paredón que como una valla separa la triste fosa común del cementerio. Metidos en la tierra sin apisonar surgen ramos de algo que fueron flores y se agostaron y no se renovaron por el recuerdo; triángulos sobre palos, coronas de pelusa que encierran retratos. Uno de ellos tiene á sus pies un búcaro azul sujeto con un bramante, y un trapajo hediondo cuelga del simbólico vértice. Diez son estos restos, esparcidos por allí miserablente. Los jóvenes se acercan y me hablan de los que allí descansan entre la general indiferencia, odiados después de muertos. Son luchadores de ideas, que purgaron sus pretendidos errores con martirios más viles que esas equivocaciones suyas, si equivocaciones fueron ideales sustentados hasta el sacrificio de la propia persona. Pero Ferrer atrae mi vista, mi alma. El Destino quiso hacer de él, con razón ó sin ella, un hombre simbólico. Europa le colocó en el número de los mártires del libre pensamiento. Los sabios mismos intercedieron por él. Sobre todo, ¿no fué nuestro

partido quien hizo de la defensa de este hombre cuestión de vida? ¿Y por qué lo abandona así? ¿Por qué lo deja aquí, bajo esta tierra movediza y fría, en un rincón, entre un desmonte y una pared? Este hombre, que tiene estatuas, que hizo hablar de él un año al mundo, que perteneció á nuestro partido, por el cual se sacrificó, ¿cómo es que ha sido olvidado, relegado, abandonado su cadáver como el de un perro? A los pies de la tumba, en un cuadro de aspecto sórdido, leo estas palabras: «Querido hermano; querido tío. Un anciano, un niño, una niña, sangre de tu sangre se acercan á tu sepulcro, manifestando el amor que te profesaron y ofreciéndole en tu nombre á la Humanidad, que quieren amar con la intensidad, con el espíritu de sacrificio con que tú la amaste. Como tú querías, quieren para ella paz, justicia, felicidad. Ante tu tumba pronuncian la sublime palabra: Libertad.—José Ferrer, José Ferrer y Alba Ferrer.» Un ramo de mucho tiempo adorna este cuadro. Faltan palabras para describir la amargura, la soledad, la injusticia de este espectáculo. ¿Qué republicanismo es el nuestro que olvida á los luchadores y los abandona así? ¿Qué concepto del sacrificio tenemos cuando no cuidamos la tumba de estos hombres que se entregan á su idea hasta que mueren por ella? ¿No es una especie de justificación de la muerte de este hombre el descuido, el abandono en que le tenemos? ¿Con qué derecho ponemos en nuestros labios su nombre ó su martirio, si el último homenaje de tres miserables coronas está seco ya, marchito y mugriento?

Me voy de allí, escapo, huyo. Entro en el cementerio católico, busco tumbas, sepulcros ricos, lujosos panteones: quiero olvidar la tumba de Ferrer, aquel corral abyecto, en el que sólo faltan cardos y orti-

gas y perros vagabundos. Me apoyo en la barra de hierro forjado del panteón de Mosén Cinto, y leo sus versos. Contemplo la escultura del hombre que labra su tumba, y salgo del cementerio irritado, rabioso contra ese partido mío que olvida, que no tiene memoria, que abandona á los suyos, que pide sacrificios y no los conserva como reliquias, que ofrece á Europa el espectáculo de la tumba de Ferrer, que anda dividido, convulso, á escondidas, pobre, charlatán, comido por la tiña de la palabrería hueca y barata. Vuelvo á ver el castillo. Casi es de noche. Y me consuela de mi pena el saber que el inmenso cementerio devorará la infame fortaleza.

VII

El Aguila y el Velívolo

I

Fueron dos inmensas elipses concéntricas las que el águila real trazó en el aire. Su nido era siempre uno de los focos. Sentía hambre. La víspera, abandonándose á una corriente aérea que se inclinaba bruscamente en el espacio sobre una gran ciudad, había recibido en el buche una posta certera. Su rabia era tan grande como su hambre, y en sus ojos maravillosos fulguraba el orgullo de su poder. Quiso engañarse á sí misma varias veces con el espectáculo de su propio vuelo. Dejándose caer á plomo, bien apretadas las alas para que el aire no entrara en las cánulas, se posó en el picacho más agudo de la sierra. Allí oteó con violentos esfuerzos de cuello el vasto panorama de las estribaciones abruptas de la cordillera, las cañadas ya en sombras y el valle iluminado por el sol oblicuamente. Luego, serenándose, lanzó un graznido alargado y fluido como el del viento en un desfiladero, y se remontó. Retrocediendo juntas las garras como muñones, extendidas las alas hasta que sus ojos vieron los extremos en una línea recta, se deslizó sobre los rododendros, y avanzó en el viento, ele-

vándose insensiblemente, sin desviarse de una ruta ideal. Su ala izquierda, inmóvil, caía. La otra se alargaba con grandes aletazos, como el brazo de un nadador que avanza. El pico curvo, como un garfio, perseguía en la corriente un finísimo aliento, y los ojos se excitaban soñando la presa que dejaba la es tela. Tuvo que virar bruscamente porque las ondas formaron de improviso un obstáculo que no quiso vencer. Su cola se dobló como la espiga de un timón, y el ala izquierda pareció vacilar, mientras la derecha, instintivamente, instauraba el equilibrio aparente. Tres poblemas vencía el animal gigantesco, y de los tres se daba perfecta cuenta. El aire es un elemento complejo: fluctúa, flúe, se hincha, succiona. Es millares de veces más vasto que el mar, y su transparencia azul es el seno infinito de fuerzas perfectas, definidas y distintas. El ave había de sostenerse, de orientarse, de ascender, de girar en un campo siempre desigual y movible, en perpetua aglomeración de temperaturas y ondas visibles para los ojos del águila, pero desconocidas. Avanzando, dejaba un doble rastro, un graznido agrio y un olor almizclado. En pocos minutos logró vencer al viento en velocidad, y descansó, sin dejar de marchar con soberana firmeza. Quiso trazar un círculo; pero sin concluirle corrió de lado como una nave de vela que escora. Más tarde onduló, dibujando una línea quebrada, y con rapidez ascendió perpendicularmente á su ruta, como si una fuerza imposible tirara de ella desde el cielo. Otra vez volvió á caer, desarrollando á varias leguas de su nido vuelos majestuosos, seguros, de una regularidad precisa. Volando por zonas, por capas, por corrientes, el águila espiaba. Sus ojos se enrojecían. Vió hombres en el valle, y no se atrevió á descender sobre ellos; tenía miedo al vuelo á ras de tierra,

que agota los bronquios sin esponjarlos; el hombre era lo de menos.

¿Por ventura aquel gusano que se movía en el suelo gris era digno de ella? Si aquella mancha valiera la pena, volaría como ella y no estaría prendida á la tierra como un árbol. Desesperada, volvió á elevarse; una nube humedeció sus ala , y por largo tiempo estuvo encerrada en un mar de arreboles. Cuando se disipó la hermosa niebla, sintió en el viento un rumor lejano. Apoyándose en una de sus alas, saltó violentamente á una región más alta, y en silencio se precipitó por el espacio aquel bulto pardo, henchido de majestad, que volaba en el viento utilizando como motor el viento n ismo. Pronto descubrió su presa. Un punto rumoroso se acercaba con vertiginosa rapidez Un monstruoso cínife, desconocido por ella. Ningún ave volaba así. Y salvando distancias enormes en ascensiones progresivas, magistra'mente graduadas, flotó como una medusa sobre el extraño pájaro Huyó de él, marchando delante, compitiendo en velocidad con el saurio alado. E te moderó su vuelo poco á poco, y el águila, que había encontrado el vértice de un cono ideal, se deslizó sobre la presa con la velocidad inexorable de un peñasco que cae.

II

El aviador sintió al contacto de la palanca un fuerte calofrío en la nuca. Desaparecieron las aletas de la hélice en un mosconeo bullicioso y precipitado, y sin notar otra impresión que el repentino ahogo

pasajero, comprendió que su vida estaba á merced de la aérea navecilla. El aire mismo secó piadosamente el sudor de la frente humana, y cuando el antifaz protegió la mirada, el aparato metálico, producto de un cálculo, hendía, como un proyectil, el viento rebelde. Trepidaba el velívolo, sacudido por la explosión intermitente del motor. El piloto comprobó la marcha en los instrumentos de precisión. Tendió una mirada á las alas, y huyó dócil el sensible timón. Poco á poco sus humanos sentidos se dieron cuenta del peligro al que la inteligencia opuso la razón infalible de la cifra, y rápidamente la imaginación, un reflujo de sangre que escaldó las manos y enfrió las piernas. La aguja gótica de una torre marcó un punto de la etapa. Una cigüeña subida en el cráneo de una gárgola saludó al velívolo en su lengua. El aviador sonreía bajo su máscara. Los kilómetros se deslizaban ante el bastidor, con su furia aparente. Las ciudades, los bosques, los pueblos, aparecían, se acercaban y se desvanecían. Podía el hombre creerse extático ante un dinamismo monstruoso de la Naturaleza Sin los aparatos que le decían que marchaba, se hubiera creído inmóvil. Las ráfagas de bencina y la picazón de los oídos le irritaron un poco, y cuando hubo de forzar la marcha y elevarse unos metros para dejar paso á un monte, las sacudidas rítmicas le dieron la sensación de una catástrofe inminente.

El balanceo de una nave no puede dar idea de los movimientos del velívolo, tan semejantes á los de los insectos. Seguro de sí mismo, apoderado de su corazón audaz, la ilusión de ser él mismo el motor y las alas, emprendió la ruta de la muerte ó de la gloria ascendiendo por planos, por líneas ideales de suave ondulación, pero subiendo siempre hasta sentir frío en el cuerpo y pequeños cristales

de hielo en los labios. Como un ave que elige las zonas propicias á su género de vuelo, el aviador escogía las corrientes que á veces se suceden por el espacio con una encantadora igualdad. Las dificultades de las maniobras no le impedían saludar á los hombres que allá en la tierra le animaban con gritos de victoria. Volaba con la rapidez segura de un albatros.

De pronto vió cernirse en el viento un ave.

III

Semejante á una burbuja negra que corriera con la velocidad de la luz, el ave ascendía, giraba en espirales que deshacía bruscamente en una larga línea. El aviador tenía ocupados sus pies, sus manos y sus ojos en el gobierno de su nave. Una distracción hubiera inclinado la punta de las alas, que batían rachas intermitentes de viento. Forzado á desviarse de la ruta del ave, había entrado en una zona diáfana y sutil, pero conmovida en una inmensa extensión por tempestades silenciosas que el hombre desconoce. Maniobrando, sintió la proximidad del monstruoso pájaro. El águila descendía sobre el velívolo en aquel momento, como un proyectil arrojado desde el cielo. El aparato descendió á su vez, se inclinó graciosamente, viró en magnífica rama de parábola, y se precipitó en el espacio hacia la luz mortecina de la tarde. El águila burla da graznó, y alargando su cabeza con un gesto soberbio de desesperación y encono quiso perseguir al extraño animal, que huía ante ella. El viento

parecía obedecerla, se transformaba en fuerza dentro de sus alas, en la cánula de sus plumas, pero no logró superar la velocidad del monstruo.

Le vió sortear el agudo picacho del que había partido hambrienta y moderar progresivamente la velocidad en torno de su nido. Luego, la informe masa descendió, inclinando con suavidad sus alas hacia el suelo. Entonces espió su presa, batió las alas como un avanto, y giró en derredor muchas veces. El aviador reparaba una avería en la soledad de la montaña. Había aterrizado cerca de una choza, y los pastores, asombrados, le ayudaban en su faena Sin duda que en el espacio lucía aún el sol; pero allí la claridad era lívida. Los pastores miraban al águila con indefinible sentimiento de amargura. Uno de ellos, el más joven, tirador famoso de la comarca, apuntó al bello pájaro, rey de las alturas, y disparó. El aviador, entristecido, observó caer aquella masa. Perdido el equilibrio, el ave caía, como un velívolo sin gobierno. Los pastores regalaron aquel trofeo al hombre vencedor. Nunca había recibido piloto alguno premio semejante.

Cuando volvió á elevarse en el espacio llevaba los gloriosos despojos en la navecilla. Los aguiluchos del nido piaron enfurecidos al monstruo, que pasó cerca de ellos como una sombra. Dió tres vueltas en torno del picacho, cubierto como una estalactita de basalto, y alejándose con imponente grandeza se dirigió á la ciudad, que ardía, artificialmente, en la sima de un barranco.

VIII

Meditación ante "El Pensador„ de Rodin

¿Quién tiene en mi patria ese gesto tuyo, ¡oh *Le Penseur!* y esa profunda mirada al interior de la tierra? Colocado á la puerta del Panteón, meditas eternamente con la severidad del bronce. Próximos á ti están enterrados los seres que Francia amó sobre todos sus hijos. Yo no encuentro en mi patria quien se parezca á ti. Una noche negra se tiende sobre España. Reina en ella la repugnante igualdad de los cementerios.

¿Qué piensas, magnífico bronce? Todo se ha reunido en ti para que des la sensación de la idea macho del sistema, de la teoría, del raciocinio revolucionarios. Los músculos se lían en torno de los huesos con poderosos abultamientos. Se entrecruzan los nervios y las venas en red de misteriosas canalizaciones. Tu cuello es el de un toro. En los acromiones, como el Atlas de la mitología, podrías sostener un mundo. Pareces haber rodado como un peñasco en la cima de un monte muy alto. Circula en ti sangre de bronce, y meditas en el *Hombre* como ninguno de los hombres pensó en sí mismo.

Ciertamente, esos hombres se parecen muy poco á ti. Son débiles y malos; su inteligencia es femenina, como *La Pensée* de tu mismo escultor. Nadie posee tu serenidad y la conciencia de esa fuerza tuya.

Revelas cerebro, no alma. Quien te mira, reflexiona, no siente. Tú has dicho algo nuevo al mundo. Tú has demostrado al mundo la esterilidad del sentimiento puro. Nada más inflexible que ese gesto tuyo. Quisiera ser yo así para que mi patria supiera su vileza y escarnio en que vive. No existe en mi patria un hombre que hubiera podido idearte. Allí sólo se concibe el mal, y ni el mal tiene su estatua, porque carece de grandeza.

Todo ese enorme poderío muscular, ese cuerpo que puesto de pie irritaría la pequeñez de los que te admiramos, nutre y enciende el magnífico cráneo cuadrado. Yo quisiera saber en qué meditas. Un hombre, sin duda parecido á ti, robó el fuego del cielo para sacar la tierra de las tinieblas de nuestros ojos, de las sombras en que los humanos vivimos; porque los astros son luminosos y el espacio brilla, y no hay un punto en el infinito que esté en la obscuridad más que los ojos del hombre. Tú has traído en ese cerebro una idea nueva. Y esa idea que irradia de ti me ha detenido á admirarte.

Tú piensas en la ineficacia actual de la inteligencia, en la humana desconsideración al pensamiento. El cálculo fastidia; estremece la verdad, porque la verdad, buscada, se encuentra. Dices con tu gesto que la inteligencia es macho, y protestas contra esas mujeres desnudas que miran en un espejo la realidad de las cosas. ¿Quién fué el primero que desnudó una ramera y buriló en el plinto el nombre santo de *Verdad*? La verdad eres tú, sombrío y fuerte, también desnudo, pero con desnudez de roca brava de costa, combatida por un océano durante siglos. Se ven en ti las huellas de la tierra, y, acercándose, el corazón conoce que aun no acabaste de salir de ella. El pedrusco en que te sientas es un apéndice del tórax, y las vér-

tebras lumbares se hunden en el peñasco como en una pila eléctrica.

Sin duda alguna nos ves pasar ante ti con desprecio. Debe sorprenderte nuestro orgullo y esa decisión de ardilla con que caminamos á los negocios. Estos negocios son una gran cosa. Se trata de vivir. Vamos de prisa á un sitio donde el pan escasea, y resolvemos en la ruta el problema de adquirirlo ó de robarlo. El vientre pone sus condiciones. Y mientras tú resuelves su anulación, nosotros ideamos viandas y crímenes con que agrandar la bolsa del estómago. Me preocupa saber cómo reflexiona ese cerebro tuyo y qué cosa extraña busca en la inmensidad. El corazón humano no progresa y es la única máquina que no sabemos definir y mejorar. Construimos magnificencias metálicas; volamos, no del todo mal; caminamos muy de prisa de una parte á otra, salvando distancias tan grandes que á veces nos arrojamos al infinito de cabeza: mal ó bien, dominamos unas cuantas fuerzas naturales que manejamos con extrema previsión, pues nos obedecen muy poco, lo que revela que no las conocemos. Mas el corazón no adelanta un paso. Le engrasamos de orgullo, le inflamos de fuego, le vestimos de bronce, y nuestras pasiones nos desconocen, como si realmente fueran obscuras fuerzas naturales. Hemos discurrido la palabra amor y el vocablo delito, y entre ellos hacemos oscilar una porción de valores. A esto lo llamamos, muy serios, moral. Si una inmoralidad triunfa, se la llama pasión; si fracasa, la definimos como crimen. Al que mata le nombramos héroe; santo al que ama; y sabio al que se ocupa de catalogar la fauna y la flora humanas.

¿Piensas tú, humano bronce, en estas cosas? No; ciertamente que no: porque estas cosas están

sobradamente pensadas. Tú traes entre ceja y ceja algo nuevo, una nueva energía que te sacó del barro, como Dios á Adán en el poema de Moisés. Apenas se ve boca en tus labios. Tal vez no la necesitas, pues en los hombres no hace su oficio de succión. Como ciertos animales inmundos, nuestra boca habla y come, vomita y perora es válvula y caldera. Tú apenas tienes rostro; eres una masa, un cráneo sin cerebelo, sin prominencias definidas, sín rasgos de anatomía humana. Sin embargo, nada más bello que tu monstruosidad. No te ha parido la tierra, ni te ha abortado, ni tienes, como el hombre, la constitución miserable de un árbol que anda sobre sus raíces. Tu saliste de su vientre por propio esfuerzo, te engendraste á ti mismo con la sagrada y revolucionaria lentitud de la Naturaleza.

Y tú, que eres tan grande, ¿qué traes bajo esa breve frente, ceñuda como noche del Norte, estrecha, hundida en las sienes con alvéolos de idiota? ¿La imagen del hombre futuro, por ventura? Sabes, soberbio bronce, que poseemos reconstituído el homopiteco, al hombre de Java. Los niños conocen ya esos simios primigenios que en su vello y formas diseñaban al hombre. ¿Eres más que nosotros? ¿Está en tu cuerpo tu idea? ¿Esa tristeza horrible que frunce tu cara en un costrón de mascara etrusca es únicamente lo que has venido á decir? El espíritu moderno, torturado por el fracaso de sus dudas y la negación de sus métodos, no te interesa. Piensas en ti mismo. Se concibe que só o te interese la razón de tu ser. No piensa tu cerebro, es todo tu cuerpo quien reflexiona; eres un vivero de energías creadoras. Creas odio, hiel, acíbar, un veneno muy fino, un agua tofana sutilísima. Eres semejante á esos ogros legendarios que fabricaron en las grutas

los filtros que muerden como dientes las entrañas. Ya sé lo que dices, lo que significas. Te llamas venganza, tierra, verdad. Vienes á decir á la Ciencia un nuevo *Non possumus* ó un nuevo «No entendemos». Vienes á confesar que la verdad no está en la vida, ni en los libros; que la verdad está en el corazón, y que siendo éste malo, la verdad es mala. ¿Cómo hemos los hombres de conocer la verdad si nuestro corazón no es bueno? ¿No es la verdad el bien?

Mi patria, hombre de bronce, necesita en cada una de sus plazas un *Le Penseur*. No se ha acordado de eso. ¿Para qué? ¿Qué significarías tú en una de esas ciudades españolas en las que toda idea de independencia es una rebelión y un atentado á la estupidez siniestra de los ciudadanos? No obstante, haces falta allí. Mi patria ignora lo que es un hombre, lo que vale un hombre. Nadie siente la necesidad de pensar. Se encierra como un demente al cerebro libre. La envidia engorda con la sangre de mis hermanos de España. Se reirían de tu monstruosidad y creerían ver en ti un fantasma horroroso. Sólo tienen allí sus estatuas los fatales políticos de profesión. Tú les dirías el valor de un hombre, y allí conviene que los hombres lo ignoren, para tratarlos como siervos. *Le Penseur:* sin duda, tú no sabrías matar un toro ó pronunciar discursos en el Parlamento. He ahí por qué no te erigirán una estatua en aquella sombría capital sin vida. Pero yo te amo, y contemplándote, siento un odio infinito á los que tan mal me educaron. Yo soy un esclavo en nuestro siglo. Yo no puedo entenderte. Creo que significas la revolución del espíritu moderno en un radicalísimo sentido. Creo que si un día los bárbaros destrozaran á París, quedarías tú sólo impávido y una nueva civilización renacería

de tu gesto. ¿Qué necesidad tienes tú de ese espejo donde la vanidad de una hembra desnuda contempla su sexo equívoco?

Todos en mi patria, ¡oh bronce! todos se preguntan qué cosa sea la Verdad. Unos van á Alemania, otros á China, y cuando vuelven, su cabeza vacía el tesoro que apilaron; pero su corazón está en ese tesoro, y á quien hablan endurecen, no mueven la voluntad al bien, *mueven* la actividad mecánica, todo lo que hay de repulsivo en el decantado Progreso que agoniza, y que mi patria, que siempre llega tarde, se apresura á engullir para salvarse. ¿Dónde te podría yo colocar en mi ciudad de la muerte? Allí no hay más columnas que los políticos. Allí no hay Panteón, porque los hombres dignos de él no existen, ni la simiente de que se forman. Todo es viejo, ruin. Una cobarde prudencia conduce en las sombras á mis hermanos, y en voz baja se dicen cosas espantables, que soportan atemorizados. Perderías allí tu bello gesto, y la cólera del bronce estallaría en tu corazón. ¿Crees que se puede reflexionar en un ambiente de inmoralidad?

Tu gesto es desconocido en aquella cloaca. La inteligencia nada tiene que hacer allí, nada que resolver. Son desconocidos los problemas en que tú estás intrigado. Tienen su dios, el torero. Tienen su filósofo, el político. No se ocupan de más. El cerebro para ellos es una masa de sesos, no un generador de mentalidad. Sufren, y gritan para curarse. Tú les harías mucho mal. ¿No es verdad que tú te alzarías de ese peñasco y les dirías tu secreto? Debes hablar de un modo nuevo y la verdad fulgurará en tus labios como un relámpago. ¿Se comoverían? No. Incapaces de todo, ni aun en su salvación confían. No aman su salvación. El

espíritu les hace efecto de revulsivo. Ni leen, ni sienten. ¿Cómo habían de entenderte?

Quieto aquí, delante de ese templo laico donde tantos hombres buenos duermen el sueño que el cansancio de la vida produce, reinarás sobre todas las estatuas y matarás el culto á los viejos y anularás las idolatrías; porque te llamas *El Pensador* y has logrado fundir en el bronce el alma que tantos crímenes comete en nombre del cuerpo y la materia que se cree víctima del espíritu. Eres tierra. Nada hay en ti que venga del cielo falso de los absurdos. Por eso fascinas. Porque en tu bronce, sin castas, ni genealogías, ni orgullo, condensas una interrogación que algún día recogerán los hombres futuros. No tienen corazón y no te entienden. Porque si te entendieran, no habrían inventado el absurdo de que tú podrías ir á presidio si un día te levantaras y dijeras tu interrogación. *Le Penseur:* son capaces esos hombres de admirarte mientras no les hables. Si un día hablas, como el *Moisés* del Buonarroti, extiende tu brazo, abre tu boca... y quédate así hasta que nazcan los hombres en la tierra y no en la mente de Dios, como ellos creen.

IX

La colegiata de Cervatos

Camino por los campos mismos que pisaran las legiones de Octavio César en sus luchas con los cántabros. El viento es frío y la tarde nublada, como el alma. En vano quiero alejar de mi espíritu una gran tristeza. Sé que hay en Cervatos una obra de arte, y voy allá como se va á un faro. Paso el Híjar por un viejo puente amarillo de cinco ojos. A este río le sucedió lo que á Colón. El Ebro es él; pero América no es Colombia, y váyase lo uno por lo otro. Las montañas son altas, fuertes: mas se recortan, se precisan, se agolpan, y en la mole de las unas se define el rasgo de las vertientes de las otras. Está allí Isara. Un tren, monte arriba, busca Pozazal, el punto culminante de Reinosa; lleva dos máquinas y jadea como un condenado; no he visto jamás imagen más exacta de España. Las nubes se prenden en las crestas de Aradillos y bajan por el cono de la colina de Villaescusa, cubierta de hayas. En la calle principal de Matamorosa hay dos viejas sentadas en el quicio de una puerta tres siglos más vieja que ellas. Unos niños greñudos y moriscos duermen al lado de uno de estos cerdos rosados, fieros y libres como jabalíes. Me detengo ante otra puerta cegada que tiene arco de cinco puntos y un remate con una cruz.

Cruzado un túnel, el verde se diluye en la neblina y los ojos ven todos los matices de los grises. La bruma es bermeja, azul, cárdena, morada. Dos colinas se abren y dejan ver á Grano y Villacantis. Aquel es el alto de Valdeolea. Sopla el aire, aire que no molesta, dulce, intenso, cargado de gérmenes de vida.

Bajan por el talud dos jóvenes muy bellas, sucias, escardando, cuyas pantorrillas revelan fuerza y gracia. La carretera sigue la vía, se explana el valle, y las faldas del monte descubren sus vergeles y sus casas. Una nueva curva, y cañada adentro. Las carretas de eje de madera rechinan, gaznan; les gusta á los mozos no untarlas de jabón; es un infantil deseo de que se les vea conduciendo su carro, y como son fuertes y esbeltos, recuerda uno á los labriegos italianos de Robert. En los prados pastan las vacas del país. Se exportan anualmente más de doce mil cabezas. ¡Oh, la funesta Andalucía!... Tres mujerucas, descritas por Pereda, á la jineta, hablan de refrescarse con un cuartillo de vino Recrea la contemplación sencilla, sin trascendencia, ver por ver, no ver para pintar. La Naturaleza nos da paz, alegría, bienestar; pone en nuestra retina visiones completas, cromadas, armónicas: no nos dice al oído bruscas ideas de reflexión. A trechos amarillean cuadros de trigo, y el talud de la vía abre un túnel de desagüe. Pasan más carretas de ruedas raras, de radios bastos puestos en doble cruz dentro del aro. Las mujeres trillan en las eras y beldan ó aventan. En un cerro solitario se yergue humilde un roble. Es Cervatos Una enorme cerda hoza el cieno del río, que atravesamos por un puente hecho del tronco de una hava. En el bosque veo una cruz de piedra dentro de estrecha balaustrada de hierro.

La eterna historia de los pueblos. Un mozo amaba á una moza y... Nadie hay en las empinadísimas calles del pueblo. Los gatos guardan las casas, y lo hacen tan bien que se duermen como buenos centinelas Busco la iglesia, y la encuentro pronto. De lejos vi su torre cuadrada, pequeña, á pesar de trepar por un altozano.

En el tiempo en que se construyó, las torres abaciales eran muy humildes, y los instintos carnales reservaban su inspiración para cosas terrenas. Me siento en las raíces de los robles; aun cuando tengo delante la iglesia, no la veo. Estoy triste; tal vez exceso de trabajo, tal vez... Pero ¿importa á nadie por qué se está ó no se está triste? ¡Bah!... Esta colegiata es una buena pieza, y bien vale andar para verla una legua larga. Tiene diez siglos y medio de edad, y está aún alegre. Si caminara como diz que caminaban las iglesias antaño, andaría con el paso de los beodos. Es de traza románica, con muchos elementos del siglo XI. Su planta es un rectángulo con ábside en semicírculo, al que adosaron los sacristanes de todos los tiempos sus casucas. De los contrafuertes surgen columnillas esbeltas que sostienen el alfarge. Nada más original, audaz y admirable que la labor de aquellos canecillos. Como remates ó mensulillas de una viguería de piedra hay allí labradas, con soberbia libertad y maestría, todas las formas de la lubricidad. Los imagineros saciaron en la piedra su desenfreno. Falos en actitudes de una lujuria rabiosa; pechos de mujeres entre piernas varoniles; hembras y machos inflados como sapos en ayuntamientos monstruosos; sátiros y mascarones en posiciones imposibles, dislocadas y valientísimas: fetos, corazones, cabezas de carneros, de vacas, de cerdos, en cuyos ojos hay miradas y deseos humanos; toda la

lira de la lujuria; un Carnaval después de una Cuaresma; la visión de un San Antonio; una reconstitución de los frisos de aquellos templos griegos á las Venus genetrix, de aquellas pagodas indias en cuyas arcadas los sacerdotes prostituían las vírgenes. Primero, causan risa aquellos trofeos del demonio, el mundo y la carne colgados allí como exvotos irónicos. Luego hacen pensar, y la inteligencia se entusiasma de la venganza ingenua del espíritu laico, de la protesta felicísima de los fueros de la carne contra el falso celibato. Se oye golpear alegremente sobre la piedra, entonces blanca como la nieve, el buril de los artistas, alzados en andamios hasta la cornisa. Se les oye cantar, cincelando los gérmenes de la vida, los atributos varoniles y los necesarios apetitos de la carne Se oye sus risas, sus bromas, su fe artística sin velos ni tapujos, que en la cara misma, siempre arrugada, de la Iglesia, labraba é imponía la triste verdad de nuestra miserable existencia... Por aquel tiempo hacían lo mismo los miniaturistas y los que en cada silla de coro esculpían horrendas escenas de vicio y desenfreno. Los diablillos de Callot se encaramaban allí como lechuzas, y de noche se les veía guiñar los ojos á las mozas, á las madres de aquellos hombres que vestían trajes de hierro...

Me interesa la colegiata de San Pedro, y ando en torno de ella. Cincuenta canecillos tiene el ábside; pero sobre la magnífica puerta de arco de medio punto hay otros veinticuatro. Es curioso observarlos uno á uno. Allí hay una górgola que toca en el arpa una canción obscena. Cerca hay un vampiro que lleva á cuestas un tonel; más allá, un viejo de cara de chacal hace gestos libidinosos. Una greca muy bella festonea las hermosísimas ventanas, las impostas jaqueladas, las arquivoltas de

boceles. En los capiteles de las columnas, y entre el acanto ó la hojarasca, se besan leones y corderos. En el tímpano, de bordada labor, corre otra greca con escenas de amor. En las figuras incrustadas, el amor y la vida se disputan los gestos y las líneas. Faltan figuras; ó no se hicieron ó las manos criminales de los ignorantes las arrancaron de allí.

Poco tiempo hace quisieron los curas borrar esas imágenes, enjalbegarlas de cal, y los campesinos se opusieron á tan vil ana hipocresía. Entro en la nave, muy obscura porque se han cegado las ventanas. Me encanta, sobre todo, el interior del ábside, el magnífico presbiterio. Corre por él una arqueavía, de trabajo delicioso y severo carácter. Las columnas conservan todavía su gracia y su masa; pero el retablo, que era magnífico, se vendió y fué sustituído por un repugnante mueble moderno.

Sancho, el de los buenos fueros, enterró allí á su hijo; lo dice una lápida, y hay que creerla. Estos reyes son el mismo diablo en persona. En vida nada hacen para inmortalizarse; mas saben enterrarse en estos edificios que el arte lega á la posteridad con respeto y ella admite con veneración y entusiasmo.

La Historia habla de Cervatos, cuando doña Urraca daba por escritura en 1111, fecha de la batalla de la Espina, esta iglesia y su monasterio anejo al abad don Munio...

Vuelvo á sentarme en las raíces de los robles. Contemplo los canecillos labrados, y recuerdo aquellos tiempos de fe y poesía, hasta que las sombras me ocultan la iglesia. Entonces abandono á Cervatos, pensando en lo que vi, sin que la Naturaleza pueda ahora con sus matices crepusculares llamar-

me á sí. Es hermoso recordar la Edad Media. Al menos, se puede uno consolar de las barbaridades modernas. Pasa el tren, furioso, humeante, desgarrando el aire con sus chillidos. Sólo que, á pesar de gritar tanto, es menos grande que el alero de la colegiata de Cervatos.

X

Ante una imagen de Nicolás Salmerón

—Dejémosle tranquilo allá lejos, en el rincón del polvoriento cementerio civil... Entretanto, las fuerzas vivas interiores que encendió aquel impulso de divina energía, y que parecían no dar señales de sí, van y van trabajando en las profundidades abismales, hasta que llega á subir su obra á flor de tierra. Entonces es el día, para unos, de hablar, y para todos, de acordarse.

(Giner de los Ríos-Salmerón, 1911.)

«La reverencia y el amor de un ideal ético y el deseo de realizarlo en la vida...» «No es más piadoso quien habla más de Dios, sino quien lo ofende menos.»

Frases de Huxley y Concepción Arenal citadas por el señor Dato en su oración fúnebre por Salmerón. (*Diario de las Sesiones*, lunes 12 Octubre 1908.)

—¡Dichosa la nación en donde

surgen hombres de este temple para servir de modelo á las generaciones sucesivas.

(MAX NORDAU.—París, 10 Octubre 1909.)

La vida política de Salmerón no es otra cosa que la lucha entre un verdadero hombre de genio y nuestra abyecta clase media. Su vida contemplativa es el combate entre su conciencia europea y el alma cristiana de nuestros grandes políticos. Fué un santo laico. Fué más; fué el primero de los profesores de la energía. Cuando se le estudia hoy, preciso es medir las irradiaciones de su espíritu por electrones, como se cuenta la vida de Buda por aquellos célebres días, cada uno de los cuales es la unidad seguida de cien ceros. Hizo prodigios, como los santos. ¿Cuáles? El mayor que se puede realizar en esta España miserable: unir la conciencia á la acción, no entregar á las circunstancias—que son la obra de las masas—la conciencia, que es la obra del espíritu. En cada uno de esos conflictos España temblaba; pero él salvaba su alma de la tentación. Durante muchos años estuvo nuestra patria pendiente de sus labios para entregarle su corazón andaluz, que todo lo echa á perder con sus ráfagas pasionales; no quiso ceder, no habló jamás en flamenco. Como no le entendieron, le aislaron. En su soledad no lanzó trenos isaíacos: empleó el tiempo mejor, meditó. La meditación no se conoce en España si no es en su sentido religioso; su religión se llamó filosofía. Kant no tuvo nunca un discípulo más ideal. Del aula de Sanz del Río salió en posesión de una conciencia de acero; del aula de Krause trajo la acción. No basta ser capaz de comprender

la verdad, es necesario hacerse digno de la verdad. No es suficiente poseer la sabiduría, es necesario que todos nuestros actos merezcan el dictado de sabios. La Ciencia sufre profundas revelaciones. La Metafísica no cambia. En este concepto inmutable de las cosas, se produce la Moral. Al movimiento desordenado de las circunstancias se llama Destino; al movimiento ordenado de las almas, Conciencia. Puesto enfrente el uno de la otra, ¿quién vencerá? El individuo. Estos vencedores son muy escasos. Salmerón venció, se hizo dueño de sí mismo. Si logró esto evolucionando difícilmente, nos importa muy poco. Si España peligró por esta causa, nos importa menos. Nunca tuvo necesidad de orientar su conducta en esta tempestad perpetua de la política española. Llevaba en sí el rumbo y las tablas de navegación. Los ignorantes le odiaban y decían: «Es ininteligible.» Los logreros sentenciaban pomposamente: «Es un metafísico.» Los mismos que le admiraban, que no tenían otro remedio que llamarle jefe, murmuraban: «No es un político.» En la banda de los canallas de los ojos bajos se decía: «Es un visionario.» La muchedumbre, que en España, por ineducación y flamenquismo, es ejecutiva y sumarísima, se alejaba de él, siguiendo á los loros, los sapos, las cotorras y las marionetas; cuando estas alimañas la conducían al desastre, volvía á Salmerón. Mientras tuvo esperanza perdonó siempre. Un día, en 1897, perdida su fe en la raza maldita, que es del último que llega, como sus mujeres, la fustigó siniestramente y sobre los verdugones que levantó no ha vuelto á nacer la piel.

Su cráneo maravilla: es poderoso, cuadrado, hermosísimo. El espíritu se hincha en los ojos, que salen de las órbitas ansiosos de observación. Los mismos ojos tuvo Sagasta; pero el rayo de luz de

sus ojos era cobarde, tortuoso, lleno de malicia é ironía. La expresión salmeroniana es franca, dura, legal, fija. Disgusta observarla, porque parece negada á la bondad y al perdón; mas en esa mirada inexorable brilla el genio de la idea hecha cifra. Es implacable con lo que debe ser implacable. ¿Con los demás? No; consigo mismo. Esos ojos tienen el estrabismo de los grandes pensadores: miran hacia dentro. Quien los cree tener puestos en su persona, se equivoca. Es como si la pupila se ladeara ó poseyera el iris una franja cristalina en bisel, y la cosa observada pasara al espíritu por una puerta entornada, de través. Los órganos de los sentidos acusan su gran capacidad asimiladora. Su frente es divina, científica, inmensa: hace recordar la frase de Hugo: «Mucha frente en una cara es mucho cielo en un horizonte.» El pensamiento aró esa frente horizontal y verticalmente. La bóveda del cráneo es de una perfección absoluta: no se echa atrás á costa del cerebelo, no abomba el cráneo, se yergue sobre la calavera cuadrada con una majestad imponente de santuario oriental. Lo que se guarde bajo tal cúpula es por necesidad bueno, bello y verdadero.

Además de esto, fué un artista; supo expresar lo que sentía. Su instrumento fué la palabra. Habló como escribió: esto es excepcional; en España, un asombro, un nuevo milagro. Sus discursos tienen la sencillez sublime de la verdad soberanamente dicha, sostenida y preconizada. Su lenguaje es el de un apóstol, el de un humanitario, el del mártir. Unió tan bien la sabiduría á la fe, que si ésta es creer lo que no se ve, la suya era ver lo que no se creía. Tuvo el don de la videncia, que, como todos los dones, era producto adelantado y expreso de un hondo y detenido cálculo interior. La complejidad hegueliana, las formas krausistas, el desenvolvi-

miento rígido, inflexible de su pensamiento, alarmaban. Leerle es oirle. Sabía lo que hablaba, lo había vivido. No lo sentía, no. Sentir lo que se dice es de un mérito inferior á saber lo que se dice La mayor parte de los sapos de la política española han sentido lo que decían; pero su ciencia ha sido poca, escasa, de tercer orden. Salmerón luchó con sapos. Los gigantes de su tiempo eran tan a tos, que mientras tenían la cabeza en la luna y hablaban á gritos de lo que allí sucedía, obraban en España con los pies y arreglaban los sucesos á patadas. En aquellos tiempos ocurrían profundas revoluciones en el pensamiento universal, y nadie se enteraba; la prueba es que el mismo Castelar, vencedor ya Wágner, se «andaba en Donizetti y Bellini». En aquellos tiempos sólo dos hombres y medio sabían de esas transformaciones; él y Pi y Margall; después, Pi y Margall que era el hombre y medio. Salmerón hablaba esculturalmente, cincelaba mal; pero desba taba los bloques vírgenes sin cuidarse de que los fragmentos herían, tal vez buscándolo Conocía la eficacia de oposición que parece entrañar nuestro lenguaje, y usaba de él, consciente de su fuerza agresiva No escoge los vocablos, pero su pensamiento encuentra la palabra propia siempre. El castellano es difuso, ineficaz en sus adjetivos, en sus abundantes substantivos de varia significación; pero es certero, implacable, único en sus palabras propias. La feliz substanciación del pensamiento y la palabra decolora, pero recorta. La luz se quebraba en su palabra como en el bronce, polarizándola; esto es muy hermoso para quien gusta de la verdad desnuda. Los que ponen á la belleza hojas de parra van á buscarla á los jardines, y nos describen antes cómo son los lugares, los árboles y sus cercanías. Salmerón fué grave, sincero; su apostolado, á nada

comparable. En Europa no tiene quien se le parezca, á no ser Fichte, y ello con restricciones.

Los que alzaron la estatua á Castelar debieron colocar a Salmerón en lugar del gran tribuno; sentado y con los brazos cruzados, á Pi y Margall, y en el sitio en que la mujer desnuda escucha, al autor de la *Fórmula del Progreso*. Esto hubiera tenido el inconveniente de la gordura de Castelar; pero así ese monumento valdría la pena. ¿Por qué no se entendieron aquellos tres grandes hombres el día del triunfo? Porque aquellos días necesitaban un Dantón, un Marat y un Robespierre. Los que deseen estudiar á nuestro pueblo deben profundizar por qué el pueblo no pudo producir hombres como esos. Castelar se entregó á su pasión favorita: la de hacer creer á España que era el primer país del universo en pájaros, flores, frutas y santos. Pi y Margall estudiaba las diferencias fundamentales que separaban, no sólo las regiones entre sí, sino los individuos mismos. Salmerón, dueño de sí mismo, laborioso, armónico en sus facultades intelectuales, como un atleta en sus músculos, empleaba su fuerza en destruir concienzudamente la obra de los dos. Los tres cumplían con su destino. Ninguno de los tres pudo poseer nunca la confianza del pueblo más flamenco de la tierra. Estaban á cien leguas de él. El pueblo no los entendía; se embriagaba oyéndolos. La clase media se abstenía ó intervenía, como los dioses de la comedia antigua. Salmerón fué vencido, arrollado. En Alemania hubiera dado días de gloria á aquella privilegiada nación, que todo lo mucho bueno que tiene se lo merece. En España hizo lo que pudo, y como él nunca fingió hacer más de lo que sabia, murió sin ver de nuevo la República en España. Pero él ha dejado herencia á los jóvenes. Aunque la Biología

experimental marque á la Moral de nuestros días una ruta desconocida; aunque la Metafísica vaya dejando su lugar á la Química biológica, siempre tendremos en el corazón aquel ideal suyo de hacer una religión de la conciencia, después de haber hecho sabia la conciencia con la cultura. Nos legó ese ideal, que nos lleva al martirio como le llevó á él. Porque si hoy no existe un hombre de su genio, en cambio los sapos que le babearon é inutilizaron la Revolución han engordado tanto y tantas escamas tienen defendiendo su barriga, que recuerdan los ictiosaurios de las épocas primitivas.

XI

Ante la estatua de Emilio Castelar

«...Yo escribiré la Historia de España...»

Último discurso de Castelar.

¿Por qué se dedican tan escasas monografías críticas á nuestros grandes hombres? ¿Es el temor á destrozar su fama deleznable, ó es la envidia, ó es la convicción de que tales grandes hombres valen muy poco? Entrad en una librería y pedid una buena obra acerca del genio de Castelar, obra fundamental, exegética; no uno de esos tomos de 500 páginas, verdaderas oraciones fúnebres, apologías en las que con la mayor buena voluntad se encuentran bellos y trascendentales los más pequeños actos del muerto ilustre. ¿Creéis que os darán un libro á la manera del que Erich Smidt escribió acerca de Goethe, ó el profesor Paulsen de Kant, ó Mœbius de Schopenhauer? Los españoles, republicanos ó monárquicos, no se cuidan de eso; tienen por sus muertos un culto plástico. Prefieren la estatua al libro. Moret, que pudo hacer éste, levantó aquélla.

Y aquí, en el lugar donde un tiempo se alzó cierto obelisco simbólico, la nación, por suscrip-

ción pública, trasladó la aguja fúnebre á otra plaza y colocó el catafalco del orador. Nosotros, los que estudiamos, por necesidad tenemos que examinar el monumento, ya que en los libros críticos no podemos formarnos una idea de este gran hombre. Sabemos que habló mucho y con tal magnificencia, que nuestros antepasados acudían á escucharle como se asiste á un espectáculo. Leímos todos los libros que escribió, absolutamente todos. En la historia de la Revolución y la República señalamos con tiza roja sus actos tribunicios. Y hoy, ante su efigie, nos preguntamos: ¿Resta de su formidable labor alguna cosa? ¿Nos dió un sistema filosófico, un nuevo concepto de la moral práctica, un libro fundamental, un criterio de gobierno?

Echada cerca del escaño, cierta mujer desnuda se retuerce en extraña epilepsia oyendo al orador. Suben por las escaleras Demóstenes y Cicerón, un obrero, un estudiante y un soldado. Coronan el túmulo tres mujeres gemelas, desnudas también. Una pieza de artillería, de una sola rueda y un solo servidor, vaciados en bronce, se destacan en el macizo. Sobre el zócalo, en un altorrelieve, varios esclavos se libertan. Todo esto, ¿qué quiere decir? Indudablemente, esa pobre mujer de mármol, en cueros vivos y con el imprescindible espejito en la mano, significará la Verdad; las cadenas rotas de esos siervos, la Libertad; los oyentes, la Elocuencia; las tres hermanas, en cueros vivos también, las tres ideas substanciales de la Democracia universal; el cañón de una sola rueda y un solo artillero, la Prevensión armada.

En efecto, Castelar amó la Verdad, la buscó, estudió; en su austero celibato, no quiso entregar su espíritu á mujer alguna; se dió entero á la Verdad. El idioma le ofreció sin reservas su armonía, y

el cerebro, educado en la melodía de las palabras, se acostumbró á pensar en voz alta, rápidamente, hasta el éxtasis. En hipóstasis dulcísima el verbo y la idea brotaban de su boca perfectos, claros, urdidos en largos periodos parecidos á codas, fermatas y cavatinas interminables. La memoria servía la música del lenguaje, y en síntesis que nadie ha superado, á brochazos geniales, describía el alma de los siglos, el espíritu maravilloso del hombre. Momsen hubiera envidiado su cultura Víctor Hugo, que él admiraba tanto, le prestó la fulguración de sus antítesis, el rugido de sus apóstrofes, el martilleo demoledor de sus alejandrinos. Poseyó el gesto de Gambetta Muchas veces, en su concepción, aparecía la nobilísima inteligencia de Gladstone. Siempre recordaba el sereno amor patriótico de Cavour. Tenía de Mazzini encarnizamiento apostólico. El héroe de Marsala le comunicó su fe cívica. Su cristianismo sincero y pictórico semejaba el de Jacinto Loysson. En Roma, era pagano; en París, europeo; romano en Madrid; madrileño en Londres. Cuando triunfaron sus ideas, fué más poeta que nunca. Cuando labraba en cada discurso de oposición un poema, era un admirable hombre de Estado. No podía reconstruir perfectamente las épocas, porque despreciaba el detalle; pero las amaba de tal modo, que el hecho presente era en su alma ocasión de recuerdo, de evocación. Sus digresiones encantan, ellas son la causa de su debilidad. Continuamente era víctima de los siglos, que anatematizaba con las palabras de la Enciclopedia y los trenos de la Convención. Quiso hacer la Historia de Europa en el siglo de las luces, y abocetó una Historia Universal gigantesca. Pensando, soñaba; era incapaz de detenerse, y embriagado en sus delirios, cuando enlazaba las ideas

fundamentales las soldaba mal. En el destierro, fué español; en España, europeo. El genio seco, austero, calizo de Castilla le subyugaba, y nunca pudo concretarle porque pensaba en andaluz. Bajo el cielo de Italia no se le ocurrió cosa alguna; pero nos trajo acuarelas preciosas. Tenía del sentimentalismo europeo su parte escandalosa y declamatoria. Si novelaba la historia de un alma resultaba el alma de la Historia. Los capítulos de sus grandes obras son las falsillas, los bosquejos de tremendas Enciclopedias. Sus artículos de política internacional, que nadie igualará jamás, son resúmenes prodigiosos. Se hizo á sí propio. Cuando los azares de la Revolución le empujaron á Europa, era ya tarde para que su genio concediera á Europa otra cosa que su admiración. En cierta ocasión le irritó sobremanera que Víctor Hugo le humillara (1). Su orgullo de sangre le impedía asimilarse el genio de la estirpe sajona, y sin él saberlo, su inteligencia era eslava. Amaba la luz, pero de ella, mientras Goethe hilaba la idea en la soledad, sacaba él rayos, colores, ruido y notas. Murió sin dejarnos herencia alguna.

Nada hay en él que no esté ya en otros libros. Admirable catador de la inteligencia universal, plagió á Europa. Su creación es estéril, poca; revela genio, mas genio superficial. Sabía de todo tanto como sus contemporáneos juntos, y no ha dado á Europa un libro ni otra gloria á su España que el recuerdo de su palabra. Hizo escuela, y eso fué su

(1) Castelar cuenta en su artículo de *La Ilustración Española y Americana*, dedicado á la muerte de Víctor Hugo (año 1885, Mayo), que el gran poeta le indicó que en el asiento donde Castelar le escuchaba había reposado el emperador Maximiliano. Esto ofendió mucho á Castelar, aunque no había razón, pues el discípulo se parecía mucho al maestro.

mal y nuestro daño. La raza se escuchó en él, le hizo su hombre representativo. Jamás ha existido un hombre que con tanto derecho pudiera llamarse español. Sin embargo, la estirpe no contiene adelanto alguno. Su republicanismo, hijo del genio de Víctor Hugo, tenía condescendencias mortales y arrebatos de sublime arrogancia, que le aislaban. Fué solo siempre, aunque él se creyó jefe de partido. Su lamentable equivocación de adular la raza más grosera del globo hizo inútiles sus esfuerzos tardíos para darle el instinto de cohesión, de afinidad necesarias á su triunfo como nación.

Y nosotros, en vez de estudiar sin pasión, concienzudamente, á este hombre admirable, de indiscutible genio; en vez de reflexionar sus escritos, depurando, para vulgarizarlos, sus sentimientos sublimes, hemos alzado en la vía aristocrática su efigie en bronce al pie de un bloque cuya construcción más semeja un frasco de esencia que masa arquitectónica. Ahí estará luengos años con el brazo extendido, sin que falten los asientos del Congreso, perpetuados en bronce, y esa pobre mujer tan parecida á España, desnuda, con su espejito, y embobada oyendo su panegírico mientras la miseria avanza. Por ahí suben Demóstenes y Cicerón, dos perfectos hombres de Estado cuya oratoria realista, árida, de pruebas, en nada se parece á la de Castelar. ¿Qué aprenderán ese obrero, el estudiante y el soldado? ¿La idea de Patria? ¿Aprenderán las excelencias de la República?

Artísticamente, esta efigie debió colocarse sola, sin apoteosis, ni chirimbolos, ni mujeres en cueros vivos, ni piezas de artillería. Psíquicamente, debimos los republicanos ofrecer á este boceto de gran hombre una crítica severísima de sus numerosas obras, verdadero homenaje dedicado al estudio

de nuestra raza, toda entera en su corazón y en su cerebro.

Pero nosotros los republicanos padecemos de daltonismo; lo vemos todo rojo, cuando no lo vemos negro. Por este y otros cien mil padecimientos no podemos continuar la Historia de España, cuyo boceto nos dejó Castelar en la trama complicada de sus obras. Es decir, la continuamos á estilo de Cánovas y á la manera de Saturno, devorando, para vivir, nuestros propios hijos, nuestra misma sangre. Amén.

XII

ANTE LA ESTATUA DE SAGASTA EN LA BASÍLICA DE ATOCHA

—...; pero cada una de ellas (las libertades individuales) tiene sus límites, y esos límites son precisamente su mayor garantía; ellos son los que aseguran su conservación...

(Discurso de Sagasta del 3 de Octubre de 1869.)

Esta mujer sin camisa que á los pies del túmulo contempla un libro abierto corre el gran peligro de enfriarse. Parece ser que simboliza la Historia. Los escultores mediocres tienen de la Historia un criterio mediocre cuando la represèntan en cueros vivos y á los pies de un muerto relativamente ilustre. Lo primero que se ocurre á una mediana inteligencia—en España todo está cortado por la mitad—es preguntar á la mujer desnuda qué diablos hace de esa guisa en el recinto de la muerte y por qué endemoniada razón está allí en cueros y no pudorosamente vestida. Luego, la curiosidad os lleva á inclinaros sobre el libro, donde nada hay escrito, con lo que vuelven á dar ganas de preguntar á la fresca señora el objeto ó fin de tener cerca

de la barriga aquel infolio de piedra. Los escultores buenos, cuando han obligación de labrar un sepulcro, estudian la vida del difunto y á ella se atienen, y no idean estas representaciones plásticas, pasadas ya de moda y que vienen como de molde para renegar del orgullo y vanidad del que dentro descansa.

Los escritores malos, cuando necesitan hablar de un difunto y visitan su tumba, se exponen á comparaciones peligrosas entre tanta piedra labrada y la osamenta que encierran. La tumba de Sagasta debía ser mucho más humilde, sobre todo si se tiene en cuenta que hombres verdaderamente geniales descansan olvidados en el santo suelo ó embutidos á poca distancia de él, en ataúdes modernistas de forma de baúles. ¿Qué tendrá que ver la Historia con Sagasta? ¿Por qué colocaron en el Panteón de los Hombres Ilustres á este buen estadista, revolucionario, dinástico, liberal, de cuyas manos salió la España moderna que todos conocemos, España admirable, encanto de los ojos, regocijo de los oídos, sin colonias, pero con más sal que el mar? Nuestra patria es un país muy agradecido y paga bien los sacrificios. De los cabellos cogió la Historia y la llevó á los pies del espléndido sarcófago, para que escribiera en su libro los hechos de este gran hombre. ¿Y qué es lo que esta señora podría escribir, si no mintiera tanto como acostumbra? Que habló mucho y no mal; que la causa del orden tuvo en él siempre su paladín; que desde 1854 á 1867 pronunció discursos; que estuvo sentenciado á muerte; que emigró, como tantos otros; que de la emigración volvió con las mismas ideas que tenía; que fué uno de los 191 diputados que votaron al duque de Aosta la noche del 16 de Noviembre de 1870 y otro de los que más trabaja-

ron por la Restauración; que fué muy amigo de sus amigos; que resolvió el problema del movimiento continuo, pues cuando dejaba el Poder Cánovas lo tomaba él, y así sucesivamente; que, después de haber intervenido en la campaña parlamentaria de los cinco años de la unión liberal y de haber redactado ó glosado algunas páginas del Código de 1869, se entretuvo en interpretarlas como las circunstancias, que son el Dios de los políticos, le dieron á entender; que adivinó lo que valían sus coetáneos y los manejó admirablemente; que, en resumidas cuentas, fué columna de la Monarquía y nada más. La Historia, si no fuera de piedra, escribiría, además, con cuánto ingenio contestaba las interpelaciones, cuán maravillosa era su sagacidad para esquivar los ataques, y alguna de esas cualidades que tan famosos hicieron á sus discípulos, ó sea el arte de hacer ver que se ha hecho todo lo posible con el menor riesgo. Así es como perdimos las colonias: haciendo todo lo posible por no perderlas. Este hombre singular, que indudablemente hizo lo que pudo, fué uno de los que inventaron la ciencia de acusar á las circunstancias de los errores propios. Antes de él se discutía así: «Su señoría es culpable de tal cosa.» Y su señoría respondía: «Bien; ¿y qué?» Después de él se discutió de este modo: «Su señoría es culpable de tal cosa.» Y su señoría respondía de este otro: «Me he visto obligado á ello, con gran dolor mío.»

Una de las cosas que más asombran á los que estudian el mecanismo ideológico de la política española es la facilidad de adaptación de nuestros prohombres. En sus mocedades son revolucionarios furiosos; luego se hacen amigos de todo el mundo: charlan por los codos; lo saben todo; de todo entienden; adivinan lo que va á venir, aunque si es malo

no pueden detenerlo; por supuesto, con gran dolor suyo. Y así, inventando, improvisando, sin un certero criterio fijo, capean temporales, revoluciones, motines, batallas y desastres. Son ministros de todos los ministerios, llevan los libros de la Hacienda, la política exterior, los asuntos de Palacio, los propios, los de sus amigos; colocan á sus parientes en los sitios más visibles, como si el talento fuera ungüento amarillo, ó por el solo mérito de ser pariente ya se heredaran los secretos del gobierno de los hombres. Y cuando se les pide cuentas de sus gestiones se enfurecen, soplan como focas y os contestan de este modo encantador. «Si su señoría hubiera estado en mi lugar, hubiéramos visto lo que habría hecho.» Don Práxedes Mateo Sagasta, cuyas virtudes íntimas no discuto y me tienen sin cuidado, fué maestro en la política de componendas y cataplasmas. «Somos amigos—decía Ruiz Zorrilla el 25 de Julio de 1871 —, con una amistad inquebrantable, el señor Sagasta y yo hace diez y ocho años; pero...» Los políticos españoles se profesan durante años y años amistades entrañables; pero... Después de estos *peros* cada uno de ellos se convierte en gallo, y á ver cuál de ellos se queda sin espolones. Política d› comadres, sin verdadero genio, débiles de espíritu, aunque exteriormente furibundos y espantables, siempre en oposición sistemática cuando no gobiernan ellos, necesitando al subir pagar centenares de miles de favores, nuestros políticos de todos los tiempos ni han tenido tiempo de gobernar ni han podido ser respetados. Espanta leer las historias, los memoriales, los *Diarios de las Sesiones* y la colección de las *Gacetas*. Aquello es un delirio de grasa, roña, porquería, mezquindades, yernocracia y cinismo. Lo mismo se deporta en masa la plana mayor de un partido, que se firman senten-

cias de muerte por delitos políticos, que se conceden prebendas y condecoraciones, que se conspira, que se charla. El genio no aparece por ninguna parte. Nadie puede imponerse á nadie; ni los estadistas militares. Sagasta, que como político era un buen torero, se pasó la vida quebrando. Esto le perdió. Eludir las dificultades no es vencerlas. En estos momentos yo quiero recordar un hecho grande, que fuera digno de un hombre de genio, y no recuerdo alguno. Será mi pobre memoria... ¡Qué discursos! Con ellos podríase hacer una edición de 40 volúmenes en folio. ¿Y con esos 40 volúmenes qué podríamos hacer nosotros? Sagasta poseía la energía española en alto grado. Esa energía consiste en hacer creer que se hace algo, moverse mucho, hablar á destajo, conminar con violencias á que los demás verifiquen proyectos de escasa importancia, pero que en substancia son nimiedades En 3 de Enero de 1874 el ejército se componía de 40.000 hombres. Sagasta, en el mes de Noviembre del mismo año, disponía de 240.000 soldados. Sin embargo, aquello no significaba sino alteraciones de orden público, porque España ha tenido muy poca intervención directa en los negocios de Europa á causa de su brutal y casi absurda ignorancia. De ésta nadie se ha ocupado, y ¡ay de aquellos que se atrevieran á mover las armas de Rolando! Guerras, motines de partidos, alteraciones de café... y nada más. Madrid, con su genio inquieto, indeciso, sensible á los cambios atmosféricos, difuso, charlatán y algo chulo, por no decir flamenco del todo, se ha pasado la vida en un perpetuo Dos de Mayo. Todo el interés de nuestros gobernantes ha estado en manos del pueblo de Madrid, sin reparar que si París es Francia, España no es Madrid. Sagasta, menos que Cánovas, se dió cuenta de ello. El Con-

greso, con sus sesiones calenturientas, en las que el Crucificado se aparecía como en los Concilios, y en las que los diputados oficiaban como los cardenales en los conclaves; nuestro Senado, que ha sido siempre la antesala del salón del Trono; nuestros Ministerios, por donde han pasado todos los españoles mayores de edad, no han podido servir de reguladores de la vida nacional en manos de los jefes de los partidos. Galdós se ha hecho célebre, merecidamente, describiendo el fantástico y tenebroso espectáculo de los cambios de Gobierno, la aparición y desaparición de los astros de la política, los golpes de mano, los golpes de Estado. Asco, rabia, ira dan las cartas y Memorias de aquellos tiempos. ¿Por qué Sagasta, que era ingeniero, no se dedicó á la ingeniería? ¿Por qué, maduro ya de edad, al comprender que no hablaba mal se dedicó á charlar? El mal de España es ese: la equivocación en las vocaciones.

Aquí está don Práxedes Mateo Sagasta, descansando para siempre de una larga labor. Tiene su cara el encanto de la muerte. Sin duda alguna luchó, sufrió, trabajó. Culpa suya no fué que el Destino no le concediera el genio de los hombres de Estado. Su frente es estrecha; su tupé, clásico; su boca, enorme; sus pómulos, salientes. Hay en su cara la belleza de la bondad, cierta complacencia de vivir. Lubbock diría de él que no estaba descontento de sí mismo. Se comprende, observándole, que la energía de las facciones no era ocasionada por las líneas del rostro, sino por el hábito de mandar, y aun así esa energía se desploma por las mejillas, por los carrillos, hasta los labios. Lo interesante de Sagasta es los labios. Gruesos, ásperos, abren una enorme boca que, si no tiene la gracia de la de San Vicente de Paúl, posee la ironía de la boca

de Molière. La máscara de Sagasta me recuerda la de Molière, yo no sé por qué. Por la boca, sin duda. Los ojos de Salmerón, los bigotes de Castelar, la boca de Sagasta, los lentes de Cánovas, la barba de Prim: he ahí nuestro siglo XIX desde el año 50. Tiene esta boca de Sagasta una mueca de ironía que inmuta La muerte no sorprende, no ha podido helar en el rostro una idea, y sin embargo, la boca de Sagasta dice alguna cosa. Fué, por experiencia, muy conocedor de la vida; pero se rindió á ella, como todos nuestros políticos. Concedió demasiado á los hombres que le encumbraron, y más tarde sus ambiciones, las alas negras de la tradición, los sucesos ambiguos, los intereses cruzados, rindieron su buena voluntad. Su sonrisa es amarga y grave. Cánovas y Sagasta sostuvieron sobre sus hombros un Trono, pero no un pueblo, y murieron creyendo lo contrario. Tal vez la enigmática sonrisa de Sagasta nos diga esto después de muerto.

XIII

Una capea en Medina del Campo

TANTO MONTA—MONTA TANTO
(Escudo de los Reyes Católicos.)

Entro en la ciudad como entro en todas, sin equipaje, sin cuidarme nada de mí mismo. Tengo en los ojos la visión de la gran llanura castellana. He visto vastas hectáreas de pinos, árbol generoso, símbolo del apostolado y admirable imagen del sacrificio útil Las calles están desiertas y abandonados los borricos. Es un mal síntoma, porque el castellano pocas veces abandona su rucio. En una vía amplia, bordeada de altas casas modernas, sé dos cosas: que es el último día de la feria y que el pueblo entero se ha congregado en la plaza Mayor. ¿Para qué? Un pueblo sólo se consagra entero en España para ir á los toros. Corren novillos, es la quinta corrida, y es la última. Vinieron de todos los pueblos comarcanos, señal ésta también genuinamente española, porque únicamente se visitan los pueblos en España cuando hay toros. En efecto, al desembocar en la plaza oigo un griterío espantoso y veo cerrada la bocacalle con una empalizada. Entre las vigas y sobre ellas, se apelmaza un

gentío informe. De la plaza sube al cielo una atroz polvareda gris. A intervalos oigo gritos de miedo que infunden espanto. Ya en la plaza me abro paso á codazos. La gente ocupa, estrujándose, las aceras entre las casas y los maderos puestos en los arroyos á guisa de burladeros ó barreras. Es curioso que Noel tenga tal entrada en tal ciudad; parece la confirmación plena de cuanto vengo escribiendo y predicando. Me refugio en un café; pero apenas llevo á mis labios ardientes y sedientos del viaje la cerveza, unos jóvenes vienen por mí, saben quién soy y bondadosos quieren darme el placer de sorprender á un pueblo en la más villana de sus degeneraciones. Me sacan en volandas á un balcón y he de cerrar los ojos, aturdido. El espectáculo es verdaderamente grandioso é indescriptible Los jóvenes me miran con estupor esperando mis comentarios, me hablan atropelladamente, me dicen que ha muerto un hombre, que los heridos son muchos, que aquello es siniestro. Aquello es trágico con esa sencillez que llamaríamos esquilea si pudiera aplicarse ese nombre sagrado á esa fiesta ridícula.

Figuraos una plaza vez y media más grande que la Puerta del Sol en Madrid. Imaginaos un perfecto cuadrado y trazad en ese plano de cuatro líneas lo que voy á deciros. En el centro, un kiosco de la música circuído de valizas; entre él y uno de los lados, una fuente asimismo bordeada de estacas. Abrid dos calles en los ángulos y cerradlas con palos enhiestos. Trazad otra calle en una de las líneas y ampliadla en graciosa perspectiva. Ahora marcad los arroyos de la enorme plaza con innumerables traviesas verticales al pavimento y llenad todo de gente sin temor á exagerar.

La multitud invade la plaza, el circuito, el foso

ó anillo, las bocacalles, el ruedo, las aceras, los anillos de la fuente y kiosco; gatea por los mástiles de la luz eléctrica y llena los balcones de las casas, el tendido apoyado en la iglesia, el tendido apoyado en la casa de Isabel la Católica, los balcones del Ayuntamiento, las arcadas laterales, los tejados; afluye, retrocede, circula, huye, se aglomera, se oprime, se estruja, se esparce, escapa, viene, va, gesticula, grita, muge, cita, rabia, ríe y bromea todo á un tiempo, todo en un segundo. Sumido en la nube inmensa de polvo se mueve con movimiento de convulsión. Unas veces se abre en grandes extensiones desgarrando su masa en cuyo hueco aparece el toro; otras veces inicia un ataque en bloque que semeja una embestida de motín. El hermoso novillo permanece quieto, asustado, asombrado; entonces la plebe le acosa, le acomete, le pincha, pasa delante de él y le afrenta. Mas si el novillo corre, la gente huye y resbala y cae y desborda por las calles y el anillo golpeándose en las tablas y en sus intervalos. El polvo espeso como nube de plaga se cierne sobre la plaza, ahogando. Cae de la nube un calor insufrible, una lluvia de dardos de fuego. Inmuta, impone, escandaliza ver aquella masa contra aquel toro. Si se mueve ensordece el griterío. La gente bufa, ulula, gime, canta, resopla, atruena el espacio. Si el novillo no se mueve, queda en silencio y sólo se oye un rumor sordo de muchos corazones que laten de miedo y de deseos de ver á uno de ellos cogido, zarandeado y cubierto de sangre.

Trazo despacio, con una ligera angustia, que debe notarse en mis labios, un croquis de la plaza para que nunca se olvide mi alma de estas andanzas. Las casas son de un color amarillento, crudo, seco. En uno de los ángulos asoma la torre del cas-

tillo de la Mota. En una tarde semejante, y á la misma hora y en el mismo sitio, Isabel la Católica vió morir, corneados horriblemente, á dos hombres. En el ángulo par se alza monstruosa, hedionda y cruelmente indiferente la parroquia, cómplice forzada ó sin forzar de estas fiestas de la muerte. Adosada á ella hay un tendido en el que la gente se arremolina y embanasta. En los balcones del Ayuntamiento presiden dos mujeres elegidas á propósito entre las más hermosas. ¿Cómo no mezclar en España la belleza á la sangre? La torre de la iglesia, fornida como muslo de canónigo, enseña en lo alto un reloj. ¡Qué amargura!... Aquel reloj representa el tiempo que pierde aquel gentío en necedades banales. La casa de Isabel la Católica está hoy bravamente empleada, hace de toriles en el piso bajo, en el alto lucen sus atavíos gentiles mujeres, hijas de aquellas que se bordaban en los vestidos los instrumentos de martirio de la Inquisición. Lejos se yergue otra torre, la de San Facundo. El sol, próximo á su ocaso, tiñe de oro viejo las cornisas y las torres y da preciosos tintes melancólicos al cielo y á la plaza. El toro que lidian es el último y le apuran bien.

Con largas varas le acosan, le tunden, le punzan, le llaman sandeces. Cierta mujer muy vieja, de pesadas caderas, se pone delante en un gran claro y le cita sin miedo con su pañolón verduzco. La gente ríe el caso y deplora de corazón que el novillo no la ensarte. Otra mujer cuya cara es un costrón de mugre y sarna dice jocosamete: «Para toros buenos los que mataron á mi marido.» Me estremezco de ira, tiemblo; así habla mi raza. Mi estirpe habla por boca de aquella viuda inicua. El pendón morado de Castilla ondea en su moharra sobre el Ayuntamiento; gracias que el pendón de

Castilla nunca fué morado. Observo la muchedumbre apasionadamente; hay allí miles de figuras negras, cenicientas, en camisa, sin sombreros, con varas y con capas. Los envuelve una atmósfera densa, de menuda arena, que debe asfixiarlos; pero ellos ni lo notan. Suena de pronto la banda que ocupa otro tendido. Es un pasodoble canalla. De la plebe surge un resoplido de hipopótamo antediluviano; quiere más toros. El pasodoble enardece su miedo y su sangre de chufa valenciana. Abren el toril y el novillo se arroja á él como se arrrojaría á un pozo ó á un precipicio si lo hubiera; debe estar loco el pobre animal. Mas la gente se abalanza á la fachada del Ayuntamiento y grita é increpa; quiere más toros y no importa que sea de noche. La noche es digna de la tragedia y en las sombras se cometen los crímenes cuya lectura devora la gente. Sangre en las tinieblas es el ideal trágico, y mi raza es substancialmente trágica. Si queréis saber por qué pide aquella plebe toros, anotad estos datos, cuya elocuencia es terrible. Cuando en la plaza se arrienda una casa, en el contrato los arrendatarios exigen esta cláusula fundamental: que se les reserve durante las capeas de feria los balcones. Los agricultores braceros se enrolan con esta condición terminante: que se terminen ó no las tareas agrícolas, en la época de los novillos han de disponer de los días en que se lidien.

En Nava del Rey se torean de noche las vacas; cuando una de ellas está á punto de coger á cualquiera, apagan la luz, gritan y la vuelven á encender; muchas veces aparece un difunto bajo los cuernos, pero esto no vale la pena, si bien se mira, porque es un asno de menos.

En Tordesillas se lidia el llamado toro de la Vega, el cual en pleno campo se lancea; el mozo

que le da la última lanzada tiene derecho á traer al pueblo en la punta de su pica la oreja del animal, y es fama que aquella noche sueñan con él las mujeres.

Se encienden los farolillos en la ciudad y su luz abre en la niebla de polvo estelas de un color bermejo ó nimbos de un morado agrio, ó madejas y ramalazos de verde lívido. Mientras la gente grita ante el balcón de la autoridad pidiendo más toros, yo me distraigo viendo el gran juego de luz crepuscular que anacara el cielo y lo esmerila y lo pule, y arroja sobre los tejados ocres radiantes de un dificilísimo matiz, y el otro juego de la luz artificial que abre la bruna polvorienta en jirones luminosos.

La música sigue su tocata flamenca esparciendo en el aire el genio de Andalucía y todas las ideas de la lujuria, el desenfado y la desenvoltura. ¡Qué poco cuadra con aquel ambiente deliciosamente histórico el necio fanfar del pasodoble!... Toca la campana de San Antolín y la gente la corea y se calla como si estuviera en la Edad Media. El reloj se ilumina con una lámpara que refleja sobre la esfera. Se encienden los arcos voltaicos. Bailan las mujeres ó se pasean acompañadas de los héroes de la capea. Se comentan los incidentes Total: un muerto y varios heridos. ¡Bah, más fueron las víctimas el año pasado!... Las torres legendarias se suman en la noche, el polvo desciende á plomo como ceniza de Cuaresma sobre aquellas cabecitas de ajo, desfila el pelotón de la guardia y yo mismo, seguido de unos cuantos jóvenes, paseo también por el teatro de tanta tontería y tanto crimen bajo. Me cuentan horrores, cornadas tremendas, accidentes horribles y se placen en describírmelos como si los gozaran. Pero aquellos jóvenes

ya no son flamencos. Sienten que en las capeas se desangra la raza, se entretiene, se pudre y quieren prohibirlas no con úkase, que estas cosas no se prohiben así, sino curando á la raza de un mal muy grave, de una locura horrenda con suprema constancia y un amor infinito. Aquella noche en Medina hubo doce ó catorce bailes. Muy tarde, desierta la plaza, vi pasar á la Muerte con unos cuantos fetos bajo los brazos.

XIV

La Torre de Hércules en la Coruña

Termina bruscamente el balaustre de piedra y la calzada, trazando un ángulo muy obtuso, llega al pie del polígono sobre el que se alza la torre inmortal. Dos escalerillas que une un tramo para bifurcarlas de nuevo y la fecha de 1861 en la pared de ese tramo. Ya en el pavimento del que arranca la torre, los ojos pueden tenderse á lo largo del mar, del océano inmenso que no se interrumpe hasta la América del Norte. El viento es muy duro, fuerte, rápido. Las aguas del mar ondulan tranquilamente y llegan hasta las rocas con mansedumbre; pero en ellas se deshacen en blanquísima espuma que al refluir torna el agua azul en verde muy claro. Hay por allí varios escollos, y al pie del torreón una casamata, de la que los temporales arrancaron á pedazos la enorme sirena de vapor con sus calderas. El polígono, base del faro, tiene trece lados. En uno de ellos se yergue una casita blanca de dos pisos, en la que vive el torrero, y en otro se levanta cierta garita romana muy vieja, dentro de la cual, y en una lápida, se leen detalles de la arcaica fundación. Responde el faro á su fama. Tiene 66 metros de altura, cinco pisos, cuatro cuerpos y cuarenta ventanas. Su vejez impone, pero asombra más su magnífico é inmutable paralelis-

mo. Es una torre de cuatro líneas prodigiosamente verticales, es el genio romano puesto en pie. Es la imagen de la fuerza cuando la fuerza se pone al servicio del derecho Del zócalo parte una línea en rampa que divide los pisos diagonalmente Quizá en un tiempo se debió subir á la plataforma en la que ardía el brasero del faro por una escala llana en espiral como en Asiria y Fenicia. Un exágono, al que sirven de contrafuertes cuatro pirámides adosadas, sostiene la linterna, su caja de escalera y un soberbio monolito de traza etrusca. He visto tantas veces su imagen desde pequeñito, que no me canso de admirarla. Parece mentira que llegue uno á ver en la realidad las cosas que vió pintadas. Esta idea infantil me sirve de base para un ensueño. Parece mentira que dure todavía esta torre... El caso es que perdura y que no se caerá tan fácilmente. Los hombres le tuvieron siempre respeto y la han cuidadosamente reedificado. Lo dicen dos lápidas de color de bronce mohoso. Parece ser que en tiempos de Carlos III, que hubiera sido un buen rey á no ser el tercero de los Carlos, el Consulado marítimo de Galicia se tomó la molestia á sus expensas de restaurarla. Lo mismo quiere decir, aunque no lo dice, la otra lápida, escrita en un latín de inscripciones más verde que el color del plafón. Los lunes y los viernes la torre abre su panza al viajero y podéis subir cómodamente por sus entrañas. Tan bien conservada se encuentra, tan limpia, tan pulcra, que habéis de tocar las piedras, las junturas sin grapas, sin casi argamasa, para convenceros de que el diablo tuvo allí parte. El diablo habló á Vitruvio de estas arquitecturas, pero lo esencial es ver, hartarse de ver, porque vale la pena. ¡Ya lo creo que vale la pena ascender por aquellos escalones!

La entrada es muy estrecha y muy alto el zaguán. Las paredes son macizas, de una grosura inverosímil y en el hueco de las ventanas podía tenderse un hombre. Ocupa la escalera dos bóvedas; las otras dos son habitaciones cuyo techo parece el de una catedral; hay en ellas mesas, sillas y un armario con mecheros y lámparas de repuesto. El viento muge, bufa, sopla, choca en las paredes y produce un ruido bronco, furioso, que se acentúa conforme se asciende. Me detengo para escucharle; es encantador pensar que hace muchos siglos ese viento, que revuelve el Océano, combate la torre sin derribarla. El mar lo ha pensado mejor y roe los cimientos, pero aunque corra mucho, la torre se erguirá unos siglos todavía. Comunica fortaleza la visión de aquellos muros que nada tienen de trágicos. Salgo á la barandilla del primer piso. El viento es tan fuerte que impide respirar. Contemplo el mar, tranquilo, manso; el sol clarifica un poco su azul intenso y aleja la perspectiva curvando menos la línea de su horizonte; dos barquitas blancas navegan por él sin moverse apenas. Un barco grande enfila la boca del puerto. Las montañas de Santa Cruz se adentran en el mar como un cabo. Detrás de ellas penetran en el Océano los montes de El Ferrol Se ve en ellos una mancha blanca, el Prioriño; mas allá, el Prior, dos faros que no están de más. Anda por allí la piedra de la Marola, por donde se juntan tres rías. Los marineros que gastan bromas con el mar, como los poetas con la muerte, dicen de aquella piedra que quien la pasa, pasa la mar toda.

Por Cambre se ve el humo de una locomotora. Aquella casita cercana al mar es el polvorín de Amaro; esa otra, el polvorín de Monte Alto; la isla aquella la de las Animas. Se ven los tres cemente-

rios: muy grande el católico; descuidado é insignificante el civil; limpio, florido, bellísimo, el protestante. Coruña se extiende por el istmo que une á la isla del faro con tierra firme. Sólo se ve una torre, las casas son humildes y de ellas sólo se distinguen el Instituto da Guarda y la Fábrica de Tabacos. En el extremo opuesto se elevan con escasa majestad los montes de San Pedro y un poco avanzadas sobre el mar las islas Gisarpas, con otro faro que se aprecia á simple vista. Es un gran balcón aquel. Vuelvo á subir. Han añadido cierta escalera de caracol á cuyo término hay una habitación de bóveda plana sostenida por cuatro pilastras. Un teniente de navío, Eustaquio Sianín, llevó á cabo con toda felicidad aquella obra; la historia, pues, sabrá quién hizo aquello, caso muy raro en ella, porque ignora quién hizo ambas obras sublimes. La cabina del faro arde. De noche debe ser imposible estar allí. El aire ruge allí de veras, pero los cristales deben saber que están en la torre y no ceden. Si es verdad que el valor se comunica, la torre romana comunica su fuerza á la linterna. Encendido el mechero del faro, envía su luz mar adentro á cincuenta y tres kilómetros. Todo está limpio como en un buque de guerra y á punto de funcionar. De tres en tres minutos da un destello y en nueve da una vuelta. Esto no podrá tener interés para quien busca el secreto del Cosmos, pero ha salvado la vida á muchos hombres. La imaginación recuerda los faros antiguos, aquellos haces de leña en las manos de los gigantes ó las plataformas de las torres, y no puede menos de sonreir al ver con qué facilidad salva la ciencia hoy al que trabaja, al que se aventura, al que lucha por la existencia.

Un poco de petróleo, una pesa, aire comprimi-

do, unos lentes y aquella luz gira y luce y habla. Se concibe una torre tan grande sosteniendo un aparato tan insignificante. Salgo otra vez á la barandilla de la cabina. Contemplo, observo, miro, gusto del espectáculo y me fijo en aquel hilo que desde el pararrayos desciende á la tierra. La Torre de Hércules era vulnerable, un rayo podía y pudo varias veces destruirla en parte ó lastimarla. Ya no será posible.

He dejado detrás la célebre torre. Camino por la calzada misma que siglos hace contruyeron los romanos. Me vuelvo muchas veces para mirarla y cada vez es más bella, más fuerte, más imperativa. Su fortaleza es graciosa, amable su simetría, misteriosas é imponentes sus cuatro líneas verticales. Los romanos conquistaban los pueblos y no empleaban del todo mal los tributos cuando hacían obras como éstas. ¿Qué vale la independencia cuando va unida á la miseria mental? ¿No es mejor ser siervo del genio que, por no ser esclavo, vegetar lastimosamente con la independencia á cuestas? España ha dicho siempre que no, y allá España. El caso es que esta torre perdurará muchos siglos aún haciendo soñar que Hércules por hacer el bien á los pigmeos trasladó de las canteras estos sillares, los alineó y les dió la vida de su fuerza.

XV

Viendo volar á unas gaviotas

Son las doce de la mañana, he acabado de escribir ciertas cartas pidiendo una limosna para continuar mi campaña, y vengo al mar para que él me cure. Cura bien, á fe mía. La ciudad no deja en el alma sino deseos de grandezas y amores; pero el mar tiene un género extraño de vida, que entienden las almas solitarias perfectamente. Ante el mar el corazón se aquieta, no toma tan en serio las cosas, se comprende pequeñito y débil, y no hay por qué predicar á las multitudes de unos pretendidos vicios y terroríficos escándalos. Se baña todavía la gente aquí en esta ensenada ó playa pedregosa, muy poco á propósito para bañarse. En un extremo, de detrás de una abrupta colina, se yergue la torre romana de Hércules, con su monolito en las cúspide y su linterna de faro moderno. En el otro extremo hay una especie de dique circular, cubierto de asientos pintados de verde. Lleva á ellos una balaustrada blanca, con grandes jarrones de la Granja. La ciudad ofrece poco atractivo mirada desde aquí, y las casas, de un color sucio, bajas, míseras trepan ó descienden por las colinas, sin que interesen. La playa es baja, con bancos de piedra que sobresalen como escollos, y el agua, de un color verde muy

intenso, se deshace en ellos sin lucha, en blanquísima espuma. El cielo palidece mucho en la lejanía, y el sol, sin una nube, calienta bien poco Unos jóvenes que se dirigen al agua llevan irónicamente sobre los hombros sus americanas. Los montes que circundan, nada de particular ofrecen; nada, pues, distrae el ánimo de la pura contemplación del mar. Gritan las mujeres en el agua, como si las picaran los cangrejos, y yo no sé por qué enfadan esos gritos nerviosos, lanzados por la histeria y la debilidad. Muy pocas de ellas nadan, y á su timidez y cobardía unen el falso pudor, que las hace entrar en el agua con escafandras y zapatos de baile.

¿Por qué negar aquí las gracias de su cuerpo? Pues por la sencilla razón de que no hay tales gracias, sino grasa, inarmonía, mucha linfa y mayor desilvanamiento Parece mentira que la mujer española, de suyo procaz, flamenquizada hasta los huesos, no responda en estos momentos al concepto que de ella tenemos, y grite y se arrebuje y dé todas las señales del más desastroso pánico. Causa risa ver ahora desnudos á estos toneles torneados flotando como corchos dentro del aro blanco del salvavidas, cuando después y disfrazadas con los trapajos van por las aceras robando corazones y asesinando almas, más tiesas que astiles de bandera y más orgullosas que Santa Tecla, de la cual es fama que en jamás de los jamases se dignó darse cuenta de que existía. Sea todo por Dios, y allá se las compongan estas buenas hembras, á quienes el agua les da tanto miedo, y en vergüenza se lo dé de menos el Padre común de los míseros mortales. ¿No habéis observado cóm se distrae la conciencia en cosas fútiles cuando deseáis con mayor interés que piense y se abisme en cosas grandes, merecedoras de la reflexión? Basta un

grito de estas santas y pudibundas mujeres para que el alma se deje de pensar en sí misma y de contemplaciones más ó menos trascendentales. Sucede á veces que, en los momentos más difíciles de la existencia, cuando más necesaria es la razón y el esfuerzo por condensarla mayor, la inteligencia se entretiene en desvariar ó ensoñar rarezas. Atravieso la arena de la playa y voy á sentarme en los peñascos, cerca de las espumas de las ondas. El sol arde débilmente, y el mar tiene un color muy verde, muy azul, muy morado, como si se hubiera impregnado en estos tres colores. Con la contera del bastón trazo caracteres que indudablemente obedecen á una misteriosa inquietud y ansiedad del corazón. Allá en el alma, y despertadas por la brisa del mar, se levantan grandes y nobles ideas, de aquellas ideas que hoy se llaman románticas; grandes y nobles proyectos, de esos que hoy se califican de descabellados é imposibles. ¿Qué hacer? ¿Es más prudente, más intelectual, abandonarse á las circunstancias y sacar de ellas todo el provecho posible, que manejar esas circunstancias, transformarlas en otras, darles una inspiración, un rumbo y un norte?

Pensando en esto veo un gran pájaro que, con perfecto equilibrio, se sostiene en el aire, inmóvil, como sobre una piedra. Los aeroplanos no pueden sostenerse así, y es su problema capital. Con la voluntad sola, este animalito no se sostiene; es su mecanismo admirable quien le permite el lujo de burlar las leyes de la estabilidad. Le miro, pues, embelesado, sintiendo no ser un sabio que dedujera de la observación enseñanzas positivas para el hombre. La gaviota desciende con tranquila velocidad, sin planear, moviendo á veces imperceptiblemente los dos extremos blancos de sus alas grises.

Veo su pechuga lechosa, su gran cabeza rígida, sus ojos atentos á las aguas en busca de la pesca. Ahora deriva, cía, se escurre, se desliza, vuela de costado, circula de este modo, desciende á plomo, se detiene en el descenso y vuelve á levantarse, vertical, al punto en que se alzó. Tan limpios, tan silenciosos, tan sencillos son estos movimientos prodigiosos, que me dispongo á no perderla de vista mientras pueda. ¿Qué sacará el alma de esta contemplación? ¡Qué sé yo! Observando se descubren muchas cosas que luego el espíritu rumía y digiere y torna en vida propia.

La gaviota ha venido á posarse cerca de mí. Es muy mona, blanca, de una viveza extraordinaria y muy amante de su vida. Se está muy poco quieta. Debe saber ese animal el supremo valor del tiempo, y se lanza al aire, no muy lejos, no muy alta. Se desliza sobre el agua á ras de las espumas, como un magnífico hidroplano; luego, como él, se eleva por grados, sin violencias, diagonalmente á la línea primitiva de su vuelo En pleno aire hace prodigios que me asombran, porque presumo no son inútiles, sino necesarios; es decir, que obedecen al estado del viento y no al capricho del ave. De todos modos, el deleite de verla volar no es menos grande. Observo muy bien cómo el ave corre de flanco, trazando en el ambiente un círculo; pero trazándolo de costado. Desconocía yo esta manera de volar. Así puede la gaviota observar mejor su pesca, y aunque el ejercicio debe ser difícil, no es imposible. Asusta la energía física que ha de necesitarse para volar así. La gaviota es veloz cuando quiere y posee un magnífico freno; se detiene en su carrera con una precisión pasmosa y cambia de dirección sin mover para nada la cola, bien pretas las patas en la pechuga. Escora, boga, flota, se lanza con

prisa fantástica á las aguas, emerge de ellas, hace lo que le da la gana, siempre bella, severa, atenta y fría. De todas sus poderosas facultades, la que más impone es su frialdad.

Ya no es una, son muchas, cinco. Se conoce que hay temporal y se han refugiado en las costas, como es su costumbre. El volar de las cinco gaviotas es un hermoso espectáculo. Son cinco aeroplanos pequeñitos que se disputan el gran premio de un panecillo. Hacen proezas inmortales, no tropiezan, se cruzan, no se interrumpen aun cuando se rompen unas á otras el rumbo, no chocan y vuelan las cinco juntas ó separadas por pequeñas distancias. Una de ellas voló tan cerca de mí que he podido gustar bien del milagro. Dió varias vueltas en espiral y unió los dos focos de repente con un vuelo recto en descenso; volvió á subir, y tornó á bajar, esta vez á semejanza de los aeroplanos cuando aterrizan. Pero no se posó; planeó gentilmente, se remontó y evolucionó en el aire en diversas corrientes, en zonas opuestas, hasta concluir con el vuelo de costado. La masa, la figura, sobre todo la cabecita de estos animales, son una preciosidad. No se hartan los ojos de verlas. Cuando vuelan bajas quisiera ir uno montado en ellas ó á su lado y preguntarles humildemente su secreto. Las alas son un encanto, largas, blandas, puntiagudas, manejadas siempre con parsimonia, con ciencia infinita. Las he visto volar con las alas extendidas, perfectamente horizontales, y doblar ora el pico de una, ora el de otra, para variar velocidades, cambiar direcciones ó estabilizarse.

Ese juego del movimiento de las alas subyuga, porque en ese misterio encontrará un hombre de genio el secreto de la navegación aérea. Hubiera estado viéndolas mucho rato; pero también yo,

como ellas, tengo el tiempo tasado. Las he dejado allí en el peñasco, y he vuelto á la Coruña, á esta ciudad silenciosa, de tan admirable y poco aprovechada situación. Con la obsesión de las gaviotas no me fijo ahora en las bañistas, aunque sí oigo sus gritos nerviosos. Vuelven del baño unas jovencitas desmelenadas, con las pantorrillas muy gruesas, lamentándose profundamente de que no hubiera ido, como les prometió, cierto informal sujeto. Yo también lo lamento de corazón, porque unas señoritas que tienen las pantorrillas tan gruesas y no se cuidan de guardarlas es una lástima muy gran de que no.. En fin, las gaviotas me han distraído y enseñado. Ahora la ciudad, con sus calles como en tiempos de los romanos, enlosadas; con su enorme puerto natural, pero abandonado; con su iglesia románica de Santiago, su paseo de la Marina y su coquetona calle Real con sus mujeres hermosas, de hablar lánguido y meloso, entre las que uno persigue, por si la encuentra, aquella de Curros Enríquez que pedía al santo un novio, así fuera de pequeño como su dedo meñique.

XVI

Ébano vivo

Pensando en el problema de la emigración, me doy mi acostumbrado paseo por el puerto. El puerto se parece al problema: muy grande, profundo, hermosísimo y tan mal aprovechado, tan pobre, tan descuidado, que da pena el verlo. Ha llegado anoche el *Alfonso XII* con sus dos chimeneas rojas, y desde muy temprano se arriman á sus costados las barcas de los emigrantes. Ayer, cuando formaban cola en las oficinas de emigración, me acerqué á ellos. La mayor parte se van á América porque sí. América es Jauja, y en el pliego de aleluyas de este bendito país envuelven ellos su fe de bautismo y el permiso que la Compañía de Jesús ó la Trasatlántica les da para embarcar.

El sol bruñe el mar. Son cerca de las doce de la mañana, y camino despacio, entre los cargadores del muelle, fijándome, como es mi obligación, en el trabajo rudo de estos sufridos hombres. Las grúas de vapor descargan las mercancías con su característico ruido de cadenas y su facilidad admirable. En otros barcos, ellos mismos depositan sus fardos en los muelles, armando una batahola de mil demonios, con carretes de acero que echan humo y cadenas endiabladas que se arrollan ó des-

enroscan, gimiendo estrepitosamente. El espectáculo de un buque mercante anclado en los diques no tiene semejante; es un gran libro, en cuyas páginas se puede leer la Historia Universal, desde las primeras navecillas asirias que surcaran el Eufrates y el Tigris.

Se mecen gentilmente. Los ojos, que andan por la arboladura, de cable en cable, bajan hasta los obenques, se pasean por la cubierta, sorteando las lucernas, cabrestantes y escotillas, ascienden por las escalas; trepan, se fijan en todo; lo busmean, encantados de tanto instrumento de bronce, de tanto aparejo, de tan grande número de máquinas. ¡Qué forma tan rara y, sin embargo, tan científica tienen las anclas!... Ya no se parecen á las célebres áncoras que los pintores ponen en una mano á las imágenes de la esperanza. Hoy la esperanza, la salvación, el deseo, se cifran en el cálculo, en las ideas, y no importa que su forma sea inarmónica y extraña. En el puerto de Coruña el comercio marítimo es muy pobre, muy escasos los barcos. Así como en Bilbao se llevan el hierro, vienen aquí por hombres. Los enormes buques modernos no descargan aquí mercancías; se tragan almas y se las llevan lejos, muy lejos, á Jauja. Detrás del dique del Este veo al *Alfonso XII*, la proa al Suroeste, arrojando humo negro de sus chimeneas, pronto á zarpar.

Me detengo en mi paseo continuamente. Me llama la atención una goleta esbeltísima, de tres palos, cuya envergadura es una preciosidad. Tiene en el cuadro de popa el nombre de cierta mujer, y realmente ese barco es femenino en sus formas. Tendieron á guisa de banderas de señales unos peces sujetos de las cuerdas por pequeños anzuelos, y hiede á mar, á pesca, á marisco, á bacalao. Los

marinos baldean cantando. Uno de ellos, que trabaja en cáñamo, canta un tiento andaluz; el sol no puede iluminar sus pies desnudos, negros como la brea, y otro marino más joven, por detrás, le hace cosquillas en el cuello con una sardina; los dos son dignos de una acuarela de Jacob Moris ó de Turner. Un chiquillo nada cerca de una rampa; el agua es cristalina y se le ve jugar con desenfado en torno de la hélice de un vapor, cuyas paletas refractadas parecen peces monstruosos.

Apoyado en el bastidor de una grúa eléctrica, un marino muy feo charla con una lugareña muy guapa, pero sucia. Ríen de vez en cuando, y deben amarse, porque ella mira en torno de sí con recelo. Las mujeres trasladan en unos seroncitos, que llaman muñicos, gigantescos montones de carbón. Van de un lado á otro con el muñico á la cabeza, ennegrécidas por el polvillo, sudorosas, solícitas como hormigas. Mas tarde vi á una de estas mujeres de carga, cuyo sueldo es de una peseta, comer con una mano mientras con la otra sostenía á su hijo, que mamaba. Es muy triste que razas como la gallega, cuyo amor al trabajo es proverbial, no tengan quien regularice esa cualidad, quien vele por ellas; en cambio, se cuentan por docenas los que cantan las costiñas gallegas y la dulzura de la tierra y su gente. Poetas llorones, de falso é insipido sentimentalismo, confunden la gaita con el espíritu, y cuando estas gallegas trabajan brutalmente ellos tocan muñeiras. No obstante, mientras se vean tan crueles escenas en el puerto mismo, la *Alborada* de Veiga no tendrá sentido alguno.

Los veleros descansan; tienen un encanto singular y su pequeñez es heroica. Gusto de observar sus formas caprichosas, sus maderas desencuadernadas con aire de bravucones. Barcazas, pataches,

faluchos... docenas de estos barcos pesqueros, de historia sorprendente, han anclado cerca de los diques, sin orden, mezclados en simpática confusión. Llego al varadero. Huele fuertemente á pesca. Puedo presenciar el reparto, y nada más entretenido y pintoresco. Las gaviotas vuelan sobre la barca pesquera repleta de sardinas hasta los bordes. Los hombres sepultados en ellas llenan unas medidas, que á su vez se vierten en cajones, cenachos y cestos. Las mujeres, vestidas con unos impermeables mugrientos, se cargan á la cabeza estos cajones, cuyo peso no es menor de cinco arrobas, y así los transportan á los carros. Otras mujeres forman corros en torno de un lote de sardinas; una de ellas le subasta. Quien lo adquirió lo recoge del suelo con sumo cuidado. El sol hace brillar las escamas de plata, y cuando el cenacho es izado á la cabeza de la compradora fulgen como lingotes de metal orlados de reflejos de oro y púrpura.

Charlan sin cesar estas trabajadoras mujeres. Sus vestidos pobres, de un color apagado; sus palabras regionales, de un timbre acariciador; su porte resignado, su andar manso de siervas; su despreocupación natural, que las hace andar descuidadas y casi desnudas; su interés por su labor, todo ello os llega á preocupar como si os importara. Se conoce entonces bien la ley del trabajo, el valor del dinero, la serena y profunda trascendencia de esta vida que llamamos miserable cuando todo nos sobra ó no tenemos en qué pensar. Los que van en busca de trabajo á América no sufren más que estas mujeres. Unas y otros son ébano vivo, nadie hará sino explotarlos. Pero aquí, en el varadero, son pintorescas. Sorprendidas por el desocupado en pleno trabajo, os dan una impresión viva lumi-

nosa, pictórica. Cincuenta, sesenta, más, trabajan sin descanso, hunden sus manos en los montones de las sardinas, las transportan, las seleccionan, las humedecen, riñen, charlan, se dan mutuas explicaciones, se llaman unas á otras. Algunos niños, en cubitos, se procuran pesca gratuita, y cogen las que se caen ó las que pueden hurtar. Hay torpezas que las indignan y os emocionan. ¡Qué algarabía cuando á un pescador, al ir á vaciar su medida en los cestos, viértesele la medida en el suelo cerca del mar!... Preciso es no desperdiciar una sola. Sigo mi paseo. Más barcos. Son ahora unos barcos más viejos; pero la vejez de los barcos viejos es prodigiosa. Son los primeros en salir y los últimos en llegar, y no importa que parezcan muy débiles y la madera esté carcomida. Muchos están unidos por parejas. Otros, más audaces, recién pintados, se mueven aparatosamente algo impacientes El dique del Este, por el que ahora camino, es un dique español. No era necesario; se colocó en el peor sitio, lo hizo un político y se hundió en cuanto lo hicieron. ¿Qué os parece?...

No es posible acercarse á sus lados por temor á caerse. Los bloques se han rendido, cedido los cimientos, agrietado los sillares, desmoronado los malecones, hundido el pavimento. En su extremo hay cierto edificio de madera, que, según dicen, sirve de lazareto ó de Sanidad marítima. Descanso cerca de él, y cuando el alma se ha dado cuenta de que unos millones gastados en balde son no obstante millones gastados, tiendo la vista por la ciudad, magníficamente colocada. En la entrada hay un castillo amurallado, peñón inútil de trágica y estéril petulancia. Próximo á él, otro islote. Y luego, la vieja ciudad con sus murallones, sus jardines, su presidio, su hospital militar, su torre de

Santiago. La nueva se une á la antigua por el istmo. Muchas casas pequeñas y muy estrechas. Los pisos son galerías blancas para defenderse de una lluvia incesante. La torre de Hércules, del arquitecto Lupus, se yergue detrás de la ciudad.

La vista resbala á lo largo del rellano, explanada robada al mar, y salta de colina en colina hasta Monelos, hasta las rías y sus montañas, bahía inmensa de la que nadie sabe hacer nada si no es cantarla y extasiarse ante ella.

Las barcas de los emigrantes cruzan delante de mí. Hacinadas en ellas van familias enteras. Llevan en la mano los emigrantes una maletilla y una hamaca, todos igual. En los sollados de los barcos ocurren escenas repugnantes y macabras. Pero no hay que apiadarse de ellos, porque ellos lo quieren. Se van cobardemente: huyen de su patria. Se les explota, se les mancilla. ¿Y qué?... El sentimentalismo huero puede presentar como víctimas á estos hombres que nadie expulsa. Pocos me supieron decir por qué se iban. No saben por qué se van. Con la energía que necesitarán para triunfar en lejanas tierras podrían cambiar los tristes, los muy tristes destinos de su Patria, pero no quieren. Se van á Jauja, luego se quejan. Por humanidad se les dice lo que van á sufrir, y se alzan de hombros y se resisten al consejo. Son las doce. Dos ó tres relojes tocan las horas. La sirena de una fábrica despide á sus obreros para comer. Yo me canso de sufrir, tomo una barca y desembarco en el relleno.

XVII

Una tarde en el monasterio del Parral

España es madre piadosa de forasteros y cruelísima madrastra de los propios naturales.

Frase del pintor Ribera, según Jusepe Martínez, pintor de Cámara de Felipe IV.

En el año 1446 de Nuestro Señor, el muy poderoso marqués de Villena, que andaba en los líos reales de la muy bastarda señora la Beltraneja, hizo el piadoso voto de fundar un monasterio si daba muerte en duelo á su disputador. Dios, que no desea sino el bien de los suyos, recompensó al caballero sacándolo sano y salvo de tan apurado trance. Pensando en ello y en si, teológicamente, Dios había obrado mal ó bien, admiraba yo la puerta del monasterio del Parral Eran de ver allí mis ojos enamorados y sujetos á la piedra como con garfios. Del balaustre de la torre bajaban al triángulo del remate de la fachada, descendían por los dos escudos gigantescos, la ventana ojival del coro, los machones que desde el suelo se elevan hasta el terradillo, y el tímpano hoy vacío ó aliviado de figuras.

Pero donde mi asombro rayaba en estupor era

en el trozo de puerta que el tiempo ha librado de la barbarie de los hombres. ¿Qué otra obra, á excepción del claustro de San Gregorio, en Valladolid, podía compararsele? ¿Cómo estudiar aquellos festones calados, hojas del cardo simbólico, labradas con un esmero incomprensible, con una armonía más deliciosa que la música más bella? Partida en dos la puerta por severa pilastra, llega el fragmento salvado hasta el arquitrabe; y es tan perfecto, tan puro, tan grave, tan aéreo su estilo, que la piedra canta como un salmo hebreo. Ya dentro, la impresión es menos fuerte, pero más intensa. Recorro la inmensa y única nave. Es altísima; en sus bóvedas la piedra traza arañas de una delicada labor; estos nervios pétreos se hacinan en mensulillas y rematan en claves. A la izquierda se abren capillas erigidas por los Nobles Linajes y que poseen entradas de una belleza clara, de un trazo amplio de corte de sonata. Está vacío y húmedo el templo. En las capillas, en el suelo, por todas partes, existen sepulcros. En los lados del crucero, las paredes no tienen un solo adorno. En el presbiterio, el ánimo queda suspenso. La palabra *atónito* no revela bien la sensación que producen las dos tumbas de ambos lados del altar.

Enterraron en ellas al marqués y la marquesa de Villena, y si resucitaran volverían á morirse por descansar bajo tales trofeos. Son de alabastro, y en tan rara y durísima materia se cincelaron dos maravillas, cada una de las cuales tiene suficiente mérito para que el Parral sea declarado monumento nacional. La proporción y trabajo de las tres hornacinas; los altorrelieves; las grecas; los frisos; los doseletes y sus estatuíllas; el grupo del marqués y su paje, con aquella armadura que es sencillamente un prodigio; el busto de la marquesa, sobre

el que irradia una pureza celestial; la orla de los arcos, os dejan quietos, muy quietos, paralizados en esa dulcísima meditación del arte puro y serio que da escalofríos y placeres sin nombre. Los ojos miran, no se sacian, no se hartan, é infantilmente la inteligencia busca el nombre de todo aquello, como si todo aquello tuviera otro nombre que el de belleza infinita. Unidos al retablo, obra maestra y admirable de Juan Rodríguez y Diego de Urbina, roban á éste nuestra atención, y en vano, á pesar de su grandeza, majestad y recio colorido, fijáis en él el alma.

Los jerónimos que habitaron aquí enjalbegaron de cal las bóvedas, las paredes, pintaron los sepulcros é hicieron lo que el diablo les dió á entender, con perdón sea dicho de Satanás, que suele hacer otras obras tan perfectas. La ventana del coro arroja sin tamizar la luz del próximo crepúsculo. Vuelto de cara á ella y apoyado indolentemente en el ara, persigo los detalles que la luz me deja apreciar por toda la nave y me abandono al placer de estar sólo allí. ¡Se está allí tan bien!... La vida interior, esa palabra cálida que sube no se sabe de dónde hasta el vértice del cerebro y os llena como un amplio acorde de órgano, surge en mi corazón y me escucho y me siento vivir en mí mismo. Soy entonces yo y no como los libros y los sufrimientos me hicieron, me parece entonces haber vivido en pasadas y lejanas épocas y creo que es mío el manojo de llaves que tengo á mi lado. Me veo vestido de monje de ópera, reconstruyo la nave prodigiosa, la lleno de humo de mirra, esparzo aún por los ámbitos los restos de la oraciones, que no son otra cosa que deseos de belleza y de fuerza y de felicidad, y... nada más. Se rompe la visión, se quiebra como rayo de luz en el agua, huye refractado como de

una superficie bruñida por el pensamiento moderno. Sin embargo la dulzura del vivir se siente bien aquí. El coro está cerca del refectorio, la celda muy cerca de la tumba, el altar más cerca del trono. ¿Qué más? El celibato forzado es germen de ensueños terribles y vastos como poemas.

No se recuerda jamás como en los templos abandonados la necesidad de amar si no se ama, ó la belleza de haber amado si se amó, ó la dulzura de ese amor si es que se ama. Me voy de la iglesia porque la nave se ensombrece, y estas sombras entran muy dentro y enfrían el alma. Tener frío en el alma es el más atroz de los suplicios; pero cuando ese frío viene, procede de las cosas bellas, se llama humedad y se deposita mansamente en el corazón como si ese frío se filtrara por las costillas. En la vieja sacristía abro el relicario hoy vacío, y admiro el artesonado. Luego camino al azar por las capillas del claustro, hasta llegar á la capilla, tumba de los hombres ilustres de Segovia, y salir al claustro por aquella puerta, alegría y entusiasmo del espíritu. ¡Qué puerta!... Labrada en éxtasis parece, y aun así para explicarla ni hay razones ni sentires. ¿Qué clase de alma tenían los obreros que la labraron, que así amaban y trabajaban la piedra? No se concibe tanto interés por una puerta que da entrada á una capilla, en un lugar tan solitario como el claustro. Pero así es, y los ojos vuelven á gozar, á saturarse de gracia, de gentileza, de verdad. ¡De qué manera tan sutil y tan rápida lleva la belleza á la verdad y cómo esa verdad por tal medio lograda engendra la bondad de corazón! .. Paseo por el claustro. Se vinieron abajo los techos de las cuatro paredes y quedó el atrio al aire. Los arcos de hoy, feos y sórdidos, no son los de antes, se los llevaron. Quedan sólo pedazos de

balaustradas góticas. Lo que no se llevaron es la poesía del lugar, el jardín, el pozo del centro. Las ventanas de las celdas dan á ese jardín y tienen todavía su misterio, que puede no ser el de las cosas divinas, pero que es el de las santas, el de las conciencias puras cuya misión es amarse para amar, porque sin aprender á amarse nadie sabe amar. Es muy dulce pasear por aquí á la caída de la tarde. Hay luz en las últimas ventanas, pero en las arcadas no la hay ya. Se ven los gorgojos, los gusanillos de luz, las flores de la noche. No se piensa nada y el corazón se hincha de gérmenes nuevos de vida; se cree que no se piensa y el entendimiento trabaja sin darse cuenta. Me detengo cerca del pozo Se ven ya las estrellas y un ramalazo de luz de ópalo. Tocan unas campanas el *Angelus*. El avemaría es la mas alta de las estrofas dedicadas á la mujer.

A esa hora se piensa en la mujer, que es el hogar y el nido contra la noche y el refugio, contra las pasiones malas y el consuelo del alma fatigada. Los monjes á esa hora enferman. Entro en el refectorio. Las ventanas, el púlpito del lector, los bancos, están como hace tiempo. Se oye aún la voz del que mientras comen los demás lee viejas historias de santas muertas de amor y de belleza. En el coro la visión de la iglesia atemoriza. Parece ser que el marqués de Villena, lanza en ristre, anda todavía por allí, en su osamenta, pero con un orgullo de mil demonios y la dulce idea de matar á un hombre. Al fin y al cabo benditas sean las ideas malas que fundan un Parral; por mucho menos ahora se matan dos hombres ó se baten en duelo y no fundan sino una reputación de esgrimadores. La galería alta es recuerdo de lo que fué solamente; mas en las celdas la visión de la ciudad cautiva y

retiene. Los árboles del Ledesma, los románticos álamos negros, las colinas, las murallas con sus torreones, el Alcázar, la Catedral, las torres de San Andrés, de San Miguel, de Hércules, las casitas con sus galerías famosas en que los pelaires cardaban, tundían, hilaban y bataneaban las lanas de los merinos.

El crepúsculo baña todo esto con su hermosa luz que se apaga, debilita y extingue tan apaciblemente que no se nota; por la galería vuelan ya los murciélagos, están inquietos por salir y se desprendieron de las bóvedas. Parecen diablillos, é indudablemente son muy intelectuales cuando han buscado estas ruinas tan bellas para anidar. En la ventana de la celda, y encuadrada en la luz del ocaso, se yergue la Torre de los Templarios. Toda la historia de las Cruzadas podría evocarse desde aquellas rejas, la *Jerusalén libertada* del Tasso y el libro de Michaud. La evoco; estoy bien así y es necio marcharse á la ciudad moderna con sus cafés y sus conversaciones sin fe ni substancia. Cuando me retiro me siento en el claustro de la hospedería, y antes de marcharme veo cómo se encienden las estrellas y los faroles desde la piedra que los monjes gordos usaban para cabalgar en sus muletas castellanas. Y ya en la calle vuelvo á ser un pequeño lobezno de Hobbes.

XVIII

San Juan de los Caballeros

—Cuando paso por el Acueducto me dan ganas de rozarme con sus piedras, para ver si así adquiero su fuerza é inmortalidad.

(Frase de Ignacio Zuloaga.)

Esta es la parroquia donde decía misa Colmenares, el historiador de Segovia, cuyos restos llevaron al Parral. Su arquitectura es preciosa y simple. Daniel Zuloaga me enseña la nave central y me describe cómo fué. Yo, alternativamente, miro la iglesia y el hombre, y no sé cuál de los dos me parece más viejo, más grande y con más energías. Templo de la mejor época del románico clunaciense, es hoy la osamenta de lo que fué. Este alfarero de genio no ha podido encontrar taller más hermoso y apropiado, como el edificio no soñó en su vejez encontrar guardián tan excelso y á propósito. Hay que pintarlo como Ignacio, su sobrino, pinta los monasterios castellanos, con tonos amarillentos y tostados, con ocres, sienas y barnices bermejos, envueltos en nubes panzudas, en espiral, parabólicas, siniestras.

El alfarero llegó aquí cuando el edificio expiraba. El alfarero puso sus hornos en la gran nave; sus talleres, en el pórtico; dió á su sobrino, el mejor pintor de Europa, la capilla de los Nobles Linajes; restauró, desenjalbegó, pulió, limpió, desescombró, y luego, á cambio de la hospitalidad del edificio, le devolvió su antiguo esplendor. La torre igualaba en altura y gentil fortaleza á la de San Esteban; el tiempo y los hombres la desmantelaron; el guardián abrió en el segundo piso arcos canopiales, hizo dentro un salón de trabajo y la torre sostiene dignamente su vejez. Su planta es una cruz latina con tres ábsides, mira á Oriente y se yergue, ruda y franca, ante los barrios de San Marcos y San Lorenzo. Todavía su pórtico embelesa. Son bellísimas aquellas graciosas columnillas de doble capitel, sobre cuya arquería inimitable corre un friso extraño; bichas, gárgolas, mensulillas, carátulas, de una libertad y perfección encantadoras.

La puerta es un prodigio. No se sabe qué admirar más: si las metopas del tejado ó esta puerta sobria, de una sobriedad inquietante, de una grandeza simple, compuesta de tres notas armónicas, profundamente armónicas y simples, como las notas musicales de Beethoven. La dovela, la archivolta, el calado, el modelado. los senos del escalonado lateral, las columnas y sus capiteles, la crestería, los arcos, forman algo metódico, de una sencillez que enamora, hondamente ingenua y rica en motivos.

Extasían tales maravillas de fe, de audacia y de labor, hoy que todo se improvisa. ¿Por qué no somos como fueron los hombres que hicieron estos milagros? Y Daniel Zuloaga sonríe, achica picarescamente sus ojillos, donde fulgura el genio y la

experiencia de sesenta años de lucha cruel, y gesticula y habla contra nosotros los jóvenes Ciertamente que somos así. Corremos demasiado: el demonio de la prisa nos posee, nos domina el espíritu de la carrera, de la velocidad, del resultado inmediato. Para crear hay que tener paciencia, mucha paciencia. Hay, además, que trabajar para los siglos. Sin un criterio certero de la inmortalidad, nadie deja de su vida otra cosa que lágrimas ó risas.

San Juan de los Caballeros demuestra que hubo hombres de almas de hierro que imprimían su espíritu en la piedra con rasgos eternos. ¿Nosotros? Somos los hombres del yeso, de las capas de cal, de la mampostería, del cartón-piedra, del cinc, de las pastas, de los cementos, de la ficción, de la mentira. Construímos casas admirables de piedra, sólo que tienen el pequeño defecto de no poseer piedra sino en los cimientos. Imitamos perfectamente lo que nuestros antepasados hicieron; copiamos sus estilos; los amontonamos; los trabucamos; amasamos su labor con dinero; ponemos caloríferos, la luz eléctrica, el pararrayos, hidroterapia, y decimos, con repugnante vanidad, que es obra nuestra.

Recorro aquella nave de San Juan que participa de la idea cristiana de basílica. En las capillas examino los hornos de cerámica. Se cuecen allí obras preciosas de tierra y genio, esmaltes artísticos, repujados, mayólicas, vasos, azulejos, mosaicos, que honran á España y á Europa. Febrilmente, el divino alfarero me enseña, me explica, me argumenta. Está en muchos platos únicamente diseñado el futuro esmalte; pero no importa: de sus labios sale la imagen tan poderosa, los colores tan vivos, que veo el plato con su blasón, ó su escena

segoviana, ó su tinte atrevidísimo, que predicará por ahí la vieja fe de los que valen. Me admiro y se encoge de hombros. ¿La admiración qué es? El que trabaja no aspira más que á trabajar.

La cruz de Alfonso XII se ha hecho indudablete para testimoniar el amor de los humildes á estos hombres. Daniel é Ignacio Zuloaga debían poseerla. ¿No es verdad, señor Alba, que Daniel é Ignacio Zuloaga debían poseer esa cruz? ¿Vale opinar que esa cruz debía adornar el pecho de estos dos poderosos hombres? ¿Cruz? La de una vida inmarcesible, cuarenta años de trabajo sin descanso, de acrisolada fama, de admiración y asombro de extraños.

Contemplo por dentro la belleza de los tres ábsides, aquel cuarto de esfera que todavía voltea sobre ellos. En la techumbre se ve un gran desgarrón, y las columnas se yerguen como hace siglos. Leo las inscripciones de las tumbas de los Contreras. Descifro una pintura antiquísima y desteñida que dibuja el martirio de San Juan. Un niño da vueltas á un bombo. Paseo por los talleres. Cacharros, camafeos, tablas, estatuas, vasos, azulejos, obras maestras; esbozos, proyectos, obras premiadas: todo bello, nuevo, espléndido, perfecto, amparado en San Juan de los Caballeros con el derecho viejo de asilo. ¡Qué perfectamente se auna y se funde este arte con el otro; este espiritu laborioso con el alma infatigable de otros tiempos! Daniel me explica lo que fué el monasterio, yo me explico que fuera así cuando aun puedo ver á Daniel Zuloaga. Luego trabaja delante de mí, nervioso, activísimo, y trabajando me enseña cómo se hace tanta belleza, cómo se aislan los colores en la porcelana, cómo el fuego y el agua producen los esmaltes traslúcidos. Su barba gris, su frente vertical, su mele-

na, su lengua que da vueltas en la boca como una campana, todo su cuerpo, trabajan y hablan. Avisa á Ignacio, é Ignacio me saluda. Me parece digno de sus obras. Alto y fornido, sencillo, severo, de una modestia infantil, de una reserva dulce y profunda. Me extrañan sus ojos, tan pequeños para una visión tan grande; unos ojos que asombrarían, por lo raros, á Bertillón.

Hablamos los tres. Zuloaga ha visto mi España, y la pinta; la España flamenca y trágica, perezosa, monstruosa y de un orgullo informe. Yo le hablo de esa España, y escucha. Debe observar que miro su bata de trabajo, mugrienta y sucia de los colores, de los barnices. De esos colores saca él la patria que los dos amamos tanto. San Juan de los Caballeros le cobija, honra póstuma que el monasterio no pudo soñar. Salimos charlando. Anochece. El sol se ha ocultado por Zamarramala. El cielo es morado por Peña Lara y la Mujer Muerta, fuertemente amarillo en el ocaso. En otra colina está el cementerio. Construyen un murallón. Los montes son de un color rojizo sucio, con manchas de verde. Blanquean las carreteras de Sepúlveda y Turégano. Ignacio y Daniel miran y hablan. Aquél me cuenta que la Bréval aprendió á morir en escena viendo morir á un toro; luego, con los dedos, me describe los colores del cielo, como si los mezclara en la paleta. Daniel, siempre mordaz, siempre irónico, sale de sus contemplaciones de la tierra que cuece para comentar alguna cosa. Yo miro largamente aquellos dos hombres. Todo el secreto de su triunfo está en el trabajo y en la fe de su labor. Son dos imagineros medioevales, con el espíritu de nuestro tiempo. Y cuando Ignacio Zuloaga, sobrio, fuertemente sobrio, se despide para cenar y acostarse, al verle marchar mal vestido, sin arrogan-

cia, las manos en los bolsillos, baja la cabeza, miro á San Juan de los Caballeros y me parece que acaba de bajar de los andamios de esculpir y calar la piedra. Zuloaga el viejo me arranca de allí y me estremezco: él también parece un obrero de San Juan.

XIX

Las danzas de la Napierkowska

> Le corps de la femme semble presque affranchi des lois ordinaires de la pesanteur. Il est angèlique á demi tant on sent qu'un esprit subtil répandu dans toutes ses parties le gouverns harmonieusement, l'ennoblit, l'allege. On dirait parfois une âme qui danse sous une forme sensible.—JULIO LEMAITRE.

> Frivola como la Ilusión, la Danza, como ella, es eterna.—MÉNIL.

Al pueblo del garrotín y de la tripita no le gustan mucho las danzas nobles. Uno de los males del flamenquismo ha sido empeorar los bailes. No poseemos idea alguna de voluptuosidad, de refinamiento, de gracia sutil. Nuestro bailaor es un ser indecente, andrógino y torturado, y su compañera una desgraciada, que maneja su cuerpo como su alma, sin arte, sin ciencia, por ganarse unas pesetas. Nadie ha sabido recoger nuestras danzas nacionales y darles el calor del genio, crear con ellas euritmias pasionales verdaderamente artísticas. La masa nos cautiva é ignoramos que la línea posea ritmo. Tampocó sabemos que el espíritu

pueda manifestarse entero y poderoso en una danza sabia. En nuestra absurda tecnología flamenca un bailarín es cierto sujeto que se mueve mucho, y una danzarina cierta tía que se las trae. Traérselas es taconear, relinchar, agitarse frenética y convulsivamente, y cogiéndose la barriga con la palma de la mano derecha, zarandear las caderas en molinetes asquerosos. A causa de esto, cuando una bailarina de genio nos ofrece su arte la silbamos, y si los artistas no la impusieran no volvería. La otra noche las danzas griegas de la Napierkowska impacientaban al público, que se aburría viéndola. Para ver y oir á una de estas mujeres adorables, necesaria es cierta cultura, y que el alma responda á un elevado concepto de la gracia. La Napierkowska es sencillamente un prodigio. Podéis colocarla sin temor en la línea de la Tórtola Valencia, de la Duncan, de Ida Rubinstein, de la Trouhanowa, de la Zambelli, de Alexandra Balashova, de la Regina Badet y de la incomparable Sahary-Djeli. Su cuerpo es fino, flexible, flojo, dúctil, ingrávido. No pesa. Parece que en un momento dado podrá volar, y que por celestial galardón debe burlar las leyes de la pesantez, gravedad y equilibrio. Al principio de la cadencia ondula obedeciendo á un íntimo sentimiento del ritmo, se estremece un poco, y aun quieta, imperceptiblemente, continúa bailando. Es alta, grave y blanda. Sus músculos de acero parecen vaciados en cera. Su viveza es producto de su flexibilidad, y cuando anda baila, y cuando se mueve danza. Sus ojos son grandes, muy grandes y profundos. Su cara es un óvalo perfecto. Al danzar acusa la mandíbula como la Tórtola Valencia, rasgo indio descrito por Estrabón, y que se ven en las danzantes dionisíacas de la Copa de Eufro-

nio. Tiene en su cuerpo motivos extraños que interesan, cierta languidez fluida, un abandono desordenado que transforma rápidamente y define en certeros pasos de baile. Cuando corre es de una belleza insuperable su esbeltez, y el dominio de su voluntad perfecto. La danza es el movimiento rítmico del cuerpo, ha dicho Platón; la Napierkowska posee un género de voluntad armoniosa que subyuga; si quisiera moverse sin euritmia, no podría. Ha sido un acierto evocar los bailes de la Grecia, y preciso es haber estudiado mucho las costumbres de los griegos. La Duncan, en su libro, hace declaraciones preciosas. No se puede aprender á danzar así si el espíritu no se familiarizó antes con las pinturas y esmaltes de los vasos antiguos, las figuras de Tarso, Tanagra, Eleuxis y Delos. La Napierkowska reproduce estos movimientos con fidelidad asombrosa, y es la absoluta verdad de la copia. La educación del músculo y del gesto colaboran aquí en un lenguaje arcaico, de extraordinaria simplicidad. El arte del gesto es una música ocular; los movimientos y los sonidos acuerdan un grandioso lenguaje, brusco y viejo. ¡Cómo se ven aquí recordadas las Oscophories, las Poeonnianas, las Amaryuthias, la danza jónica, la Kalabis, la Persiké, la Deliana y la Gymnopedies!... Ha tomado el pandero en la mano como antes las flores, el címbalo, la crátera y las flautas, y todos sus movimientos rememoran fiestas antiguas, de esplendor incomparable. La danzarina del vaso Borghése, las tres heteras del vaso de Hieron, las danzas de la tumba de Kourna, las efigies negras de las ánforas de Jonia y Lacedemonia, las estelas de Pompeya y de Brigos resucitan en la Napierkowska, y el alma se aleja en el tiempo y vive aquellos días de júbilo y poesía. Vestida con propiedad encantadora, baila

la Strobylos, el Hedion, la Knossia y la Balarita, poemas de fe, de lubricidad, de esposorios, de ofrendas, no igualados, que habían muerto en el tiempo relegados por el cristianismo y el falso pudor de los siglos. Admira ver un alma que nos trae sin palabras, plásticamente, al escenario de un teatro moderno danzas bellísimas que creíanse muertas. Su cuerpo adopta las posturas, los rasgos, las proporciones que estudió en los Museos, y los anima con su espíritu cálido é intuitivo, brincando por la escena, moviéndose siempre bella, ligera, sugestiva y sugeridora. Se desprende de sus danzas el aroma de la carne, y os envuelve, os seduce, os brinda el placer sin villanías, sin que por un instante la carne se relaje ó pierda su ritmo, su feliz unión de sonido y movimiento; lenguaje intenso que se dibuja en el aire con caracteres rojos, azules, claros, dorados, que se amplían y entecruzan y confunden hasta ofuscaros y embriagaros de armonía y gracia. Línea, no masa. No toca el suelo; se desprende de él inmediatamente que lo toca. Camina sobre la punta de los pies desnudos, y cuando alza las piernas se mueve blandamente en inverosímiles giros, y avanza y torna y retrocede, prendiéndoos á su danza, á su pasión, enamorados. Una fusión íntima, perfecta, sangrienta de la música y del gesto, y el símbolo brota diáfano. Mejor que con palabras sentís y amáis entonces, y la carne, sin dejar de ser carne, es algo etéreo y audaz. Dícese que danza milagrosamente bailes japoneses; su cuerpo ha sido creado para ello, y en ciertas actitudes recuerda las tres divinidades de la danza que viera Loti en Angkor. A veces sorprende su facilidad de asimilación, enteramente oriental. Los bailes rusos han revolucionado la coreografía, y Nijinsky y Fokine, sobre todo el primero, colosal artista de la

música, han inspirado nuevos derroteros al arte de Vestris y la Sallé. Se nota en la Napierkowska; no es suyo ese delineamiento perfecto de los rasgos, esa sinceridad absoluta en la representación visual, ese colorido intenso, apasionado, con que matiza un impecable diseño. Ivan Clustine, su maestro de baile en la Opera, puede estar orgulloso; el arte francés tiene una nueva estrella que sumar á Gardel, á la Guimard, á la Carlota Grisi, á la Rita Sangalli, á la Fanni Cerrito, á Charles Deburau, á la Loie Fuller...

Y nosotros mucho que aprender de ella. Porque somos el pueblo que no progresa en nada, ni aun en las danzas; el pueblo del magreo, parcheo, jaripeo, arrimen, empujen y tripoteo; el pueblo que arroja insultos y bolas de papel á la Tórtola Valencia, y el que ve indiferente y aburrido á la Napierkowska. Y sin embargo, estas mujeres son mensajeras de gracia, llenas de ella, prodigios de belleza y emisarias de una civilización cercana á la cúspide de sus grandezas.

XX

Ante el Alcázar de Segovia

¡Cuán fría es la Historia y cuán falta de alma toda imagen, comparada á la que escribe un Pueblo lleno de vida sobre la pureza del mármol!

JOHN RUSKIN.

Estoy á mil ocho metros sobre el nivel del mar; el aire es muy puro, muy bello el cielo, y el alma reposa en la contemplación de tantas cosas grandes. Salgamos á dar un paseo y veamos si es posible distraer el espíritu de las preocupaciones y de las tristezas. Recordemos. Estas viejas ciudades son sanatorios del alma. La paz desciende sobre el corazón en ellas, y así proyectadas, las edades tienen toda la dulzura y el encanto de las remembranzas de la adolescencia. Esta es la puerta de San Andrés, sencilla, pero que recuerda la del Sol, de Toledo. Las murallas que circundan hoy la ciudad como en tiempos de Alfonso VI trazan sus cubos románticos con gallarda línea; su masa se desconcha, la argamasa desune los pedruscos, pero la línea tiene genio y perdurará unos siglos aún. Han construído encima de ella el paseo del Salón. Descendiendo hasta el río, se pierden de vista, doblan bruscamente, la ciudad se yergue en su peana de roca, y los ojos

reciben la caricia de un cuadro medioeval de insuperable armonía en su aparente abigarramiento de edificios, árboles y piedras. La torre del palacio de los marqueses del Lozoya, con su arcada cerca del terradillo rojizo; la torre del barrio de San Millán, la de San Martín; las murallas, de las que desbordan como una ofensa los arrabales; los murallones de sus huertas, con sus recios contrafuertes; las casas pequeñitas y hacinadas, escalonándose para recibir más luz ó estar más cerca de la catedral; la Alhóndiga en un extremo y en el otro el Matadero, antiguos torreones avanzados; y en la cima del cono truncado la catedral, con sus cimborrios del Renacimiento y sus piedras amarillentas del raro estilo románico y sus adornos del gótico florido y su esbelta torre maciza coronada por una linterna.

Es una fiesta para los ojos esta mezcla audaz de tonos tostados, de matices fundidos en un gran color apagado por tantos días de sol. Bordeando la cuesta de los hoyos lentamente, me entretengo en mirar la ciudad castellana. La oruga se ha comido la hoja de los álamos negros, y da pena verlos; pero los álamos blancos y los sauces, y los desmayos y las acacias, triunfan colina abajo y cercan el Clamores con dos frondosas riberas. La torre de San Andrés eleva su caperuza de pizarra. ¿Por qué son tan bellas estas torres tan sencillas? ¿No dice Platón, por boca de Sócrates, que lo bello es difícil? Cuatro líneas maestras nada más, y el alma se extasía ante su gentileza y eternidad. El Clamores muge un poquito, conserva algo de su mal genio y corre por el profundo foso, donde tantas escenas románticas sucedieron. La ciudad está cada vez más alta. Un aire purísimo, de azul de cobalto, la envuelve, y en él se recortan las líneas sin dureza.

No es extraño; anoche, las estrellas brillaban con indefinible fulgor en este cielo claro, sereno, inconmovible... Trepan por la colina abrupta los árboles, y á veces se entran en la ciudad, formando entre las casas manchas verdes. En la cuesta de los hoyos las grutas abren tenebrosas bocazas, de las que huyen los pinos monte arriba. Entro en ellas, son muy profundas; hoy duermen en ellas los viandantes sobre los sepulcros que fueron ayer refugio de héroes. ¡Cómo triunfa el amarillo de la enorme catedral del blanco sucio y del gris ceniza de las casas!... ¡Y cómo se funde en una sola nota el amarillo de las mesetas castellanas y el de la vieja catedral!... El río se abre, pasa con trabajo y socava y ahonda con esa paciencia infinita del agua que Santa Teresa admiraba tanto. Forma valientes curvas. En una de ellas se descubre otra parte de la ciudad, y desde la carretera un peñasco intenta caer sobre el cauce del Clamores. Hay que sortear los obstáculos, dejarse conducir por la carretera que abrieron los hombres, abandonarse al capricho del camino, sin voluntad, renunciando ante la Naturaleza á nuestras menguadas libertades. Sal vada la curva, distingo por cima del cuartel de la guardia civil los cubos de la Torre de Juan II.. La roca en que el Alcázar se asienta traza en su propia mole unas zonas de agua, que le dan el aspecto de una gradería informe ó un terreno diluviano. En la cuesta, las grutas hablan de espantosas catástrofes primitivas, y la imaginación, que busca la masa del Alcázar, ha de necesariamente retroceder muchos más siglos todavía para encontrar el tiempo en que las aguas torenciales llevaran á cabo tales proezas. Me asomo al precipicio; hay por allí un puente romano, cortado por la furia del río, á quien, sin duda, le daba celos la vejez del puente; y es extra-

ño que el río triunfara, porque estas obras romanas son de naturaleza inmortal.

Otra caverna tiene concavidades extrañas, gotea, se agazapa, se hincha; á veces vomita pedruscos; otras veces se agrieta; está dotada de una prodigiosa vida interior. El Alcázar aparece. Pronto queda solo en el cuadro de la visión, y su silueta hermosísima ocupa el horizonte. Sentado en un peñasco de la gigante cueva pienso en la vieja Segovia y en aquel Alcázar. Cortada la arista como la proa de un barco, la roca eleva el castillo á inverosímil altura con majestad salvaje. Hay que dejar á los ojos que se sacien de ver. Ven un edificio soberbio, al que cada siglo le añadió su genio. El diez y nueve, le incendió; luego, arrepentido, le restauró como pudo. Pudo muy poco, y sin embargo, ese castillo os envuelve con una aureola de simpatía inenarrable. Es un castillo que no atemoriza, que no irrita. Fascina, subyuga, atrae; le queréis contemplar mucho tiempo, y nada más que contemplar. Los errores grotescos de la restauración no le quitan valor, ni gracia, ni sugestión. El grupo de las siete torres inmoviliza de asombro. La de don Juan II es un verdadero encanto. Cornisas que ciñen las torres con cubos altísimos, arrancando desde media altura labradas con sartas de bolas y molduras admirables; líneas de matacanes y blasonadas almenas que terminan en adarves esculpidos en escamas; muros enlucidos por arabescos; ventanales defendidos por salientes doseletes con saeteras en cruz; ajimeces de espléndidos maineles, ojivas, balcones, esgrafiados revocos; airosísimas torrecillas más frágiles que minaretes, de techo puntiagudo de pizarra; macizos de un vigor inconcebible á pico sobre el abismo. Y, dentro, incomparables techumbres cuajadas de oro, mati-

zadas con estofas de azul y púrpura, en las que agotó su ornamentación el florido siglo XV; la sala de la galera, la de las piñas, la del cordón, la del tocador de la reina, la del trono, la de Alfonso el Sabio; las paredes cubiertas por las alfarpes, los tapices, las guardamerías, los cueros repujados, los frisos alicatados, los alizares. ¿Qué más? Su historia. Esos muros tan bellos dicen muchas cosas al alma, y mirados desde aquí embriagan como un cuento. A sus pies, por donde ahora corre el Ledesma, se celebraron los torneos.

En él las Cortes acordaron variar el cómputo de los años; en él se decretó la expulsión de los moriscos; en él se celebraron las fiestas de la coronación de Isabel la Católica; en él se casó Felipe II con Ana de Austria; desde sus cubos se espiaron los astros, y don Juan II hizo de él centro de sus cortesanías, de aquellos placeres, elegancias, poesías y aventuras dignas de Florencia. Vienen sin esfuerzo, como traídas por el viento, las delicadas estrofas de aquellos poetas, y mientras los labios las recitan, ven los ojos al marqués de Villena y á don Alvaro de Luna, á los nobles enterrados en vida en aquellos sombríos calabozos de la Bastilla española. Leía yo hace mucho tiempo novelones cuya acción endiablada tenía aquí su teatro. ¡Y qué teatro!... ¡Qué estampas aquellas las de José Aynial, hechas diez y ocho años antes del formidable incendio! La luna iluminaba su conjunto mago, erguido ante la llanura castellana árida y caliente, polvorienta, tumba de tantas cosas. Silencioso, bello, alto y aislado como un Mont-Michel ó un Peñíscola, producía en mi corazón el efecto de un acto de ópera, poblaba el precipicio y el parque de amores y de celos, y el destino de muchas hermosas mujeres y el porvenir de la patria erraban

entre los álamos negros, bordeaban el Clamores, se escondían en las pavorosas escaleras y á veces subían por la escalera de Francisco de Mora. Ea, basta de historia; toda la de los tercios de Flandes está allí; los catorce meses del sitio de Amberes, las dunas de Dunquerque, los campos de Rocroy, los de Fleurus, el tratado de Westfalia, Sancho Dávila, Fadrique de Toledo, Cristóbal de Mondragón, Gonzalo de Bracamonte, Francisco Verdugo...

Andemos un poco. El Ledesma se une al Clamores, y los dos se escapan por la peña de la Fuencisla. Lavan allí unas mujeres. Preciso es volver de nuevo la vista al castillo. Es cada vez más hermoso; está cada vez más abajo y es desde aquí, cerca del puente, donde su majestad verdaderamente impone. Los carmelitas han rodeado con larguísimas tapias el abrupto monte donde Teresa de Jesús y Juan de la Cruz se amaron. Están allí las capillas y el cuerpo del dulcísimo poeta, el hombre que más se pareció á Francisco de Asís.

El cuerpo de la gran Doctora huyó del amado. ¡Qué nueva letrilla ó glosa haria el místico inmortal si se diera cuenta de esa huída!

Allí se ve la preciosa torre del Parral, monasterio abandonado, en el que yo pasé cierta mala tarde... La parroquia de San Marcos, la torre de los Templarios, la carretera de Arévalo, las murallas, el precipicio y el Alcázar, siempre el Alcázar, ahora con su fachada, en la que hay un balcón... Por la carretera circulan carros castellanos arrastrados por machos sobrios como camellos; portan troncos de árboles en redes de esparto. En la alameda de la Fuencisla recuerdo el milagro de la Marisaltos. ¿Qué se ha hecho de aquella industria segoviana de los tejidos? ¿No trabajaban mancomunados veinticinco mil obreros? Y pienso en aquellos

pelaires cuyos gremios tanto dinero tenían, en la marquesa de Lozoya, que por acaparar dinero vendió sus miles de merinos; en la famosa calle de los Batanes, y en aquellas galerías de cuyos cristales el sol de la tarde saca reflejos de oro y dentro de las cuales se cardaba, hilaba y tejía la lana de los corderos. Nada de esto hay hoy, á no ser el Alcázar. El velará siempre por la ciudad. Mal, muy mal, malísimamente mal restaurado, es todavía un eco gigante de lo que fué, y todavía asombra y todavía enamora. Tienen buen edificio los legajos militares, sus archivos, sus historias... Las murallas abren una puerta árabe, la de Santiago, en cuyo tímpano leo la palabra Refugio.

Entramos de nuevo en la ciudad. El sol se oculta por Santa María de Nieva, y las chillonas campanas de los carmelitas voltean sin cesar.

Creo que no dejan de tocar en todo el día, y que para ello se les ha concedido dispensa de dos horas en los rezos. Ahora, á trabajar; y cuando el alma desmaye ó se fatigue, el Alcázar se erguirá en la inteligencia como ejemplo de grandeza, severidad y audacia.

XXI

Una tarde en el cementerio de Sevilla

> Un inmense fleuve d'oubli nous entraine dans un gouffre sans nom. O abime, tu es le Dieu unique! Les larmes de tous les peuples sont de vraies larmes; les reves de tous les sages referment une part de verité.
>
> RENÁN—*Oración ante la Acrópolis.*

He esperado mucho tiempo el tranvía ante el arco de la Macarena, y lo he empleado en trazar un diseño grosero de ese arco famoso. Las murallas que parten de él se conservan admirablemente; pero faltan la barbería y la taberna que tuvo adosadas. El tranvía corre á lo largo de las murallas, se interna en el campo y llega pronto al cementerio. Cerca de él hay dos merenderos llenos de gente y un lazareto de leprosos. La entrada es muy bella: una rotonda de seis edificios, hiedra, macizos, de la que emergen palmeras. Mujeres enlutadas llevan en las manos ramos de flores. Un espléndido sol; cierta luz muy blanca, muy diáfana, á la que nada resiste. Es como una finísima niebla que desciende sobre las cosas, se embebe en ellas,

acusa con descaro y las despoja de todo otro interés que el color. No existe en Europa un cementerio más alegre. Esa luz latina barre como un aire sutil la lobreguez de los cementerios, se entra por todas partes, lo descubre todo, os avisa desde lejos, ilumina vigorosamente las encrucijadas, nivela, rie, riega, convierte en jardín encantador el único y vastísimo patio. En otros cementerios vuestro guía es la tristeza; en éste, no habéis atravesado el umbral y la luz os coge de un brazo, os deslumbra, canta en vuestro oído. Es inútil que queráis conmoveros: la muerte no es un mal, es el reposo que nadie interrumpe, la fórmula suprema de la pereza latina; ahora comprendéis por qué la gente come y bebe con tanta tranquilidad en los merenderos cercanos.

Las cuatro tapias son cuatro lienzos de cal; una avenida de altísimos cipreses divide en dos mitades el patio. La luz se burla aqui del ciprés, le embellece, le desfrunce, le colora. Recordáis los cipreses negros de la *Isla de los muertos* de Boeklin, ó el *Cementerio ideal*, de Anasagasti; en nada se parecen á éstos, radiantes, orgullosos, vivificados por el aire árabe qne sopla de la ciudad sobre el cementerio. Los ojos se extasian contemplando la avenida de los cipreses, tan larga, que parecen juntarse allá lejos sus copas y sus troncos, tan altos, que los sarcófagos de ambos lados pierden los valores de su masa y proporciones. El cementerio tiene cuatro cuarteles sin otras divisiones secundarias ni calles; la transversal forma con la avenida de los cipreses una plaza. Sobre amplia gradería se hiergue cierto monolito rematado en cruz; en la base leéis los nombres de sesenta y un soldados muertos en el año 60 en Africa. Más allá la tumba del *Espartero*. Todos los lidiadores de

reses bravas debían pedir que se les enterrara aquí; sus millones de admiradores vendrían de todos los ámbitos de España á depositar su ofrenda, y los peregrinos no perderían el tiempo.

La tumba de Manuel García, el *Espartero*, lo demuestra. Hay en torno de ella tres jóvenes compungidas, en silencio resignado, por cuyo cerebro pasa el recuerdo de la flamenca muerte del diestro de Triana. Yo abro un álbum y copio la sepultura del ídolo inolvidable; un basamento de mármol y sobre él una columna estriada, rota, cubierta piadosamente por un capote de brega. El trozo de columna lleva en una ajorca esta inscripción: *Nació para el Arte*. El capitel corintio caído en la lápida tiene en el fragmento del fuste esta otra leyenda: *Murió por el Arte*. Echáis de menos una cabeza de toro y el escudo de España entre picas, moñas, rehiletes y estoques; pero allí tenéis para consolaros, estampadas en el mármol, las firmas de los visitantes. Los que vienen, firman aquí con el mismo orgullo que los ingleses en las paredes de la casa de Shakespeare. Y, pensándolo bien, tan hombre ó más fué el *Espartero*, y el mismo Benavente nos ha dicho algo de esto hablando de la Imperio, de Pastor y de Dios. Echo á andar apesadumbrado; ¡á cuántas meditaciones no se presta el magnífico mausoleo taurino!... Mas el tiempo urge y los comentarios sueños en España son. Una mujer de piedra, sentada en un alto sepulcro, enseña dos pechos admirables, los muslos y el vientre; los senos desbordan de la camisa y en vano os preguntáis qué diablos quieren decir las fuentes de la vida en un sitio tan lúgubre. El césped cubre inmensa extensión de terreno; de él surgen dos mausoleos en forma de custodia y unos sencillos panteones con la portada griega pura de los Propi-

leos. En una tumba leo: «José Gallego (*Pepete*). Falleció en la plaza de toros de Murcia. Fué modelo de hijos y hermano cariñoso.» Otro torero; le deseo un eterno descanso bajo su lápida de mármol defendida por plateada verja, y reparo en una sepultura sobre la que destaca el famoso apellido de Ladrón de Guevara. Otra dice sencillamente: «Esther.» Conmueven estos nombres solos. Muchas tumbas están edificadas en macizos de mampostería, largos y estrechos, rodeados por todas partes de tiestos con flores. Los panteones tienen abierto su respiradero. En ellos los arquitectos demuestran que la pedantería humana es cosa de nuestro tiempo. ¿Por qué ha de ser, ó querer ser, hermoso y monumental el panteón por fuera y una cripta ridícula y miserable el interior? ¿No es el verdadero panteón una cripta?

He aquí ahora la tumba de otro torero; también se ha plateado recientemente la verja y las coronas son hermosas y frescas. Cuando visité la tumba de Costa no había sobre la porosa lápida ni una flor, pero hay que tener en cuenta que Costa no dió jamás una *estocá* hasta los dátiles, y Montes, según creo, sí. Este torero murió en México, se quemó su cadáver, se trajeron sus restos como los de un hombre célebre y su capote de paseo se conserva cuidadosamente en la vieja iglesia de San Basilio, hoy Cátedra Evangélica. Andando, andando y que la amargura no rebose y se vierta por la boca en imprecaciones. ¡Son de tan mal gusto las lamentaciones en España!... Esta España tan podrida!... ¡Oh, no! aquí hay enterrada una señora cuya vida á juzgar por la lápida fué muy edificante: «Doña María de los Dolores Arunzana de Cortina, modelo, durante su larga vida, de todas las virtudes.» Coronando otra sepultura hay una mujer

tapada y con la antorcha caída en señal de aflicción. Todo sea por Dios, y cómo aprende uno en estos sitios que hay algo más teatral que la vida: la muerte. El sepulcro de los sacerdotes de San Pedro Advíncula remata en una tiara; las simbólicas llaves del pescador la atraviesan en aspa. Una excelentísima señora llamada Susana ha levantado su mausoleo en forma de belvedere de Trianón sobre una gradería en polígono y, no contenta, ha cerrado los vanos á manera de estufa con cristales; no conozco pecera alguna más bonita, ó caja de bombones más encantadora.

La luz blanquea centenares de sepulturas entre flores; destaca los macizos en forma de secaderos malagueños de pasas y que son también nichos; separa las cruces y verjas de hierro unas de otras, se adentra por las sombrías fosas comunes, cuyos enormes montones de tierra asustan. Las Hermanas de la Caridad levantaron su mausoleo por aquí; una cruz humilde preside catorce lápidas inmaculadas: dice una inscripción que en 1901 las Hermanas, con la ayuda de la ciudad, la no escasa de Dios y la de las buenas almas, se proveyeron de aquel pedazo de tierra, y en buena hora debió ser, porque afortunadamente desde entonces ninguna hermanita ha muerto.

Hiladas de sepulturas pobres se extienden hasta las tapias; la hierba sale abundante de ellas y á falta de piedra funeraria trazan una de césped risueña y cariñosa. Otro torero: *Posadas*. Fué muerto por un toro en la plaza de Sanlúcar de Barrameda; descansen en paz los dos, el torero y el toro. Mas allá está *Cantaritos*, luego *Chicuelo*. Un gran espacio de terreno se ha cubierto de aramagos, florecillas muy semejantes á las margaritas. Y en el centro de la plaza, el Cristo de Galcillo. Galcillo

fué un gran artista, un artista de genio que hubo de suicidarse por falta de recursos. Inconvenientes de no ser torero. Su Cristo se alza sobre un montón de pedruscos tapizados de hjedra; levanta un poco una de las piernas y adelanta el rostro en el estertor de la agonía como para escuchar una lejana voz. Impone verle; sin embargo, ¿dónde mejor que en la cruz? Si descendiera lo fusilarían ó se lo comerían vivo por ridículo. Ahí en la cruz de bronce es la imagen del sacrificio; por las calles de la ciudad, se le perseguiría como á un perro. En los bancos la gente le contempla; yo, desde los cipreses, también. Detrás de las tapias veo la torre de San Jerónimo de Buenavista, uno de los más grandiosos edificios de Sevilla en otro tiempo, y hoy en ruinas á pesar de ser monumento nacional. Y marcho de nuevo por la avenida de los cipreses mirándolos embobado, escuchando el canto de los pájaros que en ellos anidan, observando los macizos del mirto arrayán que bordea la calle. En la puerta me atropella un grupo de visitantes que entran desolados buscando alguna cosa. ¿El Cristo de Galcillo? ¡Ca!... no: ¡el sepulcro del *Espartero!*...

El cementerio civil está cerca. Es muy pequeño, es la imagen del poder civil en España. Un jardín, el patio, flores en todas partes á falta de tumbas. Huele bien, pero el aroma del algarrobo triunfa de los otros perfumes. Leo en una de las tumbas de la entrada algo que es excepcional, una inscripción desusada en las tumbas modernas. Los antiguos hacían grabar cosas como éstas en sus sepulcros. Copio, vale la pena: «Aquí descansan los restos de don Francisco G. Barnés y Tomás, doctor en Teología y Filosofía y Letras, Licenciado en Derecho, catedrático numerario de esta Universidad literaria. Fué sacerdote católico. Mientras creyó en el dogma prac-

ticó los actos de la religión con dignidad y escrupuloso respeto. Cuando, después de maduro examen y ejercicios continuados de razón, dejó de creer en el orden sobrenatural (que juzgó fantástico), su carácter sincero no le permitió continuar una vida interior, farisaica, burlando y explotando la credulidad de las gentes. Prosiguió á la Naturaleza, nuestra común madre. Contrajo matrimonio con digna mujer. Fué padre de familia, cuyos deberes no descuidó un instante. Y en el trato con toda clase de personas se ofreció como hombre sin fuero ni privilegio religioso. Fué demócrata por convicción. No creyó en otros milagros que en la instrucción y trabajo humanos. Murió en la paz de Dios el día 5 de Marzo de 1892, á los cincuenta y ocho años de edad.»

Las tumbas se arriman á la pared, por la que sube, trepa ó desciende el muérdago. Se hacinan los rosales y con ellos mezclados, hermosas flores rojas y tres altos cipreses. De setenta nichos hay veintiséis ocupados. Y más allá, en gracioso y oriental desorden, hasta veintidós tumbas hebraicas en forma de ataúdes y momias egipcias sobre montones de yeso ó cal. Leo aquellos nombres tan dulces y tan perseguidos: Yuda Leví, Merima Benguira, Rahma, Amelar, Vida Sabas. Descifro las inscripciones en hebreo, divino idioma que aprendí en la adolescencia, y paseo entre ellas recordando lo mucho bueno que les debe España y el mundo. En el otro lado hay sepulcros de azulejos, inscripciones de sujetos laicos que dicen haber muerto en el Señor y una de un pastor evangélico que no murió, sino que se durmió en él. En otra tumba muy blanca rodeada de tiestos leo este enigma:

S. A. S. L. De. Mi. ¡¡Luz!!

Y cerca unos sepulcros de republicanos que murieron jóvenes sin ver la República, pero no sin trabajar mucho por ella. Más flores y otra vez en la puerta esperando el tranvía. Desciendo en la Macarena. Pasa un picador. Cinco ó seis individuos que vienen de los toros en coche gritan y cantan. Unas muchachuelas, nietas de aquellas que describió Lord Byron en las cartas á su madre, transcurren aburridas con su flor roja en el moño y sus grandes ojos negros. Encienden los faroles. Pasa otro picador; éste muy de prisa.

XXII

La iglesia muerta de San Basilio

> —... y vió en ella dos espadas de esgrima y dos broqueles de corcho pendientes de cuatro clavos, y un arca grande sin tapa ni cosa que la cubriese, y otras tres esteras de enea tendidas por el suelo; en la pared frontera estaba pegada á la pared una imagen de Nuestra Señora destas de mala estampa.
>
> CERVANTES—*Rinconete y Cortadillo.*

Si consultáis una guía de Sevilla no hallaréis en ella este edificio de fachada tosca pintada de bermellón rabioso. Hay que andar mucho para encontrarle, y una vez en él buscar á Palomares para que os presente á su padre. Francisco Palomares, alias el *Marino*, es el torero desdichado que estuvo á punto de morir en Madrid de una cornada. Su frente es grande como su corazón; pero no mayores que su excentricidad. Es audaz, de una temeridad inconcebible, dispuesto siempre á sacrificar su vida con provecho ó sin él. Se doctoró en tauromaquia como se incorporó á la marina mercante; capea un temporal y afronta un toro; en una de

las famosas inundaciones del Guadalquivir salvó toda una familia del cortijo de Campoga y se negó á recibir la cruz de Beneficencia. Palomares llama á su padre y os encontraréis ante un viejecito muy reservado, algo huraño. Es mi deseo visitar sus colecciones, y parece ser que esto no le agrade mucho. Mientras busca las llaves, Palomares me enseña la parte alta de la iglesia.

Atravesamos una nave, donde varios niños estudian; subimos una escalera desvencijada, y en el pasillo comienza á abrir baúles con su nervosismo peculiar. Quíere decirme muchas cosas y todas á la vez; me da las razones, me describe los hechos y me aporta las pruebas, todo á un tiempo. Es sin duda alguna un buen entendimiento que tiene la manía de la velocidad. Lo que otro hace lo puede hacer él, y en menos tiempo: este es su resorte moral. Por lograrlo atropella los obstáculos, y como el mayor que encuentra es él mismo, fracasa. El fracaso no le enseña nada ni confiesa nunca su vencimiento. Hay en él una enorme cantidad de energías que pierde en salvas. Es marino, y tuvo una idea genial. Gastó una fortuna en su corbeta *Príncipe de Asturias* para que sirviera de escuela flotante de pilotaje; pero el gobierno le obligó á malvenderla. Ha estado en el Ruvenzori con el duque de los Abruzzos, en el corazón de Marruecos, en Europa, en la India; fundó una Academia políglota, y ha ascendido en globos libres; es actor y autor cómico; quiere escribir libros y ha inventado un doble biplano; tiene en Sevilla una popularidad enorme y la pulveriza hablando siempre *con los terrenos cambiados*. A una razón contesta con un chiste, y el donaire indiscutible de su ingenio le obliga á vivir en falso. Todo su cuerpo es una criba; heridas de bala, de cuerno y de navaja; su alma es

como ese cuerpo. En una habitación en la que hay armarios repletos de libros viejos tiene colgado su modelo de biplano, y en el mismo alambre ha prendido la oreja del toro que le concedió el pueblo de Sevilla.

Me explica á la vez y de un modo admirable cómo y por qué le dieron la oreja y las razones dinámicas de su futuro aparato. Juzga que los aeroplanos están lo suficientemente perfeccionados para que el mecánico se lo entregue al náutico. Las olas y corrientes del aire tienen estrecha relación con las del mar y cree que el piloto no debe ser un cochero profesional sino un conductor científico. Ha puesto la navecilla del piloto en el centro de gravedad para que sirva de péndulo. El motor es de cien caballos y cinco cilindros que se comunican unos con otros en caso de necesidad. Tiene doble bastidor y doble hélice. Al mismo tiempo describe la barbarie de las corridas, la incultura soez del público, su odio á los toros. Me enseña después enormes fotografías ampliadas, en las que él, vestido de torero, lancea esos toros que odia. En otra habitación posee una colección magnífica y verdaderamente rara de pájaros. De otros baúles extrae los documentos de navegación, los de su corbeta; y airado contra España, rutinaria en todo, me lee cartas de los que le ofrecieron ayuda y no se la dieron, de extranjeros notables que se admiraron de que España no fomente las iniciativas particulares, sean en el campo que sean. ¡Cuántas esperanzas no derrumbó el fracaso de su corbeta!... Su padre nos llama.

Entramos en la iglesia; hoy, capilla evangélica; ayer, convento. La nave es amplia, sin el menor rasgo arquitectónico de interés. El crucero no tiene linterna y el rosetón del coro perdió su vidriería.

En el que fué retablo hay una cruz y salmos escritos en letras muy grandes. Huele á madera, á polvo, á derrumbamiento. No hay tristeza comparable á la que conmina esta iglesia. En uno de los lados separan los bancos para que vea el sepulcro de un inquisidor. En la sacristía ha establecido el viejecito un extraño Museo. Al contrario de lo que él cree, es encantador el desorden de sus colecciones. La primera impresión es de asombro; hay allí artefactos bastantes para instituir un Museo arqueológico. Palomares me muestra el modelo de su goleta; está allí, entre las cosas perdidas para siempre. El padre y el hijo, á porfía, me explican su museo. Cogen las piezas, las traen ante mis ojos y me hablan de ellas con pasión. Pisamos maravillas de ferretería, espadas é instrumentos de martirio que no desdeñaría el Museo de Heidelberg, pergaminos preciosos, todo amontonado, tirado y confundido. Reune allí el padre cuantos restos puede del Tribunal del Santo Oficio. Es médico, de una gran cultura y muy religioso. Posee horrorosos cepos, argollas, barras, potros y grillos que usó el Tribunal santo. Apenas puede Palomares con su gran fuerza levantar del suelo algunos de los instrumentos. En las paredes hay colgados una magnífica colección de cuadros con retratos de los inquisidores sevillanos. Me va relatando el amable viejo su villana historia, su celo monstruoso, é ilustra su relato mostrándome los libros de horas, los libros de rezo que usaron aquellos odiosos fanáticos, estampas inéditas de los martirios, nombramientos en pergamino de familiares de la Inquisición. Leemos algunos.

Están hechos con esmero, aunque no con mérito, é iluminados con viñetas. En cajitas, y como joyas, conserva las insignias auténticas de aquellos tenebrosos jueces, sus collares, fíbulas, chatones de

esmalte, camafeos, medallas, todos con el maldito sello de la Cruz entre la espada y la palma. Pone en mis manos látigos ensangrentados. Sirvieron para flagelar hombres libres, conciencias vigorosas y audaces que quisieron conservar su libre examen. Son cintas de hierro compuestas por pequeñas varillas unidas entre sí como las cuentas de un rosario; en los extremos hay garfios ó diminutas bolas de plomo. Los armarios están atestados de justificantes. No me canso de hojear aquellos viejos libros que no mienten. Recordamos el libro de Llorente, las valentísimas y admirables campañas de Nákens, las ideas de don Marcelino. Saca bastones altos de puño de hierro, de los que usaron los familiares para llamar en las puertas, gorgueras, escudos, brazaletes, y sobre todo, uno de aquellos estandartes tan tristemente célebres. No tiene precio esa histórica moharra que ondeaba en la plaza de San Francisco, frente á la que es hoy Casa de Socorro, los días de las hogueras. Es bastante tarde y en la obscuridad parece reflejar todavía ese pendón las llamas trágicas. El viejecito acumula pruebas; tiene en cajas, que abre con verdadero deleite de coleccionista, sellos auténticos de aquellos que se estampaban en las delaciones, en las sentencias de muerte, en los autos de prisión.

Tiemblan en mis manos esos sellos de ignominia, baldón de un pueblo siempre cruel, tan cobarde que permitía estos crímenes y los presenciaba en mayor número y con más algazara que hoy el público de los toros. En los cajones, de los armarios se apilan rimeros de nombramientos de familiares: «Nos los inquisidores...» Y después, la concesión de llevar armas; de vigilar á todos, hasta la misma justicia; la exención de que ésta pueda intervenir contra el familiar, la condena de cincuenta mil

maravedises á quien oponga el menor obstáculo á estos esbirros de la sombra... Espadas, hierros de lanza, cazoletas, picas, preciosos velones sevillanos, peleles antiguos, marcos, estatuíllas, cortinajes, muebles... un falansterio de cosas viejas que han costado mucho tiempo, dinero y ciencia. El buen viejo está orgulloso de su colección, y cuando la he visto cierra la sacristía precipitado, como si aquellos enseres fueran á escaparse detrás de él. La iglesia está ya á obscuras. Allí se celebraron sesiones tenebrosas en las que la fe cometía sus actos inicuos; y es curioso y edificante ver en qué han convertido los tiempos el infausto convento.

Volvemos á subir á las habitaciones altas. Palomares me cuenta episodios de su vida aventurera.

En los incendios ha librado á desgraciados próximos á caer entre las llamas; en la catedral de San Pablo, en Londres, quiso recuperar una bandera nuestra del tiempo de Nelson; ha vestido la escafandra y descendido á los abismos del mar; en el Africa central un indígena le hirió con una flecha y él le mató de un tiro de rifle.

Y corre y trae la flecha, la lanza y el escudo del indígena por i yo no creo esas cosas... ¿Y por qué no creerlas? ¿No vivimos en España? Aventureros de genio, en esas obras de audacia é imprevisión siempre hemos consumido nuestro espíritu. ¡Qué fría y extraña es esta iglesia convertida en capilla evangélica y mansión de hombres como Palomares!... ¿Quién podría adivinar que ese hombre befado por una multitud, que reía cuando el toro le zarandeaba y tundía, era víctima típica de nuestro genio audaz, que no está quieto nunca, que odia la reflexión paciente, grotesco en lo sublime, sublime en la chabacanería? Mucha energía refractada; ninguna paciencia; quererlo todo en un

momento: improvisar galopando; inventar aeroplanos y matar toros; ocultar bajo la máscara del retruécano una gran frente; dejar que se pierda en humo y vanidad una honda audacia...

He andado palmo á palmo toda Sevilla, la industrial, la artística, la clásica y la gitana; ninguna cosa tan evocadora, tan polvorienta, tan cruel y tan española, como la iglesia muerta de San Basilio y ese hombre fuerte cuya poderosa voluntad sólo gira en sus goznes hacia afuera, sin que le sea posible hurtar el alma á la fatalidad española de la inconsciencia y la desorientación.

XXIII

Visión de Sevilla desde la Giralda

. . . .
Su iglesia mayor, que fué
mezquita alarve y musaica,
labor en fábrica ilustre
á la de Efeso aventaja,
cuya gran torre parece,
por artificiosa y alta,
ó pasadizo del cielo
ó que es del sol atalaya...
. . . .

Luis Vélez Guevara.

El Diablo está en Cantillana.
—Jornada I, escena X.

El día 13 de Safar del año 580 de la Hégira ó huída de Mahoma, 1184 de nuestro cómputo, los almohades erigieron este hermoso alminar—*assumua* de la mezquita que ya no existe—tal vez para conmemorar la batalla de Alarcos. Los tiempos la han transformado en la torre flamenca de nuestros días y panderetas; pero ha sido muy severa. Sobre su primer cuerpo se erguía otro más rematado en cúpula, y en ella, y disminuyendo de volumen, se lanzaban al viento cuatro enormes bolas de bronce. Mirada desde el Patio de Banderas contemplo su esbeltez incomparable, armonizada sin presunción con una inalterable firmeza. Es aérea como la agu-

ja de una catedral y firme como una torre romana. Es además cuadrada, simétrica, vertical, calada y femenina. Se distingue de todas las torres del mundo, porque es una torre hembra. No es ligera ni frágil y lo parace. Tiene muy cerca de los cien metros de altura y engaña los ojos con su pequeñez. No recuerda torre alguna; es única. No podéis compararla con las de Coutances, Chartres, Toledo, Sées y Quimper. No es posible el cotejo con las de Tours, Angers, Colonia, Burgos, Clermont-Ferrand, Salamanca, York, Newcastle, Wakefield y Southwell. De éstas, unas son más bellas; otras más grandiosas;pero entre ellas sería excepcional, delicada y graciosa. Es una torre llena de gracia. La contempláis esperando que eche á andar y no estáis muy seguros de que, soplando viento fuerte, no ha de cimbrearse.

Parece traslúcida, y no sería extraño que esponjara la luz. Las flechas de las catedrales de Notre-Dame, Orleans, Bayeux, Rouen, Norwich, Dijón y Autun le envidiarían su gentileza; es menos bella y más bonita; tiene ese *no sé qué* de lo sultil en arquitectura que afina las líneas maestras y desentumece las masas. Podía ser de piedra y es de ladrillo. Os da la sensación de que ha de crecer más y de que esto es posible. En el año 1196 tenía dos cuerpos; tres en 1395; cinco en 1568, y en 1890 intentó crecer más. Los paños de ladrillo se cortan formando atauriques exacarados, y en ellos se abren ajimeces, ojivas túmidas, arcos angrelados en sus arrabáas y columnillas de preciosas bases. La enorme iglesia se ha agazapada á sus pies y Sevilla ha crecido en torno de ella. Sevilla nada sería sin su torre, y la torre nada debe á la iglesia. En 1568, el cabildo se enteró de que la torre no tenía coronamiento desde 1395, y encomendó el campanario

al maestro mayor de la catedral de Córdoba. Fernán Ruíz entendió bien las cosas; elevó la torre veintiocho metros; colocó encima de su cupulino el giraldillo de Diego de Pesquera, que tiene otros cuatro; colgó dos docenas de campanas y niveló el reloj del lego de San Francisco; pero la torre no se dió cuenta de ello, y nada más ajeno á la catedral que su torre. Sevilla la adora, y es su término de comparación; una mujer es tanto más bella cuanto más se parece á la Giralda. La obra de Jacob-ben-Yusuf-Almanzor ha conseguido un nuevo género de inmortalidad, es una torre viva. El Miguelete de Valencia es sombrío; la torre de la catedral de Segovia es romántica; la torre de la catedral de Salamanca, presuntuosa; la torre de la catedral de Toledo, severa como la de una abadía inglesa. Solamente ella es eternamente joven. Se la ve desde todos los puntos del horizonte y es la torre sultana, la torre reina.

No se concibe ya una vista de Sevilla sin su torre, y desde muy niños estamos acostumbrados á confundir Sevilla con la Giralda. Ha sido siempre así, y si no lo creéis, tomaos la molestia de abrir la *Corónica general é grande Estoria,* de Alfonso X el Sabio, en su parte cuarta, título antepenúltimo. Se podía escribir un infolio de mil páginas con los cantares que ha inspirado. Se la quiere y no se cuentan de ella al oído historias lamentables como de otras torres. Rodrigo Caro en sus *Antigüedades de Sevilla,* libro segundo, capítulo tercero, se deleita hablando de su gentil conformación. En uno de los nichos del zócalo del retablo de la Capilla Mayor, en la catedral, veis la torre entre San Leandro, que fué el más grande de los obispos españoles después de Ossio y San Isidoro, que fué el más sabio de los Padres de la Iglesia después de

San Agustín. En el retablo de la capilla de los Evangelistas, Sturnio pintó la torre entre Santa Justa y Santa Rufina, que fueron dos alfareras de Triana. En el Museo provincial, Murillo ha pintado á estas Santas de la misma manera. En el marco de todas las ventanas de Sevilla luce la Giralda. Se la dibuja entre flores y ciertamente es como una palmera que emergiese de un macizo. Y es más bella porque no mecesita para deslumbrar de una montaña, y naciendo del suelo de una pradera, se yergue en el viento con inconcebible valentía, más alta que el cimborrio de El Escorial y un poco menos que las torres del Trocadero. Me acerco á ella poco á poco, apreciando la belleza de sus líneas luminosas, de las que triunfa la armonía de la masa, como triunfa de la forma la carne en la andaluza. Entro en la torre misma por un pasadizo sombrío. En torno del espigón que sirve de eje se desenvuelven unas rampas de veinte pasos cada una. Son veinticinco, menos pendientes cada vez; pero cada vez más anchas.

El grueso del muro es atroz. Me asomo á las ventanas que encuentro y no están defendidas por barrotes de hierro. En el primer ajimez se ve ya la parte alta de la catedral. En el otro contemplo la ciudad en miniatura, el patio de los Naranjos, el arco del Perdón, el paredón y duomo del Sagrario, el terrado de la Biblioteca Colombina. Luego, según asciendo, el espectáculo es más hermoso. Veo contrafuertes terminados en minaretes; balaustrès flameados con puntiagudas flechas labradas, estribos negruzcos de los que saltan á los muros, entrecruzándose, maravillosos botareles y arbotantes de cuyos puntos de convergencia surgen agujas y pináculos atrevidísimos. Las rampas se obscurecen y los ajimeces y ojivas se convierten en troneras.

Detrás de una cancela hay un palomar del que sale fuerte olor de almizcle, arrullan los pichones; de las palomas sólo una es blanca. Diez y siete escalones, y en la azotea del primer cuerpo. No existe ya el viejo antepecho de almenas dentelladas. Arranca de allí el segundo cuerpo de estilo grecorromano del siglo XVI. Las veninticuatro campanas en sus arcos absorben un poco la atención, pero es preciso contemplar desde allí toda Sevilla, ascender á la balaustrada de Fernán Ruiz y ver... leguas y leguas de horizonte. Alcalá de Guadaira, Dos Hermanas, la provincia de Cádiz, la curva del Guadalquivir, San Juan de Aznalfarache, colinas, olivares, dehesas, el prado de Santa Justa, las dos altas chimeneas de las fábricas de mosaicos y electricidad, el barrio de San Bernardo, cuna de la torería, el prado de San Esteban, las Delicias, el paseo de Cristóbal Colón, Venta Eritaña, la Venta de la Vega, la fábrica de tabacos con su célebre ángel de la trompeta en el viento. Y algo más cerca, las casas blancas del barrio clásico de Santa Cruz, con terradillos de un mismo color, con azoteas llenas de tiestos y flores; el paseo de Santa Catalina Rivera, la torre y cúpula de la iglesia de San Bernardo, la cúpula y macizo de los Venerables.

De un jardincito sale un ciprés, hay allí un cementerio de monjas. Se delinean en el macizo blanco las estrechas calles con sus mil leyendas, calles tortuosas en las que apenas cabe una persona, las calles de las tradiciones sevillanas que Cano y Cueto quiso encerrar en cinco mil versos... Muge rabiosa la sirena de un barco. La luz inunda la ciudad de bruma que es calor, vida y fuego. Sin esta luz prodigiosa que hace milagros, la ciudad sería un estercolero, una ciudad árabe, angosta, amontonada. Pero la luz vigila y purifica y enar-

dece, y la ciudad arde en floración polícroma y los colores adquieren aquí una tonalidad viva y clara que obra en los sentidos como un aroma raro. En la plaza del Triunfo atrae la mirada el magnífico lienzo rojizo de las viejas murallas mauritanas. Todo el recinto antiguo y el moderno del Alcázar se ve desde aquí. La vista abarca el laberinto de construcciones que lo forman y que por muchos lados todavía protegen las robustas murallas almenadas y los cuadrados torreones; el patio de banderas y el arco de entrada, bajo el cual y ante un retablito barroco oró Cristóbal Colón antes de partir á Palos de Moguer; la Huerta del Retiro; el Jardín del Crucero; el terrado piramidal del Apeadero; el patio de la Montería; otros más convertidos por la codicia en viviendas vulgares; el patio del León; la galería de Carlos V, y más allá los jardines sin rival cantados por todos los poetas del Mundo... ¡De qué manera tan delicada la luz ennoblece estos venerandos restos del arte musulmán; cómo destaca en los terrados esas bovedillas insignificantes que son por dentro grutas de estalactitas y redes de lacería encantada!... Más cerca, está el amplio patio de la Lonja con sus bovedillas sin concluir, albergue un tiempo del oro que los galeones destruídos por Drake traían de las Indias. Y en sentido vertical, el techo de la catedral inmensa; el crucero flanqueado de baluastres y pináculos; los muros sostenidos por complicados bastidores de arbotantes; los ventanales abriéndose dentro de ojivas abocinadas y ojivas túmidas; las bóvedas de las capillas revestidas de un cemento negruzco; el gran cimborrio por el que trepan los botareles desde fornidos estribos; el templete de la capilla de San Fernando con su linda linterna... Cada línea de la terraza es un nuevo panorama.

La cinta de plata del Guadalquivir con sus muelles abarrotados de mercancías y los mástiles y chimeneas de los buques, la típica línea de casas pequeñitas que dan al río en el barrio de Triana; las callejuelas de la gitanería; la torre mudéjar, ojival, románica y mahometana de Santa Ana; la torre de San Jacinto; los suburbios de Triana; los tres arcos del célebre puente; los hornos de la Cartuja; el dédalo de casitas blancas y sombrías encrucijadas que desde la plaza de San Fernando parten en todas direcciones; el palacio y parque de San Telmo. Y lejos, muy lejos, Camas; Santiponce; la bodega de la Montaña; las ruinas de Itálica; el Humilladero de la Cruz del Campo y San Isidoro, donde está enterrado Guzmán el Bueno.

La bóveda de la Estación; la iglesia de la Magdalena con su cimborrio de azulejos y la cupulita churrigueresca del Hospital de la Caridad fundado por don Miguel de Mañara Vicentelo de Leca, el famoso don Juan Tenorio de la gente... Y cerca del río, casi en los muelles, el aro de la plaza de toros más célebre de España, la plaza á cuyas puertas muere varias veces al año, en todos los teatros del mundo, la pobre Carmen, símbolo de mi patria...

Son las doce de la mañana. Estremece oir las campanadas de este reloj gigante bajo la misma campana. Oídas aquí tienen un sonido especial, imperativo y seco, de una aspereza que irrita; no tiene aquí esas modulaciones emotivas que hacen detener en las calles nuestro paso para escucharlas. Otras campanas responden y es grato oirlas, porque algunas tañen apresuradamente y el alma recuerda unas campanas que tocaban así hace muchos años, en Tardajos, cerca de Burgos, cuando esa alma era la de un niño...

El patio del palacio arzobispal con su jardín en el fondo y su gran ciprés; Villaverde del Río, los árboles frondosos de sus riberas que se pierden en la perspectiva hacia Alcalá del Río y la llanura infinita de Córdoba con sus dehesas; el Hospital de las Cinco Llagas; la mole parduzca de El Salvador; la torre aérea de San Marcos; San Pedro; San Juan de la Palma.

Vuelven á tocar las campanas. El espíritu, distraído con la vasta contemplación de la ciudad, escucha ahora esa sinfonía juguetona de ecos y voces que rompe la luz y el aire y el silencio. Distingue perfectamente el oído las campanas de los monasterios de frailes, los esquilones de los conventos de monjas, el pesado y torpe sonido de las campanas de las parroquias servidas por sacristanes profesionales, las chillonas y vocingleras campanas de los suburbios que tocan á rebato para que se las oiga en la ciudad. Los cipreses del cementerio grande; los cipreses de los cementerios de los conventos situados dentro de las manzanas de apretadas casas; Santa Trinidad; los Salesianos; San Julián; una bellísima palmera que salva las azoteas y se remonta como un globo cautivo; Santa Cruz; las Trinitarias y una red de chimeneas humeantes que cerca la ciudad legendaria como promesa de días modernos, de días de paz y de dinero y de progreso.

Un viejecito ciego que está aquí desde el año 58 abre la cancela del segundo cuerpo. Los escalones son de mármol y las paredes de yeso azul. Salgo á otra terraza, libre, franca. El sol quema y la luz ciega. Desde aquí es más bella la ciudad y casi se funden en los macizos de las casas las torres y moles de las iglesias. Una ciudad en relieve, minúscula, una mancha blanca veteada por vías es-

trechas y claros de verdura. La balaustrada está orlada de bolas y fanales de piedra; en los cuatro estremos arrancan templetes rematados en medias naranjas sobre las que unas bolas muy grandes sirven de peana á búcaros gigantescos cuyas flores de bronce se ven desde abajo. Otro cuerpo más. En la escalera, la caja del reloj, y arriba, bajo el cupulino, su campana. Cierran los vanos cortinas metálicas rajadas por el tiempo. Entre dos pilares, la carraca ó matraca de la Semana Santa, con piezas de hierro en las aspas volantes, sobre las que dos martillos hacen un ruido infernal el Viernes Santo.

Y otra vez en la terraza, mirando el panorama, recordando los gastos de la gran ciudad de los almohades, buscando en el horizonte la casa donde nació Hernán Cortés; y allá, en Santa Cruz, la casa donde nació Murillo; y allá, la iglesia en la que fué bautizado Velázquez. Y allá también el barrio de San Bernardo con su iglesia y su pila en cuyas aguas tenían que bautizarse antes los hombres para ser toreros, como tenían en la antigüedad que mojarse los héroes en la Estigia su talón para ser héroes.

Esta es la ciudad de la Semana Santa; la famosa ciudad de las leyendas, del fuego, de la sangre, de la *religión*, que ha inspirado tantas cosas... *que extiende su fama por Europa cada día* más intensamente; donde vienen los europeos para divertirse y recordar siglos de grandeza ya muy lejana.

Desciendo despacito por las rampas que se desenvuelven en torno del grueso espigón. Salgo de la torre y elevo mis ojos á ella. Es, como siempre, risueña, esbeltísima, aérea y muy firme. Una torre llena de gracia. Un alminar aislado que echa de

menos su mezquita Aljama. Una torre femenina, ideada tal vez por los árabes para que sirviera siempre á Sevilla de canon de belleza. Y cuando Sevilla no exista, la torre sobrevivirá, tal como es, alegre, sencilla, luminosa y flamenca.

XXIV

ANTE EL SEPULCRO DE COLÓN EN LA CATEDRAL DE SEVILLA

Veniet annis
sacula seris...

SÉNECA.—*Medea.*—(Coro.)

Se está muy bien aquí soñando y viendo en los pilares elípticos del coro unas amplias manchas de sangre. El sol atraviesa las vidrieras y refleja de ellas en las piedras solamente los colores. En primorosos arcos florenzados, y bajo esbeltos doseletes, unos santos rígidos, que tienen su nombre al pie en largas filacterías, oran y rezan ó se asoman curiosos á la inmensa nave de la catedral. La luz los sorprende é ilumina, incendia el transparente con llamaradas de arte y misterio, y arroja en haces de finísimos hilos el tapiz de gipso sobre esos enormes monolitos del crucero. Aquí, al lado de este inmenso Cristobalón, cruzados los brazos, el alma se encuentra bien y mira extasiada cómo se burla la luz del recogimiento y la devoción de esos santos de vidrio. En la iglesia, desierta y vasta como una pagoda india, únicamente viven esos ramalazos de luz violeta, esas franjas de oro y azul, esos óvalos verdes que, refractados en las piedras, irradian en las sombras y despejan las tinieblas y distraen el

espíritu. Están bien luminadas las cinco naves. Creo que son setenta y cuatro las ventanas, y esa luz descarada y fluída de Sevilla, que nada respeta, resbala por las nervaduras de las bóvedas, se escurre por los ligeros antepechos de tracería flamígera, escudriña las pechinas y los ángulos, desciende por los pilares, examina las floridas ojivas, corre por las dovelas, descansa en las mensulillas y huronea entre los prodigios de los capiteles. Y sin embargo, la catedral es sombría, dura, ceñuda.

Aspira la luz para devorarla, la inmovilizaría, si pudiera; y á veces parece que puede y la filtra, la descompone, la sutiliza y la tortura. Cuando la luz triunfa, se venga bravamente y vierte en las baldosas lamparones de sangre. ¡Se abren las bóvedas con tal sencillez para formar el techo, que más bien parece que fué el techo quien ideó la formidable estalactita de los pilares!... Semejantes á corpulentos árboles muy altos que abrieran sus ramas y trenzaran con ellas una bóveda simétrica, estos pilares surgen del suelo de mármol, alejando la perspectiva indefiniblemente, con una fortaleza y hermosura que enamoran. El trascoro es un alarde de piedras ricas, pero urdieron con ellas una mala trama. Los tubos del órgano moderno en haces verticales suben hasta los preciosos arcos torales, en los que destellan vidrieras asombrosas. Pendiente de un hilo muy fino cae á plomo una lámpara delante del sepulcro de Colón.

Veo desde aquí el rosetón moderno de la nave central; el del crucero, del lado del Evangelio; y levantando los ojos, sobre mi cabeza, otro muy bello pintado por Arnao de Vergara y que representa la Asunción. Estoy en el brazo del crucero llamado de la Epístola, en la capilla de Escalas en un sitio en el que hay una puerta de madera labra-

da; y dos altares detrás de dos verjas; y un enorme reloj; y unas labores de filigrana en piedra; y otra verja que da á una capilla; y en el centro un monumento estrambótico, sepulcro de Colón.

Atravesé toda la iglesia con el único objeto de contemplarle, y tan poca impresión me causó, que el alma se ha distraído mirando el coro y su verja dorada, la del altar mayor, los juegos de la luz, sin que por un momento se diera cuenta del sitio donde está. Pendiente de un hilo muy fino cae á plomo una lámpara delante del túmulo histórico y es más sugestiva la lucecita roja que brilla humilde en el vaso que ese destartalado sarcófago. En una catedral tan grande, tan hermosa, tan evocadora... ¡ese ataúd llevado en andas y á hombros por cuatro figurones ganapanes de bronce!... Así es. Parece ser que ahí dentro reposan los restos del hombre sublime por excelencia. No tuvieron en cuenta los que idearon este mausoleo estrafalario que de todas nuestras catedrales y á pesar de haberse construído en la época del gótico florido, ésta es la más sobria de ornamentación. Tampoco se cuidaron de elegir el sitio, y el alma se entristece al contemplar el fúnebre grupo inmovilizado y como detenido cerca de una puerta. Sobre un zócalo de mármol de traza ojival del siglo XV se elevan cuatro heraldos ó reyes de armas ó diáconos, que de todo tienen. En torno del basamento y en caracteres góticos de resalto leéis que Sevilla obtuvo el depósito de los restos de Colón: y su Ayuntamiento erigió ese pedestal, cuando la ingrata América se emancipó de la madre España. ¿El depósito? Justo; eso parece.

El monumento causa en el ánimo la impresión de que ha de seguir caminando, de que se ha detenido allí para descansar y que un día se marchará

por alguna de las puertas del templo. Los cuatro heraldos son cuatro mancebos rollizos de cara inexpresiva y fofa. Representan Castilla, León, Aragón y Navarra, y jamás se han amasado símbolos más detestables. Los dos mozos delanteros visten de diáconos, pero con el león y castillo bordados en la casulla; para mayor claridad, uno de ellos se apoya en un remo y el otro en una cruz terminada en lanza, cuya punta se hunde en una bola ó granada. Los jóvenes que les siguen llevan una dalmática sobre férrea armadura y aparentan cierta extraña pesadumbre. El féretro, cubierto con blondas vaciadas en bronce esmaltado, dice que dentro de él yacen los restos de Cristóbal Colón. Desde 1796 los guardó la Habana, y este sepulcro por real decreto de 26 de Febrero de 1891. Forzoso es creerlo, porque si no se le presta fe nadie diría que los huesos del almirante inmortal iban dentro. Iban... en efecto. Esos restos marchan, van en procesión, en perpetuo tránsito. El mausoleo es digno de su época; no lo hizo Mélida ni es una burda copia del mausoleo de Philippe Pot, senescal de la Borgoña, traído al Louvre desde la abadía de Citeaux; ni lo fundió Ignacio Arias; lo ideó aquel año admirable que se llama 1898. El 98 no se contentaba con menos: es el año de las tragedias, de los desastres, de las visiones apocalípticas. Si no hubiera existido el 98 seríamos tan necios como antes y le debemos el buen juicio. Desde entonces sabemos muchas cosas; entre ellas que este monumento no es digno de Colón, ni despierta otras ideas que la de un nuevo traslado.

La luz le destaca en el fondo del crucero sin arte. Es una mole policroma; pesada y borrosa. El 17 de Noviembre de 1902 sacaron el pequeño ataúd de plomo del panteón de los arzobispos y le depo-

sitaron en ese cofre. Los ojos se apartan de allí atraídos por las magnificencias de la catedral, mas el espíritu que busca al gran geógrafo le evoca, aviva las cenizas, le da nueva vida y detrás del sarcófago no ve una reja, sino el Océano y las tres naves: la *Santa María*, la *Pinta*, la *Niña*... Es el viaje más emocionante que hayan realizado los hombres. Es la fe científica caminando sobre las aguas meses y meses, sorda á la rebelión de los instintos, ciega á los impulsos del humano desaliento. El 1.º de Octubre el teniente de servicio declara que llevan andadas 578 leguas al Oeste de la isla de Hierro, pero él oculta que son 707. Su Diario es uno de los más grandes poemas que se hayan escrito: un idilio en una epopeya; un salmo en un tratado de Náutica; un canto de esperanza escrito letra á letra sobre las movibles olas del mar... «Gracias á Dios los aires muy dulces como en *Avril* á Sevilla, qué placer estar á ellos tan olorosos son...» ¿Nació Colón en Pontevedra, nació en Génova? Y ¿qué importa?... ¿Buscaba un paso más corto para las Indias?... Colón es grande, no por hallar en su camino la América, sino por intentar su viaje contra la opinión del fanatismo. Los sabios de Salamanca le llaman loco, las Cortes europeas le desoyen, solamente cuando ofrece enormes tesoros se le presta oído y alguna ayuda.

El creía científicamente y nada más. Allá arriba, en un edificio de esta misma iglesia, en la nave del Lagarto, se conservan los libros que estudiaba, los libros que anotó. La astrología es la astronomía en embrión como la quiromancia es el huevo de la química, y las aprendió. Sabía más: sabía realizar las profecías sabias. La Biblioteca Colombina guarda estos monumentos inestimables de la fe audaz, de la audacia paciente, de la pa-

ciencia sabia y conscia. Sus hermanos Bartolomé y Diego le ayudaban. La *Historia Rerum ubique gestarum*, de Enea Silvio Picolomini, está anotada de su mano con aquella su letra menudita, firme, recta y clara. El *Libro de las profecías* también, sobre todo aquel pasaje de Séneca en la Medea; los *Tratados cosmográficos astronómicos* del cardenal Pedro D'Ailly; la *Imago Mundi* con una nota autógrafa en la que dice haber visto el cabo de Buena Esperanza, al margen de las hermosas letras de Juan de Westfalia; la *Historia* de Plinio, en florentino, traducida por Cristóforo Laudino en 1483 y en cuyo margen dice que vió ámbar; un ejemplar de la primera edición sevillana del *Plutarco* anotado por él, que era un hombre digno de aquel romano el más grande de los historiadores; el libro de las *Costumbres y condiciones de las regiones orientales* por Marco Polo de Venecia; las *Tragedias* de Séneca, palimsesto del siglo XV; el *Almanaque Perpetuo,* citado en el libro de las *Profecías*, de Abraham Zacutts; la *Filosofía Natural*, de Alberto Magno; el *Almanaque de Navegación*, de Mariensuez Bartholomeus... en fin, la inmensa Biblioteca que su hijo Hernando catalogara en seis grandes tomos. Así pudo decir éste en una edición veneciana de las *Tragedias* de Séneca, comentando el *Veniet annis;* «Esta profecía cumplida fué por mi padre.»

La tenacidad del gran Almirante, ¿á qué es comparable? ¡Unión felicísima del talento y la constancia, productores del genio! Debíamos visitar los jóvenes esta tumba como en la catedral de Londres visitan los niños el sepulcro de Nelson. Debíamos venir aquí y recostados en el fresco del Cristobalón meditar en los viajes del descubridor de América y tratar de investigar cómo pueden unirse en el corazón la energía que da la audacia y el talento

que crea el cálculo; la fe científica y ese grado de confianza mística que es al espíritu como el primer impulso dado á la palanca de una máquina. Toca el reloj las once, y sus campanadas chillonas se esparcen por la iglesia como vencejos. Una mujercita extranjera, alta y magra, contempla una de las vidrieras desde el foco rojo de luz que la vidriera proyecta. Me embarga poco á poco ese estado somnoliento que precede al pesimismo. La raza que abandona de este modo el sepulcro del hombre más grande que poseemos y uno de los cuatro ó cinco hombres que han puesto en marcha segura á la Humanidad, ¿no es una raza perdida? No basta con cincelar su efigie y plantarla en el ábaco de una columna; era necesario que sus restos fuesen glorificados en apoteosis inmensas.

El duque de Veragua, su descendiente, se preocupa demasiado de sus dehesas y de sus toros. España no quiere meditar en sí propia, tal vez para no espantarse de su miseria moral. Y Colón yace aquí, en este crucero, dentro de este antiartístico armatoste, esperando una orden de traslado. Ha de llegar un día en que estos cuatro mancebos echen á andar y no se detengan hasta Italia, ó Alemania, ó América. Medito en ello, en muchas cosas más; reflexiono que es necio preocuparse de lo que nadie se preocupa, y miro el sepulcro una y cien veces y quisiera preguntar á Colón cuál es el secreto de la energía. Pero España es así; deja el oro para los reyes y los santos. En la capilla de San Fernando, el rey guarda su momia dentro de un sarcófago riquísimo, y aunque también de mal gusto, es al menos de oro, de plata, de piedras preciosas, mientras el de Colón parece la conducción al depósito de un torero muerto en el ruedo de la plaza.

Me voy de allí con pesar. ¡Se está tan bien allí cerca del hombre incomparable, recordando el viaje más emocionante que hayan hecho los hombres, ideando el sepulcro que debía cobijar sus restos y en la manera de distribuir sin ruido el que hoy tiene!...

XXV

Huroneando por el barrio de Triana

> Estamos encerrados en nuestras personas como en una prisión perpetua, y lo mejor que podemos hacer, á mi juicio, es reconocer sin cólera esta horrible condición, y confesar que cuando no tenemos la fuerza de callarnos, hablamos de nosotros mismos. . . . .
> .....Pero no por esto dejéis de hablar..... Porque más vale hablar con incertidumbre de las bellas cosas que callarse sobre ellas eternamente.
>
> ANATOLE FRANCE.

En la calle de O'Donnell he estado contemplando largo rato el balaustre de un balcón: una maravilla de hierro forjado en ramas de espiral. Después, en San Pablo, he vuelto á detenerme ante su portada insignificante, que tiene un curioso guardapolvo ó marquesina mudéjar, del que penden dos escudos de hierro muy extraños. Triana empezaba antes aquí, en la confluencia de las calles Julio César y Reyes Católicos; pero hoy su célebre puerta no existe. Un confitero la ha pintado en cierto escudo anunciador fijo en el paredón de la calle de Santas Patronas. En este paredón hay carteles de toros,

algunos muy antiguos; el título de la calle, como todos los de Sevilla, es de azulejos, y en cada uno de ellos hay una letra esmaltada, humean los puestos de churros y hiede á sebo ó aceite frito; esos puestos tienen una balanza antiquísima donde pesan la indigesta masa.

El tráfico es continuo y primitivo; carros y recuas. En uno de los lados se levanta blanquísima la casa de la dinastía de los *Bomba;* más allá el palacio del marqués de Villamarta, de construcción catalana, con cuatro cariátides que hacen enormes esfuerzos para no sostener peso alguno. Llego al famoso puente de Isabel II sobre el Guadalquivir. Hay aquí unos tenderetes, donde beben y mondan chucherías hombres de mirada procaz, desocupados, con chuletas en las sienes, y gitanos con su inseparable vara. A un lado se yerguen las chimeneas de la fábrica del gas y las de la electricidad. En aquel caserón encerraban tesoros de América, y en aquella torre, la del Oro, apilaba los suyos don Pedro el Justiciero. Me siento en unos bancos de hierro que tiene á ambos andenes el puente, un pequeño puente de Londres por el que diariamente se comunica un gran pueblo con una gran ciudad. Desde él se ven los murallones de Triana, los malecones con sus rampas; las dos orillas del río: la de Sevilla con sus muelles avanzados; la de Triana sin otra cosa que muros de defensa y la ribera; unos barcos veleros y los buques de vapor alineados en los muelles de descarga; la torre de Santa Ana dominando la línea de casas de la calle Betis, en la que nació el *Faico;* la torre de la iglesia de la O surgiendo entre un macizo de casas blancas, trazadas á estilo de juderías, y en un extremo, la torre de la capilla de la Virgen del Carmen, patrona de los marineros. Viene turbia el agua del río

y el sol brilla con una esplendidez alucinadora. Esta luz es la vida del paisaje, y sin ella el panorama no sería sino una vulgar entrada de barrio muy semejante al Perchel de Málaga. Pero esta luz vierte sobre las cosas tarros de color, las destaca con violencia y las individualiza. No mienten las acuarelas ni las pieles de las panderetas: en un azul añil los tonos se recargan de tinturas, se recortan y acusan con fiera valentía. Se entra por los ojos el color crudo y vuelca en el cerebro imágenes y cosas brillantes, violentas, mordentes. No es extraño que esta gente viva de epilepsias, de sacudidas, de emociones intensas. En el extremo del puente hay una doble escalinata, una casa abierta en el malecón, á la que se entra por una especie de escotilla de barco, y tres ventanas con flores. La cabeza de un león marca en esta pared las riadas frecuentes aquí, como en todos los ríos de España. Frecuentemente me he encontrado en las más escondidas calles de Sevillá un azulejo con la indicación del límite que el agua alcanzó. Esto es vergonzoso, pero si los ríos no se desbordaran no sabríamos á veces que existen ciertas ciudades. En la calle Betis una chicuela se entretiene en estropear una boca de riego y su propia mano. En el enlosado del pretil dibujan unos muchachos perfiles de toreros. Me dijo el gobernador que tenía confidencias ciertas de que me iban á matar, y ando con extremas precauciones, llevando en la mano un agudo lápiz y mi cuadernito. También me avisaron de que se apostaban por aquí barberos con objeto de pelar mis melenas, y voy despacio pensando en lo gracioso que resultaría una aventura de éstas, digna de las kabilas rifeñas y de ser contada á estilo de narración de Dumas. Pero sin duda me perdonan la vida y me entro valientemente por la

estrecha calle de Duarte. Por un letrero trazado con carbón sobre el yeso de la pared me entero de las cosas siguientes: que Belmonte es mejor torero que el *Gallo* y que el que no piense así debe buscar al autor, cuyo domicilio cita con heroísmo. Triana es un barrio heroico, y si empleara su energía en hazañas que valieran la pena, se haría seguramente inmortal. En otro letrero una mano anónima afirma que Belmonte es su *nene*. Leo en los muros rojizos de Santa Ana esta palabra: *Pureza*. En esta calle nació Belmonte. Los nombres de las calles de Sevilla son admirables, cortos y evocadores. Me detengo ante una casa cuyos dos balcones son tipos preciosos del balcón legendario sevillano. Santa Ana es un amasijo de construcciones teñidas de bermellón sin esgrafiar, de amarillo rabioso y retocadas con escandalosos blancos. Alfonso X el Sabio, agradecido á Nuestra Señora por haber sanado de una dolencia en los ojos, erigió esta iglesia; pero si el rey resucitara, de seguro que no conocería de su primitiva fundación si no es la puerta de la calle Vázquez de Leca, que conserva aún su tejaroz con canecillos en forma de leones, su archivolta primitiva ojival y sumamente rebajada, y los arcos concéntricos partiendo de airosas columnillas. La torre es mudéjar en el primer cuerpo, y en los otros es lo que queráis que sea, pues tiene arcos canopiales, campanas, azulejos, tejas y una caperuza de pizarra. Montes, el torero, fué monaguillo de este templo. Juegan unas niñas pequeñitas en el arroyo, y una de ellas, panza arriba, se divierte en intentar poner sus pies á la altura de sus ojos. Salgo á una ancha calle donde se alza un enorme edificio de construcción moderna, las escuelas de la reina Victoria. En el frente hay tres puertas con graderías de orlas azules, y entre los balcones

en azulejos estos nombres: Montesinos, Aristóteles, Fenelón, Froebel, Spencer, Platón, Pestalozzi, Descartes. La escuela está cerrada desde su inauguración. Este inmenso edificio se hizo, pero se hizo mal, y los techos se agrietan y la humedad se apodera en los pavimentos. Si hubieran construído una plaza de toros la hubieran hecho perfecta, maravillosa y admirable. Sólo sucede esto en España; cuando uno lo deplora y se indigna, ciertos señores, cuyo oficio es no hacer nada, hablan de poco patriotismo. Más allá hay un sombrío convento de monjas. En un lienzo de tierra sucia aparecen las rejas de la clausura y los niños han dibujado por la pared *pasim,* cabezas de toreros y suertes del toreo. Uno de ellos, que observa picarescamente mis melenas, lleva en la blusa una flor pequeña de papel; me contesta que es la flor de Belmonte y llama á gritos á otros para que vea la flor del *Bomba*, que también lleva el salado chicuelo. Existe, además, la de Posada.

—Los que llevan el alfiler del *Gallo* están por allí—me dicen señalando el barrio gitano—. ¿No es tristemente simbólico al lado de las grandiosas y ya ruinosas escuelas de Reina Victoria estos niños condecorados con el emblema de su torero favorito? En las paredes se insultan los pueblos, se increpan los barrios; Triana contra Gelves, San Bernardo contra Triana. Calle del Paje del Corro y el barrio de la Cava. He aquí el famoso barrio de la gitanería. Nada lo aisla de Triana, y sin embargo, las casas varían de aspecto y sus habitantes son ya otros. Los portales, muy angostos y casi todos en rampa; en el fondo parece que quieren imitar los patios de Sevilla. En el quicio de las puertas canturrean las gitanas. Nada más bello que las caras de estas mujeres, á no ser sus ojos.

Una vasta simpatía envuelve esta raza vagabunda, poderosa sobre todo encomio é indomable, de cuya basura é inteligencia emotiva ha salido esa peste horrible que llamo flamenquismo. Hablan muy de prisa, atropellando las palabras, pero con mucha dulzura y un dejo indefinible de tristeza. Me detengo infinidad de veces para espiarlos y los escucho y los veo vivir. Son excepcionales en todo y rebeldes. Su rebeldía es fundamental; un concepto intransigente de la libertad. Su modo de expresar esa rebeldía es una humildad inmunda. Os piden las cosas arrastrándose; si no las dais, sentís de pronto en la espalda una puñalada. La idea de independencia es en ellos absoluta y la entienden de extraño modo; para vivir, piden, roban ó fingen. La vida urbana, la exterior, no existe para ellos sino como un mercado. A ver quién engaña á quién. De su sentimentalismo histérico se han desencadenado sobre la península todas las ideas-madres, las ideas-fuerzas de la flamenquería. La calle de la Ardilla es un callejón: dos lienzos rojizos y puertas muy bajas ocultas por sacos á guisa de cortinas. Moldean los cacharros con unas grandes ruedas primitivas, á las que se unen muchos hilos. Otras calles; el sol irradia de las paredes blanqueadas y la luz es fuego. La puerta de la Huerta del Carmen; luego el campo; allá San Juan de Aznalfarache. Unos gandules juegan en el descampado de la línea fiscal á las cartas; se llama esta calle Febo. Hemos pasado las de Lirio y Laurel. Más gitanos. Hay un gran murmullo en esta calle, que creo se llama Evangelista. Los niños en cueros vivos juegan y gritan. La comadrería tan amada de los gitanos, tiene en esta calle lucida representación, y á juzgar por los grupos y corrillos parece ser que en esta calle viven de ello.

Aquella es la torre de San Jacinto, de la que sale en Semana Santa la *tristemente famosa* Virgen de la Esperanza. Tristemente famosa porque los cristos y vírgenes están aquí á matarse y cada paso es una sublevación del amor propio, una conjunción explosiva del orgullo del barrio y el fanatismo religioso. Trabajan á las puertas unos zapateros remendones. Hacen una casa nueva y diseñan en ella primorosos ajimeces con arquitos angrelados en arrabáas, aliceres polícromos en las enjutas y su friso de laceria de almocárabe. Por dar unos céntimos á un angelote que lleva en brazos una gitana, dejo que *me eche* la buenaventura. En los estudios del gitanismo, que están por hacer, la buenaventura debe ocupar sendos capítulos. Parece ser que una *lipendi*, más rubia que *er* sol, está que no *pué* con su penita desde que me vió. Me han de suceder dos cosas negras y una roja. He de andar con *mizterio* y no salir de noche porque malos *quereres* me han de dar un disgusto... La quiromancia gitana es infantil, grotesca y muy salada. Si no fuera por la sal que derraman sobre ella ya se habría descompuesto.

En el jardín de San Jacinto, fija en la esquina, hay una máquina, destiladora del agua, á causa de la epidemia de fiebres infecciosas que reina en Sevilla. Unido á la iglesia existe un hermoso colegio municipal. El atrio y el patio son hermosísimos y el rumor de unos centenares de niños los llena de encanto y alegría. Hay en el patio un surtidor. En las naves están las escuelas de niños y niñas. Los zócalos son de ladrillo de Triana, de estos ladrillos que tan famoso han hecho el nombre del barrio. Subo á la cantina, encantador comedor de Liliput, donde en distintas mesas comen dos veces al día doscientos cincuenta

párvulos pobres. ¡Benditas sean las manos que dan de comer á estos niños!

Paseando sin descanso veo fábricas de cartones, de azulejos; enormes almacenes de aceitunas, de los que salen bandadas de jovencitas con su eterna flor en la cintura ó en el pelo. En un cartelón leo: «Protectorado de la infancia», y cerca, en grandes letras, este escrito: «Belmonte es èl maestro de la escuela Rondeña». El autor ha firmado su aserto tauromaco. Hay en el barrio por ese nuevo lidiador una adoración no otorgada á nadie desde la muerte del *Espartero*, locura social esta de las idolatrías taurinas, que nadie intenta contrarrestar y que mata por sí sola cuantos esfuerzos industriales hace el laborioso barrio. Visito un almacén de azulejos que tiene en el portal una buena copia de Quevedo, de Velázquez. En la exposición perpetua del almacén veo verdaderas maravillas: azulejos con reflejos metálicos; muestras preciosas de la cerámica sevillana del siglo XVI; dibujos bellísimos de lacería ó ajaraca; copias de lunetos, alicеres almohades, almocárabes y trabajos mudéjares; trasuntos de las piezas más hermosas que ha producido Triana, los azulejos del Presbiterio y frontal del retablo mayor de Santa Paula: azulejos polícromos de cuenca imitados de los del pabellón de Carlos V en los jardines del Alcázar; azulejos planos de San Lorenzo. En la calle de San Jacinto, central del barrio, y bajo los soportales, se divierten unos sevillanos ó trianeros. Llego al Mercado deseoso de conocer la vía larguísima de los esparteros, la calle de Castilla. Una freiduría en la típica explanada del puente. Un callejón que abre sobre el río un boquete inmundo. Esparterías de las que sale el peculiar olor de las manufacturas en que trabajan. Boterías.

La puerta de la iglesia de la O, con un Cristo que tiene la cruz de carey legítimo, lo que haría horrorizar á San Cirilo, según el cual era de nogal el santo madero. Una fábrica de ladrillos; otra de maderas; otra de hierro. Y en la plaza Chapina, la casa donde nació el *Espartero*, una casita de miserable aspecto, bermeja y chata. Allí vió la luz el hombre que al morir tenía ahorrados ochenta mil duros, cuando iba á casarse con la viuda de Concha y Sierra, cuando su fama le elevaba á las más altas cúspides que la popularidad haya otorgado en España. Me acerco y echo de menos una lapidita ó cosa por el estilo. Menos mal, en casa de Fuentes hay una lápida que dice haber nacido allí Bécquer. El sol deslumbra y tuesta. Al final entro en la capilla del Patrocinio para saber quién es el Cristo del Cachorro, al que se le ven las fibras y órganos de la laringe. Parece este sitio la entrada de un villorrio castellano; la carretera, ventas, polvo en trombas, recuas, carromatos, casucas de peón caminero... En el horizonte, el pueblo de Camas, estrecho y larguísimo; el viejo cementerio de Triana; el río, una estación, y por el camino del Patrocinio apisonado con restos de loza, en marcha á la célebre Cartuja, manufactura de productos cerámicos. Leo: «1841. Sociedad anónima. Pikmann.» Creo que este señor murió en duelo con no sé quién. Su hijo es un joven que pone banderillas, corre juergas é insulta á los conferenciantes, y hasta quiere comérseles crudos. Pero que él se conduzca así no importa para que su fábrica sea uno de los emporios industriales de Andalucía. La visito con la minuciosidad que requiere.

Es realmente un establecimiento del que puede mostrarse orgullosa Sevilla, y aunque encuentro muy primitiva la confección, tal vez á ello deban

los productos su intensa originalidad. Fundada por el arzobispo Gonzalo de Mena, la concluyó un canónigo amigo suyo, al que dejó con tal objeto treinta mil doblas de oro. Hoy es un conglomerado de talleres llenos de ruidos. Mil obreros trabajan incesantemente. Hay talleres de tornos; secaderos; hornos en los que apilan las piezas dentro de unas cajas especiales; covachuelas por las que corren rieles; salas de tinturas, estampaciones artísticas, lavados y trabajos muy caros de pinturas y esmalte. La nave de la antigua iglesia es hoy almacén en el que se apilan rimeros imponentes de loza, de vasos, de vajillas. En la exposición permanente hay curiosas muestras de la Sevilla pintoresca, de esa Sevilla, de esa Andalucía que todos niegan y que todos explotan y propagan. Adosada al muro exterior del que fué sagrario leo en un monumento epigráfico que el hijo de Leovigildo murió en Alicante y no cerca de la puerta de Córdoba. Me alejo triste de tan hermosa fábrica. El hombre que la posee ha querido matarme en plena calle de Tetuán por el enorme delito de predicar contra la torería, enemiga principal de la industria. A ese hombre que la prensa ha jaleado le di yo un gran correctivo, que cuidadosamente la prensa ha callado también. Pensando en estas cosas, que no sucederían en el Congo, paso el puente de madera, y por la calle de Julio César entro de nuevo en la Puerta de Triana.

XXVI

LA TÓRTOLA VALENCIA DANZA EN SAN JUAN DE LOS CABALLEROS

El ábside traza en el taller de Ignacio Zuloaga un arco encantador. Salvajes sacerdotes del viejo edificio cluniense picaron los capiteles de las columnas, rellenaron de cal las grecas románicas, tapiaron las murallas de piedra con sepulcros; pero el admirable alfarero Daniel limpió las paredes de su inútil capa de yeso, aisló las columnas, las estrías, las dovelas, descubrió las cimbras é hizo destacar la nervadura vigorosa de la bóveda. Corre á la altura del ara una faja de piedra labrada, que es una delicia, y un poco más alta, otra cenefa de hojarasca, conservada intacta. En los capiteles mutilados restan aún prodigiosos relieves, trabajos sinceros en los que artífices incomparables ponían su alma entera. Realmente, nada tan rico en arte como aquel aprovechamiento del cogollo en que remata el fuste y sustenta el ábaco. Parece que aquellos animales no fueron cincelados en la piedra, sino que anidaron allí para siempre, y al momificarse entre los pétreos florones tomaron el color y la dureza de los bloques. El ábside abre su arco un poco más alto que el taller del pintor sublime. Se sube á él por unos escalones. Un gran painel ilumina la estancia románica y descubre en

los rincones objetos de arte antiguo, evocaciones de siglos arcaicos. Cristos bizantinos, en los que el simbólico triángulo de la Santísima Trinidad parece haber regulado las facciones y los rasgos de los vestidos; vírgenes hieráticas, casi herméticas, semejantes á anagramas estatuarios, que recuerdan aquellos iconos egipcios, en cuyo interior restaba un recuerdo de alguna dinastía existente cuarenta siglos antes de Jesucristo; páteras, símpulos, tinajas mudéjares, retablos, vestigios de edades pretéritas, vasos, manufacturas suntuarias. En un rincón, piedras que recuerdan maravillas de los imagineros; sobre las repisas, tierras cocidas que guardan una fórmula química misteriosa; en los plintos, variadísimos artefactos, que son luego en los frisos ó en los cuadros aciertos de gigante. Aquí está la montura del caballo que se ha hecho célebre en el mundo con el título de *la víctima de la fiesta*. Aquí están, pendientes de un clavo, la mascarilla de *Lagartijo* y, vaciadas en escayola, las manos huesosas del califa taurino. Aquí, y arrimados á las paredes, subsisten garrotes polícromos usados por los castellanos, sabe Dios en qué rancias edades, y cerca, cuidadosamente colgados, arreos de mulas de esas reatas de mulas famosas en el mundo, ó adornos sentimentales de las yeguas á cuya grupa cabalgaron, sabe Dios cuándo, mujeres adoradas.

Tórtola mira todo esto con sus ojos de buho. Es alta, grave, suntuosa. La inmuta el lugar en que se encuentra. Observa con miedo. Cerca de allí están sepultados los Contreras, y acaba de tener en sus manos la calavera de doña Angelina de Grecia. Nadie siente como ella la poesía de aquel rincón, robado al expolio del fanatismo ignorante. Le han dicho que en el suelo que pisa hay cente-

nares de esqueletos; que bastaría escarbar en él un poco para que apareciesen restos de cadáveres. Sus ojos de bayadera crédula se agrandan y miran espantados con llamaradas azules, de un azul siniestro, como el espectro de un siglo que persistiera en el hueco de uno de aquellos nichos. Examina los rincones; con las manos entrecruzadas y silenciosas, ora. Reza en su contemplación. En sus actitudes revela que su espíritu vivió en los siglos de los jeroglíficos, y su cuerpo, de líneas divinas, acusa movimientos religiosos qne el estudio no otorga. La visión de arte pasa íntegra á su alma de danzarina de otro tiempo, y cree vivir en las épocas lejanas en las que eran ellas sacerdotisas y sirvientas de los templos. El capitel truncado, el plinto roto, la greca interrumpida, las columnas quebradas, sumen su espíritu en el abismo licencioso de las edades en las que los objetos no eran sino prolongaciones de una intensísima vida interior. Ni el pintor Ignacio ni el alfarero Daniel sienten, como Tórtola, la atracción macabra del ambiente. El gran pintor es demasiado europeo; Daniel, el orfebre sin rival, demasiado español y descreído; únicamente ella sabe que está en un templo de la fe, en un santuario de la milagrería. Basílica, convento, pagoda, parroquia, mezquita, ¡qué más da! El dios que ella ama es la Muerte. El dios de la Muerte inspira los misterios sublimes, los grandes arrebatos que sumergen las almas en las lubricidades, á través de cuyos ensueños se ve el más allá, los paraísos ó los infiernos de los mundos obscuros, del reino de la Muerte. Y como lo sabe por una intuición genialísima, ella se siente poseída por el ambiente, y sus miembros se conmueven y sobreexcitan, y sus narices se abren aspirando el ideal hedor de las carroñas allí enterradas, y sus dientes asoman á la boca,

abierta por un hálito mordente que sube del corazón en oleadas densas de angustia y de fiebre. Se la ve bailar en su inmovilidad aparente, y en su rostro, ladeado sobre el hombro, hay la iniciación del tigre que mueve la quijada exhausta sobre un brazuelo. Su quijada atemoriza. Se mueve sin que el maxilar se descomponga. El menton se adelanta, como en las danzarinas antiguas, y traza en el aire una interrogación. Al mismo tiempo sus ojos se hunden en la caverna de las cuencas y se extiende por ellas un halo cárdeno. Se agita dentro de ella el demonio de la lubricidad, que es santo; un demonio sagrado que ahoga en una llama el alma, y la enfervoriza y la eleva sobre las cosas como en furia extática, en hipóstasis rara de desenfreno y grandeza. Tórtola Valencia espía el lugar con un miedo luminoso en sus pupilas de puma india. Violentamente se despoja de su gorro servio y de su túnica alfombrada, como un chal arcaico de Cachemira, y sube al ábside y en el ábside danza. Es un homenaje al templo. Es como una infiltración de veneraciones muy viejas, que sacuden su alma como viento de tormenta espiritual. Baila sin música. No la necesita. Su cuerpo obedece al extraño ritmo en que se consume constantemente y á la sugestión del templo de San Juan. El templo le inspira un género nuevo de baile, en el que la fe áspera de otro tiempo marca el compás. Es un baile anguloso, seco y grave. Compases de garrotín mezclados á improvisaciones de lirismos ambiguos. Adora á la Muerte, á las ruinas, al fuego del genio lóbrego que reina allí y que ella ve sola. Venera á la Muerte y le ofrenda genuflexiones y sombríos rasgos de profundo cariño. Quien no la vió bailar aquí no sabe qué cosa sea la danza. Baila movida por el genio del Templo y tiene una sepultura por ta-

blado. El misterio de la tumba, que es la aspiración á la eternidad y al placer sin interrupción, en ella sacude el árbol de sus nervios. Se dobla, balancea y bulle sin esfuerzo. Sus pasos vibran. Se oye como un rumor de carne suelta. Su talle se comba al impulso de sentimientos sutilísimos, semejantes á una armonía astral que viniera de muy hondo, de las raíces mismas de San Juan de los Caballeros.

Parece loca. Subyuga su fe. Cree en la Muerte, y le arroja su corazón, y en torno de él danza y le estruja. En el ideal charco de sangre bordan sus pies tramas de imaginero, y asombra ver en ellas como un remedo de las lacerías románicas. Luego son los canecillos de los pórticos los que imita. Más tarde su cuerpo aparenta doblegarse como las puertas incomparables, y escurrirse por ellas y por ellas girar. No es posible explicar cómo danza aquí esta mujer. La luz del painel la destaca muy poco, pero su agitación la desprende de las sombras. Se oye su respiración. A veces se oye correr su propia sangre. La grupa, las piernas, el vientre y los brazos dicen cada uno su canción de lujuria, de miedo, de audacia. Estremece esta mujer. Viéndola encuadrada en el lienzo obscuro del ábside románico, es como una fulguración del espíritu de la piedra, como un sueño muy denso en el que el espíritu desgarrase la inmovilidad de la piedra labrada y la destrenzara en serpentinas, en pautas, en pentagramas modernos, en compases de órganos de pedal, en notas bruscas de címbalos sostenidas largo tiempo en el viento como un grito de nocturno delirio. No es posible que esta mujer sepa lo que baila. La mueve un soplo ancestral. Las articulaciones flexionan movimientos que sólo son posibles en estado de espasmo, de sonambulismo religioso. Un aliento de la fatalidad que anima el tabernáculo

de todas las religiones, parece conducirla. Suda, enrojece, se fatiga, se cansa, y los que miramos no creemos que pueda cansarla aquel baile natural, todo espíritu, todo movimiento, en el que parece trabajar más que su carne su silueta, el *doble* de los espiritistas, el alma desligada de todo vínculo. Un fuego fatuo resplandece en su frente. Gira en torno de ella un nimbo rojo de lujuria santa. Y cuando se acerca á nosotros, descendiendo del ábside, huímos de ella como se huye de una aparición, de un sueño imposible, de una pesadilla. Cae en el suelo rendida, anhelante, enhiesta su enorme mandíbula de bayadera. El templo la ha inspirado. Vuelta en sí, el temor y la veneración persisten. Quiere de nuevo esconderse, y viéndola en adoración por los rincones parece que desea infiltrarse, consubstanciarse con las porosas piedras húmedas, con las formas extrañas de aquellas piezas románicas que animara en el siglo XI una ardiente fe, una credulidad vigorosa. Su dios es la Muerte, y el templo en ruinas su tablado ideal.

El gran pintor Ignacio la contempla asombrado. Daniel, el viejo orfebre, se acerca medrosamente á ella, abriendo asustado los ojos en los que irradia también un fuego viejo de hombre del siglo XI. Ella pide, con voz muy dulce, un poco de agua.

XXVII

Oración fúnebre por Joaquín Costa

«Enseñar no es mostrar, sino aprender á ver; no es revelar, es sugerir; no es conducir, es orientar; es algo más que instruir, es hacer á uno apto para observar, pensar y determinar por sí mismo; es decir, obrar.»

(Del Manifiesto *L'Amicale des instituteurs du Marne*, citado por Gustavo Le Bon.)

—

«Tallan escalones en el odio.»

VÍCTOR HUGO.

—

«*Ego pluam vobis panes.*»

(Emblema de la Cámara Agrícola del Alto Aragón, inscrito en el exergo de su medalla.)

I.—En el pueblo que no tiene memoria

Entre el día 14 de Septiembre de 1846 y el día 8 de Febrero de 1911, nacimiento y muerte de Joaquín Costa, ocurrieron los siguientes hechos: Los desastres de 1898. El 13 de Noviembre de 1898, aquel europeo nacido en Graus, pronunció el pro-

grama-manifiesto de la Cámara Agrícola del Alto Aragón. Tenía entonces cincuenta y dos años de edad, y llevaba treinta y dos estudiando. España se conmovió un poco. Oíase llamar cobarde é igno rante, y no recordaba de persona alguna que con tantas pruebas demostrara su raquitismo, esterilidad y degeneración. A la atención sucedió el asombro, y al estupor el espanto más humillante. Hasta los más idiotas comprendieron que el problema ibérico no estaba en el Parlamento, sino en el campo. Quien así hablaba, con voz y gestos de león,.apelando al genio de la raza, había dicho lo mismo en 1868, deslumbrado por el espectáculo de la Exposición Universal de París; en 1880, en el paraninfo de la Universidad Central, con motivo del congreso nacional de Agricultura; en 1882, tratando del comercio español y la cuestión de Africa; en 1883, en un discurso prodigioso acerca del porvenir de la raza española; en 1884, en una oración pedagógica, y en el discurso del mitin sobre política de España en Marruecos; en 1885, en tres discursos pronunciados en congresos agrícolas de Madrid; en 1885, en el Círculo Aragonés de la corte y en un mitin sobre Reforma de los Aranceles de Aduanas; en 1887, en los artículos colosales de la *Revista de Geografía Comercial*; en 1892 y durante los seis años siguientes, en todos los sitios, en todos los periódicos y en todos los discursos. El progamamanifiesto de la Cámara Agrícola fué refrendado con dos obras maestras: *Colectivismo agrario en España* y *Reconstitución y europeización de España*, y mantenido en Febrero de 1899, al constituirse la Liga Nacional con dos discursos que dejaron maravillados á quienes habíanle oído en el Salón de Actos de Padres Escolapios, en la Plaza de toros y en el teatro de Barbastro el 7 y el 8 de Septiem-

bre de 1892 y el 8 de Septiembre de 1893 en la plaza de la Constitución de la ciudad del Vero. Como el pueblo español no tiene memoria, no recordaba nada de esto. Pero escuchó; no hubo otro remedio. Nadie como él estaba preparado á luchar con la imbecilidad de aquel ambiente ruin, y fué necesario oir al hombre que había empleado treinta y dos años en reflexionar acerca de nuestros destinos.

¿Cuáles eran éstos? ¿Teníamos, por ventura, algún fin, objeto ó ideas? ¿Sabíamos verdaderamente quiénes éramos, dónde íbamos, qué deseábamos? ¿Existía entre nosotros determinada orientación, fuera cual fuese? ¿La libre crítica de la opinión poseía tales prendas de crédito, caracteres de certeza ó visos de criterio que pudiéramos confiar en un advenimiento franco de la cultura al Poder? Siendo como país un enigma, una amalgama de razas y de sangres, un campo de experimentación para todos los pueblos del Universo, ¿poseíamos nosotros talento suficiente para desentrañar el problema substancial de tanta y tanta cuestión sin resolver, ni plantear ni adivinar siquiera? Si era cierto que no poseíamos una Historia de España que valiera la pena de serlo, ¿dónde y cómo buscar las fuentes de esa Historia á escribir, á discutir y á incorporar sin violencia á la Universal? ¿Cómo y dónde meditar en la filosofía de esa Historia? ¿Por qué clase de medios ó procedimientos habríamos de revolucionar el absurdo estado de cosas para salir de un bestial formalismo, de una discusión asquerosa y superficial de vanidades y egoísmos bufos? ¿Cuál sería el partido político y qué clase de política la suya que realizara las ideas sociológicas y etnológicas meditadas y resueltas?

Antes del 98 éramos un miserable pueblo de

crédulos finchados. Flotaban en el aire y respirábamos sin tasa delirios de grandezas. Por dos veces habíamos ejercido la hegemonía de Europa, y creíamos de buena fe que lo realizamos á maravilla. Un infernal espíritu religioso voltejeaba en nuestro corazón, mezclando en disparatados engendros los problemas profundos de las creencias y las cuestiones confesionales del clericalismo. La metafísica importada del extranjero y traducida sin genio á nuestro temperamento creaba tumores espirituales monstruosos. Se charlaban sin cesar, y los conocimientos se vestían de arlequines. Todas las ideas llevaban, como las gatas, un lacito de color y un cascabel. Confundíamos el sensorio con el noumeno, y á Kant con Murillo. Teníamos ligeras noticias de que existía Europa, y aun había dudas de que debiéramos ocuparnos de ella. Los que salían por los Pirineos volvían renegando de que Europa no copiara nuestro libertinaje, desfachatez y buen humor. Hablábamos de las máquinas como de espantos y maleficios, y creíamos de buena fe que la ciencia es una cosa que se improvisa, y que el cálculo genial brota como los hongos. Venían á visitarnos los extranjeros y se iban satisfechísimos de nuestras viejas ciudades, costumbres moriscas é inalterable alegría. Nuestros soldados eran los más valientes del mundo: prueba, Lepanto. Nuestros sabios no tenían rival: demostración, los teológos de Trento. Era magnífica y hasta sublime nuestra manera de reflexionar; huyendo de todo dato positivo bien depurado, mezclábamos los siglos, y por un extraño espejismo nos adjudicábamos lo bueno de las viejas épocas. Sabíamos, por ejemplo, que la primera materia del Progreso es el hombre, y nosotros teníamos ejemplares admirables en la Historia. A Goethe oponíamos el Cid, lo cual

no es tan imbécil como puede suponerse. Nuestro suelo y subsuelo eran los más ricos del mundo, y testimonio de ello daban los extranjeros que venían por las primeras materias. Los jóvenes vivían en Jauja; podían dedicarse, si lo tenían por conveniente, á buscar recomendaciones, única manera de triunfar en cualquier oposición ó trabajo. Cuando llegó la guerra, traída, provocada y preconizada por nosotros mismos, todos los valores, ficticios, todos los falsos asignados de la cultura, hicieron explosión. Norte América era un repugnante tío Sam, un cerdo gigante. Nuestro león le destrozaba. Nuestros cañones y barcos disparaban y maniobraban con tal precisión y eficacia, que sin salir de los puertos españoles incendiaban Wáshington, Nueva York y San Francisco. Los caricaturistas, interpretando el espíritu nacional convulso por los pasodobles, metían cerdos en máquinas de los mataderos de Chicago y los hacían salir convertidos en soldados yanquis. En el Parlamento se discutían de antemano las condiciones que generosamente habíamos de imponer á los vencidos, y tasábamos la sangre española á millón de dólares por kilo. La muchedumbre salida de la Plaza de toros descolgaba el escudo norteamericano de la Embajada y hacía pedazos las cuarenta y nueve estrellas del Reino unido, el águila y las barras rojas. Veíais diseños tácticos en que se probaba con cálculos, triangulaciones y croquis que un barco vale más por la gente que lo tripula que por las millas que anda, el radio de acción ofensiva y el coeficiente de resistencia. La nota del secretario de Estado de los yanquis fué tomada á broma; era, realmente, una ofensa bárbara creer que nosotros, que habíamos descubierto América, éramos incapaces de dominarla, y á los cañones del *Iowa* oponíamos la

armadura de Hernán Cortés. Los sacerdotes nos decían que el Dios de los Ejércitos estaba de nuestra parte. Quien se oponía á este contubernio horrible de la ignorancia ó la decrepitud, era tachado de loco, antipatriota y reo de lesa patria. En efecto, la noticia de la catástrofe nos cogió en el jolgorio. Recibimos en las Plazas de toros estas agradables nuevas: que nuestras escuadras yacían deshechas, sin casi disparar un proyectil, en el fondo de los mares; que nuestros marinos vivos estaban prisioneros, y los soldados sitiados; que nuestro entusiasmo agresivo, imprevisor y canalla había caído en una vulgar ratonera. Entonces sucedió que no sucedió nada. Nuestra incultura era tan honda, que el balance del desastre acusó la descomposición total. No es que nos infectara y disgregara la hecatombe; fué que Cavite y Santiago de Cuba descubrieron á nuestros propios ojos que no éramos sino un fantasma, un *coco* histórico, la sombra de un pueblo que consumió sus energías en obligar á Europa á un retroceso constante. Y mientras los indígenas gesticulaban, pintando campamentos con vino; mientras los mismos causantes de las derrotas discurseaban para explicarse lo inexplicable, un hombre de genio, un hombre silencioso, trabajador, cauto, avisado, sobrio y entero, lloraba de vergüenza y confusión sobre los grandes libros suyos, que, leídos á tiempo, hubieran evitado la hecatombe.

II.—La lógica del absurdo y el Cabo de las Tormentas

Figuraos una cabeza cuadrada, magnífica y perfecta; un cráneo de una fortaleza ideal, de líneas justas, severas y absolutamente científicas. Figuraos más; un rostro altivo, de masculinidad incomparable, de expresión ruda de macho. Sin otra guía que el criterio impresionista de Sergi podéis, evocando en la memoria su retrato, juzgar por vosotros mismos. Predominio del cráneo sobre la cara. Anchura biyugal, bizigomática y altura nasoalveolar, de una justeza sorprendente. Amplitud majestuosa de la glabela. Sobre un cuello de toro, la casi ninguna proyección de los cóndilos del occipital. Frente vasta, sin bolsas de curva de amplio radio bajo el pelo abundante y recio. Vertex admirable, lejos del bregma. Las tres grandes curvas que pasan por aquí, el ofrio y el obelio, fundidas en una sola, sin oscilaciones que determinen escafocefalias ni depresiones. Se presume examinando aquella cabeza de líneas purísimas, de encéfalo esferoidal, de rasgos simples, que la evolución cerebral llegó á su término muy pronto bajo aquel cráneo, y que la sinostosis de la lambdoidea se ha verificado con rapidez inusitada. Cubre el maxilar tupida barba cortada en dos. Las cejas son espesas; la nariz recta, grande y brusca; los labios de una dulce energía. Se han dado en esta cara cita todos los sentimientos aragoneses. Es una cara ruda, noble, viril y cariñosa. La frente es serena; la mirada, audacísima; las mejillas, de una amplia

bondad, de una traza franca, de una musculosa simetría. La carne del cuello poderoso se apodera del menton, como constriñendo un poco la soberbia de la voluntad. Aquel espíritu ha realizado el prodigio de hacer á su semejanza las ventanas de los sentidos, y si miráis la cara de Costa sin prejuicios comprenderéis de qué manera tan sutil, tan noble, tan generosa, el alma atesorada dentro del cráneo por años de estudio flota, resbala, se desliza, envuelve y matiza la expresión facial. Mira con fijeza bravía, con odio á un no sé qué lejano presente en su ideal. Enhiesta su cabeza como si aspirara un aire fétido que hubiese de estudiar. Sus orejas son una maravilla; se comprende observándolas que la Historia pudiera inspirarle sus secretos. De esta cabeza, que España no olvidará jamás, salió el 98 un grito, uno de aquellos gritos que los almogávares invencibles daban en la soledad de las montañas bravas de Huesca, tan parecidas á las de Escocia. El grito se escuchó, y nos salvamos.

El pueblo ama de Costa su cerebro; los intelectuales su corazón. Precisamente, lo que les falta. El pueblo no estaba preparado á entenderle, ni los intelectuales á sentirle. El lo comprendió, y como no podía callarse, porque callarse era un horrendo crimen social, se dedicó á vulgarizar él mismo sus propias enseñanzas, sus difíciles conquistas y descubrimientos. Sabiendo que en España no hay buenos propagandistas, porque nadie quiere ser discípulo de nadie; sabiendo que en España nadie debe pedir la ayuda espiritual de nadie, porque el espíritu nacional de independencia pasó íntegro á sus individuos, él hizo un esfuerzo colosal, un esfuerzo cardíaco. Empapó en la ardiente sangre de sus venas las ideas, y les dió el relieve de la predicación. El, que había diagnosticado el mal de la

raza con la palabra glosofobia, buscó en las masas orejas y ojos, y les habló á los ojos y les rugió en las orejas. Sintió con placer infinito que era oído con agrado. El pueblo se admiraba, regocijado de crear en sus postrimerías, cuando le creían agotado, un hombre semejante. Los intelectuales se dedicaron á revisar más despacio la biblioteca de aquel apóstol barbado, de complexión hercúlea, que hablaba como un gañán, pensaba como un filósofo y sentía como un misionero. No se explicaban los intelectuales que el hombre polígrafo, el rebuscador impenitente del dato concreto, el espíritu empolvado con la pelusa y tamo de los libros viejos pusiérase en la calle á hablar en voz alta. La crítica de sus teorías fué fácil obra. Es siempre fácil darse cuenta de lo verdadero. Lo difícil fué entender cómo aquellas teorías científicas se pulverizaban en la criba del amor patriótico, y descendían sobre el pobre populacho, anarquizante é ignorante, en forma de lluvia fecunda. El *Ego pluam vobis panes* de la *Biblia* se realizó, y Costa pudo decir: «Haré llover sobre vosotros pan.» Realizóse también el adagio egipcio que contó Máspero: «Echa tu pan á las aguas; ellas te lo devolverán.»

Fué un trabajo titánico acoplar al genio descompuesto de la estirpe el genio matemático de Europa. Lo consiguió. España se ha distanciado de Europa cuanto le ha sido posible. Ha tenido á Europa el odio incomprensible que Francia tiene á Alemania y por las mismas causas. Sin duda que se nos han indigestado el tratado de Westfalia, la paz de las Damas, las palizas del príncipe de Orange y la batalla de Rocroy. Sin duda que no olvidamos que Europa nos arrojó de los lugares conquistados. No pudiendo cobrarnos la revancha ni con el Pacto de Familia, viendo en el mismo

suelo al soldado extranjero, separado Portugal, independientes las Repúblicas americanas, autónomas las colonias, fracasado el sueño de Isabel la Católica en Africa, nos retraímos en la valva como moluscos. En este retraimiento, verdadero letargo de oso polar, nos alimentamos de nosotros mismos, devoramos en la combustión interna la economía de las leyendas; los grandes polígrafos iberolatinos é iberogodos; los héroes de la Reconquista; los cruzados de Roger de Lauria y Roger de Flor; los dos nervios de nuestro siglo XIII, D. Jaime el Conquistador y Fernando el Santo; la Córdoba de Abderramán III y el Santiago de Compostela de las peregrinaciones europeas; el Ordenamiento de las Cortes de León en 1188; la proclamación de don Pedro de Atares; las obras del rey Sabio; las Cortes de Zaragoza de 1348; los habilitadores y procuradores en Cortes; el Fuero viejo de Castilla; el siglo literario de Juan II; el Justicia mayor de Aragón; el levantamiento de los siervos en el siglo XIII; la rebelión de los solariegos de Castilla en el siglo XII; el alzamiento de los pecheros de Navarra y el de los payeses de *remènça* de Cataluña en el siglo XV; las Comunidades de Castilla; las Germanías de Valencia; las Cofradías; el genio de Cisneros; los Colegios de Salamanca; los conquistadores de Indias; las novelas picarescas; el genio de los constructores de catedrales; la energía del procurador de Burgos; Cervantes, Velázquez, Calderón; las guerras de Italia; las campañas del duque de Alba; los Compromisos; el 19 de Septiembre de 1789; los hombres de Carlos III. Joaquín Costa realizó el doble prodigio de fijar la verdad de estos sueños, de amplificarlos y robustecerlos; pero al mismo tiempo, de predicar cómo nos enervaban, cómo producían en el organismo de la nación el sopor

de la esterilidad, condenándonos á una pasividad mortal, á una monomanía de sanatorios, sordos al clima agresor, negados á las leyes fatales de la Geografía, inútiles para transformar la Geología en primeras materias y éstas en potentísimos negocios industriales; reacios á ensueños científicos que crean la maquinaria, el abaratamiento de las subsistencias y el embrión de una ética nacional que lleva al gobierno del pueblo por el pueblo, de una moral que crea espíritus cívicos de prodigiosa, sencilla y solemne grandeza. Extrajo la lógica que había en nuestro absurdo popular y legendario, y de un golpe de timón nos empujó lejos del Cabo de las Tormentas de nuestro orgullo, de ese promontorio imponente que nunca quisimos transgredir por cobardía, por miedo, por impericia, por amor propio.

III.—Aventuras de un español en España

El que deseara encasillar en el número de los grandes sociólogos universales á Joaquín Costa, había de buscar su equivalente entre Tarde y Grave. Entre nosotros es único. Aranda, Floridablanca, Cabarrús, Jovellanos, Campomanes y él. En los hombres de la Constitución de 1812 hay talentos que se le parecen; entre los hombres de la Revolución nadie le ha igualado; entre nosotros nadie le ha superado todavía. El espíritu de Europa le reveló su eficacia con una sencillez que maravilla. Nuestros grandes hombres del siglo XIX tenían de Europa un concepto romántico. Veían á Europa á través de las obras de Víctor Hugo. Sentían á

Europa á través de la Revolución francesa. Todos hablaron antes que él del genio europeo, y sin embargo, ninguno sintetizó como él en qué consistía y de qué modo habíamos de incorporarnos á la europeización. Mientras los demás nos legaron tomos y más tomos de síntesis de siglos é himnos á la Civilización y fórmulas líricas de Progreso, él buscó la manera práctica y viable de que diéramos de lado á nuestros odios extranjeros y rencillas domésticas. Mientras los demás consumían su vida y su genio en grandilocuentes discursos al genio inmarcesible de la Europa que deseaban imponer, él no habló sino de los procedimientos, cuidando muy bien de no adular á una raza que ofrecía todos los síntomas de la degeneración, y evitando con tacto sublime y patriótico que la regeneración arrollara caracteres, obras, hechos, actos é ideas admirables, propiedad y fruto nuestros. Europeo sin que nadie pueda ostentar con mayor derecho este título, entiende y define á España como nación, sin más privilegios divinos ó humanos que otras, pero también sin menos que otras. Dotado de este espíritu europeo, que es análisis y es síntesis, no bien adquiere una de las mayores culturas que hombre alguno haya poseído, se dedica á escuadriñar nuestro tesoro cívico con tal ardor, que sólo tiene parangón, en el literario, con la fe y el tesón de D. Marcelino. Descubre y adapta. Aquella reflexión suya es como un laboratorio, en el que su portentoso corazón no se satisface con el descubrimiento, sino que persigue y consigue su inmediata aplicación. Puede seguirse en sus obras la estela de su intención, sin miedo á perderse ó á ofuscarse. He aquí una muestra; he aquí cómo trabajaba el coloso de alma de niño y corazón de león. El mismo dice en su libro *La libertad civil y*

el Congreso de jurisconsultos aragoneses: «Representaos la nación española como un inmenso, gigantesco cuerpo tendido entre el Pirineo y Calpe, entre el Océano y el Mediterráneo; analizadlo con el escalpelo de la razón; haced la autopsia de ese organismo vastísimo; mirad cómo sus facultades y potencias están distribuídas por él al modo de funciones fisiológicas en el cuerpo humano...» Y representándose así su patria, oficia de cirujano de hierro. Traza su anatomía ósea en Cyranis, Cerne y Esperia, las *Islas Lybicas;* describe su tejido sanguíneo en sus *Estudios ibéricos;* pinta sus nervios en la *Poesía popular española* y *Mitología y literatura celtohispanas;* dibuja su atlas muscular en *Plan de una Historia del Derecho español en la antigüedad;* deduce el fenómeno de su funcionamiento en el *Derecho consuetudinario* y *Economía popular en España, Derecho consuetudinario del Alto Aragón, Materiales para el estudio del Derecho municipal consuetudinario de España* y *Colectivismo agrario en España;* explica las leyes de relaciones externas y su patología política en *Teoría del hecho jurídico, individual y social,* en *Estudios jurídicos y políticos, Oligarquía y caciquismo* y el *Problema de la ignorancia del Derecho y sus relaciones con el estatus individual, el referendum y la costumbre.*

Así entendida el alma de su patria, encuentra en ella misma una organización privilegiada, de la cual es fenómeno grandioso su supervivencia milagrosa á través de sus errores atroces. El halla la ley de nuestras desgracias, encuentra que ideamos grandes cosas y no ejecutamos nada. Profundizando en esa ley-abismo, inventa la política hidráulica. No falta a España voluntad, falta el agua. Nuestra espléndida orografía, nuestra hidrografía admira-

ble, se han despreciado siempre, y crea sus *Solaces de política hidráulica*, *Agricultura armónica*, *Proyecto de ley para la formación de un plan general de pantanos y canales de riego*, *El arbolado y el hombre*. Pasma la labor de detalle que ha realizado este hombre solo, su intervención en las Asambleas, su asidua colaboración en periódicos técnicos. Y pasma en mayor modo, porque su obra es una armonía, por decirlo así, artística. Su España es la más grande obra de arte que se haya soñado. He aquí una obra, *Viñas ó cereales;* he aquí otra, *Las alineaciones de calles;* he aquí *Tranvías y ómnibus;* he aquí ahora *Los fideicomisos*. En 1867 dibuja y envía á Huesca un biciclo, el primero que se vió en España; después del 1898 se place en dibujar la España futura con tales rasgos maestros, que un hombre de Estado no habría sino copiarlos. Esta visión del detalle le da el privilegio del dolor, y enferma. El erudito no se enardece, no tiembla, no toma arras en lo que investiga. Costa se consume. En las visiones de conjunto la inteligencia no padece, como no se sienten las ideas generales. El detalle mata. Un árbol seco por el hachazo de un campesino ignorante, un venero de agua que se pierde por no incluir en el presupuesto una cantidad nimia, le exaltan; puéblase su imaginación de los desastres que de estos insignificantes abandonos se suceden; ruge, llora, legisla, habla y sufre. Antes de Costa se concebía el culto solitario á las ideas; después de Costa se concibe que la idea-fuerza consuma una existencia en su propio fuego. La simultaneidad es un don. Así como Víctor Hugo poseía la cualidad de las antítesis poéticas, Costa crea las políticas, y algunas se han hecho tan merecidamente famosas, que el pueblo las ha sumado á su tesoro de adagios y romances; tesoro

del que tantas veces extrajo Costa leyes y causas finales. Tiene tal rapidez de percepción, tal prontitud de consciencia, tal velocidad en el juicio, que sus discursos, no más largos que sus obras, encierran cuanto es posible soñar y apetecer por la adorada patria. El no hubiera salido como nuevo caballero andante por España sin el fatal 98. Pero ya en la liza, no quiere callar; dice la verdad y espanta. España podría, á quererlo, tener su República propia, su socialismo propio, su agricultura peculiar. Todo esto lo soterró, como un cataclismo geológico los terrenos carboníferos, la pereza, la confianza en la Providencia, el abandono en brazos de una santificación barata que espera todos los días el cuervo de San Antonio Abad. El que había nada menos que sacado de la idea social *Cid* una civilización y un sistema, como Menéndez y Pidal más tarde, manda con voz inmortal cerrar el sepulcro de las Huelgas con siete llaves. El pasado luminoso aturde á los pueblos pobres de sangre roja, que comen poco. Se le ocurre que la mitad de los españoles se acuestan sin cenar, y llora, y brama, y pide que no se atienda al pasado. El pasado son los gastos de representación, el colonismo, las escuadras. Grita que vivimos en el siglo XV estratificados. Pugna por que le entiendan, por que le hagan caso. No quiere fracasar. Su mentalidad profunda no se aviene á idear proyectos y medios que han de perecer como las ideas de los ministros que él describe para escarnio. Y no necesitando de nadie, viviendo como un sabio antiguo de su propio trabajo, rehuyendo significaciones sociales que atan como cordeles, peregrina por España, habla, lee, perora, grita, escribe, anatematiza, obra, cree, crea y llora.

IV.—Crítica de la idea "sacrificio" en España

Ha dicho Goethe: «El espíritu humano camina en espiral.» Joaquín Costa unía en la vertical de su conducta los dos polos de esa espiral. Sabía cuanto Europa sabe y conocía demasiado bien á su patria para no amarla. Toda su vida espléndida de arte y de estudio luchó entre las meditaciones de gabinete, que agotan, y las predicaciones, que laceran. El libro fatiga, la muchedumbre fascina. Preciso es ir á revelar al pueblo lo que los libros dicen, puesto que el pueblo no va á los libros, puesto que los libros por sí solos no son otra cosa que un remedio en potencia. Hacer, componer, idear libros profundos ó bellos, ¿no es la parte primera de una regla de conducta? ¿No extraña en sí misma la idea su realización? ¿No es pobre, no acusa inopia de entendimiento satisfacerse con el alumbramiento de un raciocinio que ha de necesitar nuevos ingenios para darle la segunda vida, la más preciada, la de su infusión en la carne y sangre de la realidad? Joaquín Costa debió entenderlo así, y por ello se hizo digno de la corona cívica de las hojas de roble que hoy entretejemos para él. Su sacrificio fué europeo, como su inteligencia. Nosotros entendíamos por sacrificio la buena voluntad, y la buena voluntad es una malísima arma de combate. Con una buena voluntad los Gobiernos y los reyes, sucediéndose, nos condujeron á la ruina. Con muy buena voluntad nuestros homúnculos de Estado han aglomerado espantosos sedimentos históricos sobre

las ideas, que como joyas arcaicas ha ido desenterrando el genio humano de Costa. Tal vez la Sociología contemporánea no deba á Costa ningun descubrimiento genial; pero España le debe todo. Los intelectuales modernos se amamantaron en sus libros, ubres de la abundancia. España deberá siempre al coloso su salvación. Porque no deteniéndose en la buena voluntad estudió. Porque no detenién dose en el estudio puro sistematizado por la disciplina mental europea, salió á la calle, pregonó el civismo, socializó las cuestiones, les dió unidad, las resolvió en principio, las impuso con la constancia, las simplificó, las rodeó de la aureola del martirio y se escondió en su propia humildad.

La idea *sacrificio* es muy débil en España. Sacrificarse es, traducido al temperamento español, querer hacer. En Europa es hacer, llevar á cabo, realizar, imponer por la voluntad una solución verdadera, efectiva y oportuna. Por todo esto Joaquín Costa será inmortal y único. Le debemos ideas fundamentales, magníficamente desglosadas de un plan primordial concebido con genio. Le debemos no haber callado cuando el miedo cerraba las bocas de las medianias. Le debemos haber sido el Fichte nuestro, el maestro de todos. Le debemos haberse conservado siempre español, puro y patriota. Le debemos no haber transigido nunca con el régimen, cuya voz de ocarina sonó siempre en su mismo lecho de muerte. Le debemos haberse sumado á nuestro partido republicano en días angustiosos para él. Le debemos haber sido un santo laico, un San Francisco con el cerebro de Diderot. Le debemos una esperanza, un ideal, una promesa, una antorcha.

Y ahora, jóvenes, encerrad su osamenta en caja de acero. Meted el féretro en un panteón magnifico.

Reuníos en torno de sus obras, y ved si es posible que nuestra patria se regenere en las ideas del gigante. Sin odios, sin envidias, sin vanidades, ved si es posible que nos entendamos. La unidad italiana se hizo al sonido de la palabra Verdi. Costa puede ser nuestro lábaro. Dejémonos de llorarle y veamos si el espíritu del león renace de sus cenizas venerables.

XXVIII

El "Lagartijo„ de Julio Antonio

En presencia de la cuna, todas las pasiones callan. Ante el genio, la inteligencia más severa concede un armisticio. Cuando nació la infanta Margarita yo me incliné cerca de su cuna y le pedí la vida de los reos de Cullera. Hoy quiero rogar al Ateneo que levante la estatua de *Lagartijo* en el paseo del Gran Capitán, en Córdoba. Todos los artistas, España entera, debe contraer esta deuda con alegría. Es la ofrenda al genio de un joven. Es algo más: el principio del fin.

El día en que esa estatua se alce bajo el sol de Andalucía, podremos asegurar que el flamenquismo tiene su Panteón. Ante la estatua de ese lidiador maldeciremos los ciento cincuenta años de reinado del heroísmo español y lo sepultaremos allí. Julio Antonio ha concebido esa estatua buscando la personificación del genio de la estirpe. El, que ha creado el cráneo del hombre de la Mancha, ha estudiado la cabeza de *Lagartijo* y ha encontrado en ella la de nuestro pueblo. Vestid á *Lagartijo* de soldado, y perdería las colonias; pero estaría en ellas doce años luchando con los elementos, con el imposible y contra su ignorancia. En esa cara de celtíbero, de guerrillero de Istolacio, hay la man-

dibula de la energía, la nariz de la audacia, los labios de la voluntad, los ojos de la nobleza, la frente de la fuerza, el cuello de la servidumbre, el menton de la resistencia, los pómulos de la sobriedad; no hay inteligencia bajo ese cráneo, que, sin embargo, es dolicocéfalo, perfecto. En esa armonía de líneas no hay luz. En esa expresión irreprochable no hay talento. El ángulo de Camper y el occipital de Danverton dan en ella su medida exacta, y no obstante es la cabeza de un siervo. No es un «sensitivo» de Fouillé, ni un «emotivo» de Bain, ni un «exclusivo» de Lévy; pero es un cliente de Oddi y Burdach. Es la cabeza de un presidiario, de un héroe, de un descubridor, de un aventurero, de un político de genio, de un minero californiano; y como no es estas cosas, es un español, un flamenco, cierta especie de todo en nada, el sí y el no en la incapacidad absoluta. Fijaos bien y creeréis que es el busto de César. Entornad un poco los ojos y recordaréis el *Napoleón* de Canova. Tiene de ellos la mascarilla, y por eso es siniestro. Al sabio le espanta; á la multitud la amedrenta; al hombre de ciencia le hace pensar; al pueblo le subyuga. Es, sin duda, un valor; pero un valor falso. El cerebro que hay debajo de esas facciones inexorables tomaría al asalto un reducto y ni apenas sabe expresarse. Despide ese rostro bondad, una placidez necia; no es originada por la meditación, y esa cara medita. No puede reflexionar, y parece que investiga. La mansedumbre que ofrece no es efecto de la conciencia de las cosas; sabe que lo ignora todo, es una clase de renuncia expresada con humildad plebeya; mas miradle atentamente; los rasgos de esta fisonomía, dicen lo contrario. Hay allí el vaso, no la esencia.

¿Por qué? Porque así es España. Ese hombre es

nuestro pueblo, nuestro símbolo, nuestra persona representativa. Quiere y no puede. Posee voluntad de hierro, y como está ineducada, se refracta, se quiebra, deriva al vicio, se vicia. Mata un toro porque no puede vencer un obstáculo. Emplea su energía toreando, porque ignora en qué emplearla. Es bueno porque no puede ser malo. ¿No es así nuestro pueblo? Es un hijo del sol y de la pereza. Su sangre, ebria de luz, es brutal, áspera, grosera. No sabe el valor justo de la sangre, y la derrama. Para él esa sangre se forma en el corazón, con el único objeto de hinchar la femoral. Brown-Séquard ha dicho (*Comptes rendus de la Soc. de Biologie*, página 420): «A mayor actividad de las glándulas testiculares se sigue una pujanza proporcional de los centros nerviosos.» Y suya es la idea de reforzar la actividad cerebral con inyecciones de substancia testicular. En la cara de ese hombre contempláis una formidable energía nerviosa. Pudiendo ser genial, es histérica. Debiendo ser creadora, se agota en sí misma. Observadle sin odio; una graciosa simpatía le hace interesante, digno de estudio, atrae: se comprende que un hombre así alcance la más inaudita popularidad. Es impulsivo porque tenía del peligro este concepto: «¿Y qué?» Es audaz, porque tiene del valor esta idea: «O yo ó él.» Es un hombre, no es Hombre Si le demostraran que el toreo engendra el flamenquismo, la locura social más grande que se conoce, admiraría de todo corazón al que se lo dijere y afirmaría al oído de su banderillero: «Eze hombre e un sabio.»

Julio Antonio ha estudiado eso en esa dura cara y amasó en el barro un Pueblo. Los griegos elevaban dentro de sus ciudades las imágenes de sus púgiles. Cuando hoy las contemplamos, nos encanta su belleza física; pero nos asombra su inexplica-

ble serenidad. Recordad estas tres maravillas: el *Apolo,* del Museo de Olimpia; el *Diadoumenos,* de Polícleto; el *Discóbolo,* de Alcamenes. Recordad también el *Idolino,* del Museo Arqueológico de Florencia, y el *Orestes,* del grupo *Electra,* del Museo Nacional de Nápoles. ¿Cómo explicarnos su desnudez tranquila, su impudor inconsciente, su actitud de excelsa modestia? Eran idolatrados. Píndaro les dedicó epodos inmortales. Su aplomo irrita; enfada su inconmovible sencillez. No entendían los elogios, no los sentían. Julio Antonio, al encontrarse con la dificultad de un cuerpo que tiene alma, le dió la griega. El cuerpo de este *Lagartijo* es un acierto, un prodigio escultórico. El peligro de un traje que no es bello, el obstáculo de las lentejuelas, los alamares, las borlas, la pasamanería gitanesca fué salvado genialmente. Como no podía prescindir de él, lo sutilizó, lo hizo diáfano, lo pegó á la carne como una nueva piel, lo hizo lo menos traje posible, le apagó las luces, transparentó la carne torera.

El torero no es un atleta; la Gimnasia no le debe un movimiento ordenado ni un sistema. El lidiador no posee el músculo. A cambio de eso el lidiador tiene carne elástica, móvil, dúctil: una carne imperativa, de arrogancia movediza, algo funambulesca; una carne pomposa, apta para la prestancia, el engallamiento y las fantasías. La pretendida elegancia del torero es vertical. Los movimientos del lidiador ideal han de ser geométricos. Julio Antonio resolvió el problema de un modo admirable: dió á la esbeltez andaluza la gracia helena, el divino paralelismo de las cariátides. Esa fijeza que se pide al torero ante la muerte está aquí representada substancialmente. Es la fijeza hábil, es la inmovilidad premeditada, es la ilusión del quiebro, del cuarteo y del lance. El cuerpo

y la cara no se contradicen. Documento eterno de una pasión que arrasó una raza, muestra el mal en todo su esplendor. Somos así. Es así nuestro pueblo. Elevando esa efigie nos veremos tal cual nos hizo el flamenquismo. Bien ceñida la capa en los riñones, mostraremos en esa apostura ficticia, en esa petulancia gentil las cosas grandes que con la capa hicimos. Tal capa es un poema. Sin ella no hay toreo. Es el engaño. De la plaza de toros salió á la calle el abordar las cuestiones capeándolas, el eludir los estudios con quiebros, el cuartear las dificultades. El escultor no podía prescindir de la capa, y fué afortunado colocándola así, velando un poco la vulgaridad de las piernas embragadas, de las pantorrillas con medias. Al mismo tiempo, ¡con qué aire de clásica bizarría emerge el torso de ella, formando parte de ella, desprendiéndose de la tela como si fuera su espíritu!...

Un hombre de casta, sobrio, imperativo, audaz, hueco, sin espíritu, por cuya médula el genio austero del pueblo corría en descargas nerviosas, de quien hizo la raza su personificación, cuyo estoque fué á parar á una panoplia en el palacio imperial de Berlín. Un hombre rudo, que el pueblo adoró hasta el delirio, congregándose en torno de él como de un salvador, usurpando la popularidad, el interés y la confianza bastantes para hacer de un hombre de talento un Bismarck. Un hombre sin fe, sin ideales, tosco, de cuya bravura la estirpe hizo una epopeya y un sistema de vida hasta ahogarse en ella. Este hombre merece esa estatua. Es una estatua aflictiva, que nos hará bajar los ojos avergonzados. Es una efigie ante la cual haremos el inventario de nuestras desdichas. El único personaje de la raza que desconoció Cervantes. ¿Quién no ve en ese ídolo el embrión de una obra colosal?

¿Cuál es el artista que no ve en la torería, en la afición, en esas trescientas noventa y seis plazas de toros la síntesis de una raza degenerada, convulsa, que ve hoy gigantes en los toros como ayer los vió en los Molinos de Esquivias?

Anasagasti, tan joven como Julio Antonio, vale tanto como Alex Kok. Julio Antonio, superior á todos nuestros escultores, sin exceptuar uno, vale tanto como Wats, Begas y Kouti. Hildebrand le admiraría. Posee la serenidad de Luis Tuailou; el sentido humano de la concepción como Alfredo Gilbert; la refinada sensualidad de lord Leighton. Su primitivismo tiene la fuerza de Legrós y su modernismo toda la sugestión y la abundancia de Stevens. ¿A quién se parece? A nadie. Recuerda al Verrocchio, á Desiderio da Cettignano, al Donatello. Para buscarle su antepasado, hay que imaginarse quién es el autor de aquellos dos bustos, *Catón* y *Porcia,* del Museo Capitolino en Roma. Pues tal joven, humildísimo, solitario, no ha sabido concebir, en honor de nuestra raza maldita, otra estatua que ese *Lagartijo;* no ha encontrado otra encarnación actual de nuestra incultura, de esos miserables ideales de lidia, amargos para quien medita en ellos y encuentra delicados anhelos de valor y energía, trocados por obra de la degeneración en lides taurinas como en las hermosas y graves facciones de este *Lagartijo,* el alma se retracta y aparece estéril, vana, ruda, en una deplorable miseria de grandezas fingidas.

¿Tenemos en la raza un *Mercurio,* de Rodin; un *Mefistófeles,* de Autokolski; un *Tason,* de Thorvaldsen; un *Joven,* de Vishert? Tenemos toreros. En ellos se personifica la juventud española. Julio Antonio ha ido á encontrarla, y nos ofrece su hallazgo. Bien venido sea. El trae un presente egregio que

crea una gran deuda entre nosotros. ¿Qué culpa tiene él de que nosotros seamos así, como él nos ha visto en su *Lagartijo*?

Así somos. Pero así no seremos. La voluntad, la energía y la audacia tomarán otro rumbo que el toreo. Enterraremos el flamenquismo, haciéndole magníficos funerales por las desgracias que causó, inconsciente de que las causaba. Y ante esa estatua que elevaremos en Córdoba haremos profesión de fe europea y ofrendaremos á la Civilización, como en holocausto de nuestros errores, ese vicio indigno, repugnante, filtración de las miserias de otros tiempos. Bien venida sea esa estatua, y que no sea más que esa.

XXIX

Las salinas de Torrevieja

Torrevieja es una ciudad bella, rara y pobre. Debía ser riquísima, pero el Estado ha querido lo contrario. Se alza en las riberas mismas del mar y en los bordes de una gran laguna. La ciénaga produce sal, y la sal no es de la ciudad; el mar no tiene puerto y causa las catástrofes que quiere. La Compañía arrendataria de las salinas posee en Ibiza otras y explota éstas para librarse de una temible competencia. Las salinas de Santa Pola y San Pedro del Pinatar venden más barato. La ciudad, que ha optado por cruzarse de brazos ante sus miserias, no tiene término municipal, estando, por lo tanto, fuera de la ley. La ciudad, que ha salido de la laguna, no posee jurisdicción definida y la ciénaga se extiende en tierras de Orihuela. Por si esto era poco, los terremotos han reducido las casas á un solo piso; si llueve se pier de la cosecha, y 1.500 hombres se quedan sin trabajo. Podríase extraer de la sal el cloruro de sodio, el bromo y el yodo; sin embargo, no se hace. Hay 10.000 toneladas de barcos en la matrícula, 100 buques pequeños y 200 de pesca; un dique de 20 metros, que ha hecho ricos á sus propietarios, atiende á este enorme trabajo. Sucede con frecuencia

que los marinos llegan á sus casas después de seis meses de navegación; salta el Levante y es necesario reembarcar, porque el barco peligra. No obstante, parece ser que hay muchas razones para no trazar la escollera de contención; he aquí una de ellas, Alicante. Los productos de la espléndida huerta murciana tienen salida por aquí, y las ciudades se envidian, como los individuos. La sal se embarca en grandes gabarras primitivas; los *docks* deberían llegar hasta el costado de los barcos, pero esto tiene el grave inconveniente de que es más europeo y facilita la exportación, lo cual es muy enojoso. Cuando el Estado explotaba las salinas el negocio era un fracaso continuo; hay, pues, un progreso notorio en la actual manera de gobernarlas. Los obreros extraen sal en cantidad de 3 500.000 quintales métricos, de los que la Compañía exporta dos millones y medio. El Estado recibe el 80 por 100 de utilidades, un canon anual de 60.000 pesetas, y abona 37 céntimos en concepto de elaboración por cada 100 kilos. De este arriendo ideal resulta que terminado el plazo del contrato, el Estado pagará á la Compañía las existencias en almacén. El obrero inteligente que meditara en tales cosas podría consolarse pensando que faltan aún diez ó doce años para su término legal. En este caso el obrero es la ciudad y no tiene por qué deplorarlo, pues vive de ello. Torrevieja, á merced de los caprichos del mar, de las sacudidas sísmicas, de la cosecha normal de la ciénaga, vive, y no es poco. El verano la salva. En la canícula unos miles de forasteros se pasean por aquellas calles rectas, trazadas á cordel sobre un tablero de «damas». Ahora bien; si Torrevieja no se alzara en territorio español sería una ciudad admirable, un puerto de primer orden al amparo del Cabo de Palos, una

fábrica inmensa de sal, la más barata y la mejor del mundo, y un centro de producción de las materias que integran la sal. Como Torrevieja es española, ha de procurar vivir como pueda, arrastrándose á los pies de la Compañía explotadora y viendo todos los años naufragar unos cuantos barcos en las arenas mismas de la playa.

Esta noche daré una conferencia en el Gran Teatro, cedido para esa labor cultural. Aprovecho el tiempo, como es mi costumbre en todas las ciudades por las que peregrino, y visito la laguna famosa Las chimeneas de los trómeles emergen humeantes entre blanquísimos cerros de sal, y se oye el ruido isócrono y desapacible del malacate. Una alfombra finísima de sal tamiza las cercanías. Los bloques se yerguen en montones de setenta y ochenta mil toneladas, simétricamente modelados, como si se tratara de una masa blanda. Nada menos exacto. Aquellas montañas, en forma de taludes, son duras, y á veces preciso es volatilizarlas con barrenos. Veo hacer en una de ellas esta operación. En el extremo de otro montón formidable, de más de cien mil toneladas, los obreros extraen la sal con picos. El sol se descompone en el cristal de la sal, y sus granulaciones y sus grumos irradian ardientes reflejos. La sal lavada, limpia del légamo, triturada, cribada, posee una blancura peculiar, á nada semejante. No puede comparársela con la cal, el yeso, la nieve y la piel del armiño. La sal es un cloruro precipitado, y su blancura es irritante; en partículas, refracta la luz; en masas, aturde su albor. El agua, cristalizada por un descenso brusco de la temperatura, es más fina, no es más blanca. La albura de la sal es de una limpieza mate, densa, pesada. Al mismo tiempo se desprende de ella un resplandor, cier-

ta emanación luminosa, un brillo uniforme que revela su origen. El hielo y el polvo de las carreteras en Agosto pueden dar una idea de esta blancura extraña. A uno y otro lado se hacina la sal en montes de siete á diez metros de altura. Sobre esos montes corren los rieles de las vagonetas. Un canal de dos brazos, perfectamente acondicionado de escalerillas, diques y malecones, surte de sal á los trómeles encargados de su purificación. Como los trabajos de extracción se hallan paralizados, las dos lenguas del canal se encuentran cubiertas de gabarras. Un cable las une; ese cable se adentra en la laguna hasta el lugar de la cosecha. Uno de los montones tiene á manera de un tejado protector para que pueda molerse con facilidad. Centenares de seroncillos al pie de las montañas salinas. Muchos maderos. Un cangilón nuevo, de fortísimas púas ó garras, para limpiar los fondos del estuario, que es, en su máximo, de cuarenta y cinco centímetros. Algunos obreros llenan de sal trenes de vagonetas; trabajan á destajo. Determinados montones tienen un color parduzco, muy sucio, como el hielo pisoteado. Otros son casi rojos. En algunos la sal parece gema hidratada. Hay una explanada cerca de la ciénaga. Las nubes no dejan al sol en paz, y ese juego de luz y sombra perjudica al paisaje. La charca es muy grande, aunque no lo parece; cuatro leguas de perímetro. Al otro lado de la vía del tren luce la albufera de la Mata, que tiene cuatro metros sobre el nivel del mar, mientras que la ciénaga de Torrevieja está bajo él tres metros. Se ha querido hacer entre las dos un canal para que la una sirviera de calentador á la otra; pero eso cuesta dinero antes que produzca, y aunque parezca mentira, en España entregamos el dinero para una obra cuando la obra ha dado de sí

pingües intereses. El mar entra en la laguna por una compuerta sencillísima y una atarjea más sencilla todavía. Embarco. Los obreros mueven la gabarra con perchas. El légamo ó tarquín revuelto da á las aguas un color cárdeno. Se mueven las aguas. El viento es fuerte y molesto. Las orillas se alejan gradualmente, y ya en alta laguna contemplo á mi gusto el paisaje, desolado y tristísimo. Las cercanías de Torrevieja son muy áridas. La huerta de Murcia se detiene en las sierras dentadas del Segura; mas al llegar al Campo de Salinas produce todavía el aceite mejor del mundo. Se distinguen los montes alcores bañados de un matiz morado, las sierras de Callosa, el pezón aislado de Orihuela, y allá, muy lejos, grises en el atardecer de este día nublado, las cañadas bravas de San Pedro y Vistabella. La llanura cae en el mar sin violencia. Las casitas de Torrevieja, los macizos de la sal, las chimeneas, los diques antiguos que el Estado explotaba, los viejos molinos que molían la sal, algunas manchas de árboles, y lejana, muy lejana, la mole del Cabo de Palos. El sol, muy oblicuo, destaca á duras penas estas cosas de la tarde sucia. Cubren el cielo nubarrones y marañas terrosas.

En la ciénaga hay una cosecha de sal tan rica, que sólo es posible recoger de ella una pequeña parte. Sin embargo, todos los cuidados son pocos para que no se pierda. Las ramblas arrastran á la laguna inmundicias y debiera cercarla un malecón, pero no se fabrica. La época del cuaje es la primavera. Precipitándose el cloruro, clarifica el agua. Es necesario que la densidad del agua no sea superior á lo que puede disolver, y á los veinticinco grados se forma el cuaje. La gabarra en que he embarcado marcha sobre un suelo de sal formado

de once capas. Cada una de ellas tiene su matiz, y cada capa ó tonga se eleva sobre pequeñas estalactitas cristalizadas. Para que yo pueda estudiarlo, se meten en el agua los obreros. Dejan sus pértigas de punta de chuzo y se calzan altas polainas de cuero crudo, rematadas en soleas de madera protegida por dos herraduras. A pesar de ello, el salitre les causa en los pies ulceraciones. Quieren sacar una leva diminuta, y trabajan con paletas, la palanca y el osino. Me entregan fragmentos de la inmensa losa de sal que sirve de lecho á la ciénaga. En la época de la recolección, cada golpe de leva es de cincuenta ó sesenta kilos. Me dicen que á los veinticuatro grados se pone el agua roja, sobre todo en las orillas, y se cría el gusano. Este animal, no estudíado al parecer por los zoólogos, es un infusorio de gran tamaño, que los obreros describen como dotado de vida intensa. Paseamos por la laguna, una gran caldera á la que sirve de combustión el clima; una mina de prodigiosa riqueza, en torno de la cual se fundó una ciudad que está en la miseria. El viento frío que mueve en grandes ondas las aguas salobres aleja de mi alma esas ideas penosas que todo buen español sufre cuando ve un error que fácilmente podría convertirse en venero de riqueza urbana. Oigo hablar. Se lamentan de que Torrevieja no tenga puerto, una escollera al menos, que contuviera el Levante. Desde el año 60, que se aprobó el proyecto, esa escollera está en tela de juicio, y los barcos naufragan y Torrevieja es pobre. Las salinas se explotan mal, de mala gana. La Compañía sólo se ha proporcionado un mercado que valga la pena, el de la India. La tarde cae. Y con ella, una ilusión más. ¿Cuál es el destino de esta pobre patria nuestra, que es incapaz de explotar sus propias riquezas, y

cuando lo verifica lo hace mal, sin ciencia, sin grandeza, sin provecho y sin entusiasmo? ¿Qué género de arrendamientos son esos en los que el Estado, propietario del filón inagotable, garantiza las existencias elaboradas si no se venden, con lo que la Compañía venderá ó no, si la viene en gana? Oigo lamentarse, y este corazón que no se enmienda, que cree en España todavía, se cierra al pesísimo y se distrae con la poesía del crepúsculo, con la belleza árida y brusca del lugar. Luego visito los almacenes, los talleres, la maquinaria, los *docks* de embarque. Silban las pequeñas locomotoras de las vagonetas. He de hablar esta noche del cadáver de España, y no sé si me atreveré á gritar en el teatro que, aunque se emplearan los tres millones de toneladas de sal que hay aquí de existencias en conservar el cadáver de la patria, ese amado cadáver se corromperá irremediablemente.

XXX

Yecla la sedienta

> Cuanto más profundamente estemos penetrados de nuestra ignorancia, tanto más nos aproximaremos á la verdad misma.
>
> (Nicolás de Cues, cardenal del siglo XV.)

Mi pobre madre peregrinó por estos sitios. Humildísima criada, estuvo al servicio de unos ricos cuyos descendientes han hecho todo lo posible por hacerme muy difícil la estancia en Yecla. Sin embargo, el pueblo lo ha impedido, y el fantasma negro dominador ha presenciado cómo besaba mis manos la gente del campo. Yecla es un gran pueblo, tan admirablemente discutido, geográficamente tan bien colocado, que extraña su pobreza. Aquí, desde el punto de mira que los ingenieros del Estado, han construído sobre el monte, se observa la estéril grandeza de esta ciudad, su inapreciable situación en el mapa, las desoladas campiñas á que debe su vida arrastrada. He subido hasta aquí fácilmente por un camino inmejorable, construído en las piedras del monte. Este camino no existiría si no condujera al santuario de la Patrona. A intervalos regulares se alzan en la carretera mojones,

con su verja y cupulino: son los pasos del Calvario. Encuentro habitaciones perforadas en la peña ó alzadas al borde del camino, cuidadosamente bañadas de pintura azul ó verde. Unas cartelas situadas en declives propios para el cultivo dicen que los niños en la Fiesta del Arbol plantaron aquellos pinos. Ello no está mal; pero acongoja mirar desde aquí el trozo de alameda que resta de aquella vieja estela de olmos, que en número de 80.000 venía desde la traída de aguas. Lejos, se ven grandes manchas de olivares, ruinas de una riqueza espléndida que ya no existe; durante cincuenta años se ha estado quemando leña de olivos. ¡Qué bien conservado el santuario!... Han tenido que fundar los vecinos una Liga para la enseñanza, porque, según creo, sólo hay dos escuelas para veintitantos mil habitantes; no obstante, el Ayuntamiento conserva esta iglesia en un envidiable estado de prosperidad. Arquitectónicamente es un mamarracho, de dos torrecillas rematadas en cupulitas arábigas. Dentro, lo que más admira es la limpieza. Una buena vieja abre el camerino de la Virgen. El icono se yergue en un pedestal estofado de oro y dentro de un fanal en el que no puede entrar una partícula de polvo. Toda la caja de esta joya sentimental es dorada, con un matiz de oro tan fuerte, que irrita y enfada por lo presuntuoso. Como recibe la luz por una lucerna cenital y tiene abierto un panel de vidrio á la nave, la madre de Jesús ofrece al visitante un aspecto teatral y profano, digno de los corazones que tanto dinero se gastan en ello. Algo más vale un Cristo en el sepulcro, y su cripta, de cierto sabor oriental. Husmeo entre unas murallas árabes que el tiempo y los hombres han echado abajo; no me explico de qué endemoniada mixtura hacían los obreros árabes su mampostería, sus

tapias de mortero, su argamasa, su verdugada ó enrases. La visión de Yecla es sugestiva y amplia.

Un sol implacable, un sol que miran estos labradores con malos ojos, derrama sobre el vastísimo pueblo una luz castellana, estival, de una pureza aguda y centelleante. Merced á ella y á pesar de la altura puedo seguir, como en un croquis de guerra, hasta la más insignificante vereda. Yecla flanquea la colina desde la que observo, ensanchándose hacia su promedio como la curva de un pez y subiendo por el cerro un poco. La parte baja de la ciudad tiene sus calles tiradas á cordel en larguísimas rectas; la parte alta las conserva siempre que puede. Es una innumerable sucesión de casitas muy bajas de techos sucios, como amasados en un pedazo de barro, de paredes blanquísimas, manchegas y deslumbradoras. Sobre la parte baja de la infeliz ciudad prisionera del fanatismo reina la mole de una iglesia enorme. No conozco nada más feo, vulgar y corpulento que ese edificio. Levantada en otros cimientos más bellos, esta iglesia formidable reta con destemplanza y sin arte. Sus poderosos contrafuertes, sin belleza, acusan la pobreza de líneas en aquella pedante masa. Su cúpula es una imitación de las cúpulas del Cairo, para más irrisión. Detonan las franjas azules y blancas en espiral, se echa de menos la media luna en la clave de la bóveda musulmana. Uno de los lienzos que se ven ofrece todo el panorama del estilo moderno jesuítico. Por dentro es lo mismo; un vasto salón teatral y vano, que nada dice al espíritu. Sobre la parte alta de la ciudad dominan la torre del Reloj en el Mercado y la torre de la iglesia de San Salvador. Este campanario es muy bello y lo ha sido más en otro tiempo. Tiene dos pisos: el inferior, fuerte y grave á la par; el superior, fuerte y bello á la vez,

abre ocho ventanas de arcos severísimos, traza un friso delicioso con cabezas al relieve, que son un portento de majestad y de gracia, y sobre preciosas mensulillas eleva un balaustre cegado hoy por la ignorancia y la barbarie. Esta balaustrada ideal, cortada por cuatro esbeltísimas conchas, cerca la pirámide de la cúpula, alta, pujante, policroma. La iglesia tiene una arquería diminuta muy hermosa, y en uno de los ángulos maravillosa ventana. A su derecha, y en el llano, las dos torrecillas y la cúpula morada de la iglesia del hospital. Más abajo, el frontis severo de la iglesia franciscana aneja al Colegio de los Escolapios. Hay diez iglesias y capillas más. Me dicen al oído sus nombres y las monjas que las habitan; pero me atraen los campos, los montes, esos montes y campos de los que la ciudad sale y no se acuerda. Pío Baroja habló de esas calles en la semana santa de su *Camino de prefección;* mas de estos montes necesario es hablar, porque lo merecen. Detrás de la ciudad se alzan pelados, silenciosos, austeros, bajo su ocre de hábito de fraile, los Altos de Caudete y Cerro Colorado; detrás, altísima, la Sierra de Santa Bárbara. A mi izquierda el llano de Albacete. Viene por él la vereda real de los serranos, el camino célebre de los ganados trashumantes, cuyas noventa varas clásicas los mozos miden con sus más célebre cadena. El pezón ó cuerno de Araví, el de las grutas de Aladino y el Cerro de los Santos.

En aquel cerro, que diviso perfectamente, se han descubierto los documentos más antiguos del arte ibérico, de un arte que apenas puede definirse, pero que se presume hermoso y grande. Soberbias figuritas labradas en piedra calcárea, menos elegantes que las de Tanagra y Tarso, pero preciosas, inestimables. Las recuerdo y las evoco. Son dignas

hermanas de la Venus de Elche, de los toros de Guisando, de la esfinge de Balazorte, del león de Bocairente, de la estatuilla de Gulina, de los lares y penates de Alemtejo y Evora. Sueño un poco en aquellas colonias fenicias, reconstruyo con los datos del paisaje aquellos lejanos días. Luego contemplo Sierra Salinas, el Cabezo de las Virtudes, la Sierra de Mariola, la del Caballo, la Sierra cortada de Pretel. El monte que me sirve de observatorio es una especie de duomo achatado, independiente de los sistemas de montañas. El camino real de los serranos le bordea por el flanco opuesto á la ciudad y lo aisla. Por este lado los montes son bravos, ásperos; las cañadas, hondas. La carretera de Jumilla, los Picarios con su cueva famosa de *La Condená,* la Sierra de Magdalena, las Atalayas, la Umbría del Fator, el Cerro de la Campana, Castilarejos, la Umbría de la Pava, la Sierra del Carche, la de las Pansas, los cerros de Cerricos, el Serral, un extremo de la de Salinas con sus millones de pinos, y muy lejano, el pico de Monóvar. Ahora bien; cada monte, cada cerro, cada sierra, tiene su forma, su color, sus líneas, y el espectáculo total es una decoración divina. Es muy cerca del mediodía; el sol acusa sin piedad los relieves de estos montes, y por las sombras de sus pliegues los ojos se dan cuenta de sus músculos. Se recuerda el libro definitivo de Hawg, su *Tratado de Geología.* Quiere uno con avidez infantil explicarse el por qué de aquellos accidentes del terreno. Quiere uno contar los años de los montes, la influencia del agua en sus capas; los abre uno en la imaginación y estudia sus hiladas, sus épocas, su naturaleza litológica. Todo en vano. El pícaro sol es un artista y no os deja ver más que la apariencia, las deformidades de la superficie, los caracteres exterio-

res. No es posible recordar la Paleontología, y el «calcáreo tosco de Célites» y el «facies de calcáreo de Nummulites» nada os dicen sino un bárbaro lenguaje. Ni Felix Bernad, ni Gressly; vuestra visión. Estos montes son reflejo de un poder colosal que no conocemos demasiado para temerle.

Entendemos su género brutal de hermosura. Amamos esa belleza brusca y quisiéramos poseer algo de su majestad salvaje. Quisiéramos, además, verlos cultivados, repoblados ó explotados. Su belleza es más sugestiva cuando aciertan á ser útiles. Se ha dicho por centenares de poetas que son las arrugas de la Tierra. En estas arrugas deseamos ver florecer espigas, árboles y sanatorios. El aire y la distancia los matiza. Un encanto cuanto más se alejan. De cerca son bruscos, irresistibles. De lejos, se redondean, se atusan, se funden y son muy bellos, muy varios. El cerro de las Trancas y el cementerio nuevo. Por falta de agua está sin regar la inmensa llanura que llaman el Hondo del Campo. Es una planicie de once kilómetros de ancha por veinte de larga. El agua falta; á cambio de eso hay once ó doce iglesias encargadas de pedir al cielo que en honor de Yecla conculque las leyes climatéricas. Causa emoción penosa extender la mirada por aquel suelo tan apto para el cultivo, y al que falta el agua. ¿Proyectos? Muchos. ¿Actos? Oíd á un campesino. Ha gastado miles de pesetas, pero ha encontrado agua.

Encontrada, la encerró; baja, la eleva por un sencillo motor. Y así riega. «¡Si todos me imitaran!...», sentencia. He visitado las fuentes que surten la ciudad. ¡Qué pobre y rudimentario es todo ello! Sin embargo, muy de mañana se celebró con gran lujo la fiesta de los panes de San Blas. Centenares de muchachuelas llevando sobre la cabeza

panes muy historiados y floridos han corrido en procesión las calles, seguidas de la efigie del santo, que cura los males de la garganta, nariz y oídos. Ahora lo celebran todavía y suenan las explosiones de los morteros, como cañonazos secos de Schneider. Mientras los ojos contemplan los montes y la ciudad en minúsculo relieve, me angustian el alma con relatos tétricos. Los yeclanos emigran, el pan falta, escasea el pan, no tenemos agua, la ciudad perece. Ante esta atroz realidad, que el espíritu contrasta, corteja y palpa, ¿qué importan los juegos de la luz: la perspectiva, hermosa; el panorama, espléndido? Humean las casitas todas. Son las doce, la hora de la comida

Es delicioso ver aquel humo azul que se funde en lo alto en neblina sutil como bruma de río. Desciende del mirador por el amplio camino. Van explicándome jóvenes muy buenos, muy progresivos, que por allí suben cierto día unos procesionarios vestidos ó enmascarados ridículamente, disparando viejos pistolones y mosquete s de chispa. Río; ríen. Es para llorar oir tales cosas. Mientras la ciudad perece por sed de agua y sed de cultura, mientras los campesinos emigran ó vegetan por falta del pan material y el pan de la libertad, hay gente que se llama cultu y se tiene por buena, que engendra procesiones y cánticos y espectáculos medioevales. Llego á la ciudad. Al sol sécanse unos grumos color de grosella; es cierta pasta de mosto que los extranjeros compran para sacar el crémor, la magnesia, el bicarbonato, el ácido tartárico. La historia de siempre. En las puertas de las casas toman el sol los yeclanos. Me miran con cariño. Les he dado tres conferencias, y han revelado saber salvarse. Llenaron el teatro de Concha Segura; se estrujaron en el Salón de la Fraterni-

dad; invadieron la sala de un banquete, y mientras el fantasma negro conspiraba para echarme de Yecla, el obrero, el campesino, el menestral velaba por quien les traía ideas, que son el pan y el agua de mañana. Calumniaban los ogros de la leyenda; apelan á manidas y tristes coacciones, pero el pueblo, los jóvenes, pedían agua y pan á la ciencia, alzaban sus manos impetrándola. Yo les daba lo que podía: una esperanza en el dato concreto de la cultura. En tanto, el fantasma siniestro, que es poderoso en Yecla, rugía. No podía negar á la ciencia sus conquistas. Apelaba al ridículo. Y para vencer al joven é insignificante misionero, gruñía en las sombras: «No le creáis: es hijo de una criada.» *Si licet in parva exemplis grandibus uti;* si es lícito comparar pequeñas con grandes cosas, ese ha sido siempre el argumento de los fariseos: «No creáis á Jesús; es hijo de un carpintero.»

Solamente que yo, sordo á todo eso, hice cuanto pude. Estreché manos, hablé, prediqué, sembré la ciencia que he estudiado penosamente. Y por las noches, cuando nadie me veía, rondaba en torno de la vieja casa solariega, de la Casa de los Gremios, en la que mi pobre madre sirvió tantos años. Y su imagen sencilla sostenía mi espíritu, como la ciudad, sediento.

XXXI

Psicología de la navaja española

> Un Gobierno bueno tiene menos ocasiones de empeñarse en contiendas, como un hombre bueno necesita emplear el bastón en la calle una vez cada medio siglo.
>
> (GUILLERMO FERRERO: *El militarismo.)*

Ignoro si hay país más pendenciero que el nuestro; en lo que ya no tengo duda es en que somos los hombres más irritables. Vengo demostrando en mis conferencias contra el flamenquismo que no hemos vivido un año en paz; que el guerrillero es padre del bandido, como la ignorancia lo es del aventurero; que las guerras incesantes no han respondido á constitución interna de la raza, sino que ésta se ha formado así, cruel y agresiva, á causa de tantas guerras. El estudio de nuestro pueblo, que es dificilísimo y está muy incompleto, revela tal agresividad y espíritu de lucha en la vanidad de las discusiones á gritos, patadas, puñetazos y puñaladas; en la crueldad con los animales domésticos; en las fiestas de los toros; en el número de delincuentes y en la cifra de las cárceles. Pero donde se puede estudiar bien nuestro carácter es en el

célebre majo, personaje que no ha existido nunca, que ideó don Ramón de la Cruz, y al que vistió don Francisco de Goya Lucientes. El tal majo degeneró en chulo, en bandido de baja estofa; en el vividor hampón de ojos zaínos; en el perdonavidas hueco, como un pulpo, pero, como el pulpo, con siete brazos; en el torero sin músculos, pero con más humos que Bilbao; en el reñidor de oficio, en todo español cuya honra ú honor son una especie de «mira y no me toques». El majo que hoy arrastra por los escenarios su propia asadura para inspirar terror á los simples mortales fué creado por saineteros que tenían de la vida un concepto jocoso. Hacer reir no era suficiente, había que mezclar la risa con el llanto, las lágrimas con sangre.

Ahora bien; sin causa justificada, sin heroísmo natural, por la española razón del «porque sí». Decía Donoso Cortés: «Para ver el caso que Dios hace del dinero, no hay como observar á quién se lo da.» Para comprender qué clase de sangre será la sangre española, no hay más que estudiar qué clase de bichos son los sementales de la raza, y la facilidad con que se abren «ojales» en el pellejo y se vacían Por algo los extranjeros nos representan siempre con la navaja en la mano, ó en la faja, ó en el ancho cinto de cuero. Han visto y hoy ve mos que la distintiva de nuestro pueblo es el matonismo, en sus diez millones de formas. Los saineteros que por aquí se estilan, que hablan de la moral como del diablo y se burlan de lo más pintado, deben haber observado que su labor ha sido admirablemente secundada por el pueblo. Hasta el punto ó puntos que afilaron las lenguas como navajas y dieron á éstas los famosos siete muelles. El pueblo habla por los codos, blasfema, escupe por los colmillos, discute en jarras, charla

en caló, reflexiona á salivazos, busca su porvenir en su «facha». Como veis, esto no puede ser más encantador. Si una navaja tuviera patas y brazos y dos ojos de cefalópodo, sería semejante á un español de raza. Si tropezáis «por casual» con su divina persona, arrodillaos con extremadas pruebas de arrepentimiento, porque es seguro que «la diñáis». Si os hacéis antipático á un hombrecito de este género, sed prudentes, rezad devotamente el credo y preparaos á morir como buenos cristianos. Ser antipático es una de las ideas fundamentales de este bendito país, en que se obra por misteriosos resortes sentimentales. En efecto, debemos poseer en las narices un extraño humor para oler almas. Olfateamos espíritus como los podencos la caza. Decimos majestuosamente: «Ese tío me ha sido antipático.» Para un sabio esta es una de las más claras fases del histerismo; pero guardaos de indicárselo así á los flamencos, porque la antipatía provoca en la pituitaria un estornudo de mal agüero, seguido de «dos hostias con principio». Creeréis que exagero; mas no tengo intención de pasar el tiempo, sino de acusar un mal muy grave. Entre la roña de los políticos y el genio asqueroso de los saineteros, han labrado un pueblo que se limpia los mocos con el revés de las mangas, pero que le pega dos tiros á su madre, si se da el caso. Procurad, además, no escamotear á nadie de la idea «pueblo».

Es muy frecuente creer que en España hay ineducados y «personas decentes», ó sea groseros disfrazados de ello. Lo que hay es mucha ignorancia y mucho arte de vivir, y cuando reveláis á alguno su propia miseria mental ó él se da por aludido, preparaos á recibir una «pescuecera», eso sí, y á cada uno lo suyo, no sin antes legalizar

tan hermoso acto gateando por el Código del honor, que es, sin duda, un manzano, y dar un magnífico «quiebro» en las mismas puntas á la santa Justicia. La navaja tiene sus privilegios y sus prerrogativas. En su blasón hay dos cuarteles: un cardo y un loro, partidos por la bastardía; pero á mucha honra y con una cartela, en la que dice que «M'alegrito de veros güenos.» Podéis creer que esto no es así; creedlo, mas recordad cómo concluyen en España las cuestiones, ó mejor dicho, qué significado se da en nuestra patria á la idea «cuestión». Cuestión no es problema, sino disputa; «manguzás del dos» y puyas de 105 centímetros, tres leguas más que menos. Exponéis una idea; á determinado indígena no le ha hecho gracia, y os «larga» una en un ojo, que veis los habitantes del alfa del Centauro. Caer ó no caer en gracia, he aquí el problema. Si no caéis en gracia estáis apañado, y os tiene cuenta buscar un profesor de armas, leer el doctrinal de duelos y quebrantos, y hacer testamento.

Además os aconsejo, para andar por la calle, una escafrandra de buzo y una armadura milanesa, con la antena de la telegrafía sin hilos por cimera, para pedir auxilio. La navaja se llama á veces bastón, y á veces florete, sable y estoque. Gusta de vestirse de alto copete y de codearse con «to Cristo». La veis en la faja de los gitanos, sus esgrimadores por excelencia, pero si sois finos observadores de la realidad, la halláis vestida con levita y pechera, descorchando champagne y estudiando con atención el Código de los caballeros. España no es así, pero los saineteros quieren que así sea. España no es así, pero la inteligencia no tiene muchos deseos de que tal estado de cosas desaparezca. El que tiene en el cerebro talento no se

satisface con eso y recibe lecciones de *kirtchoffer*. El que se cree valiente no tiene bastante con su creencia y aprende los cincuenta y siete modos de manejar la navaja. Hay que vivir, y pecho al agua. El caso es malcomer. Que las cosas deben ser, bueno; pero entretanto son, y en paz. Tomar las cosas como son y los días como vienen, es de sabios. Lo que es de «panolis» y cobardes es confiar en la justicia, y en la ley, y en la razón. ¿No está la razón en la fuerza? Pues ved ahí por qué la navaja es la suprema razón. No hay idea más aguda que una buena navaja de Albacete y su macho, el sable.

XXXII

La muerte del torero "Dominguín" y la muerte del capitán Scott

«...6.ª La sesta, musculosidad y fortaleza, de medio cuerpo abajo, ya para recibir un toro corrido, ya parado, ya en las estocadas de saca y mete, ya en la natural de cite y entrada.»

(Memoria del conde de la Estrella sobre el proyecto de Escuela de Tauromaquia que de real orden habíasele encargado, elevada á los pies de S. M. por mano del ministro de Hacienda en 26 de Febrero de 1830.)

«...Pero si hemos dado voluntariamente nuestras vidas ha sido en honor de nuestro país.»

(Mensaje de Scott, en 25 de Marzo de 1912.)

I.—Dos clases de países y dos fases del heroísmo humano

En Inglaterra hay hombres de valor probado; indudablemente los hay también en España. Valor es fundir una convicción determinada en cierta

cantidad de audacia. Entre la definición científica de Mosso y la evangélica de Tolstoi optamos por unir lo mejor de cada una en un sentido afirmativo. Tener valor es no ser cobarde ante un imperativo de la conciencia, ante un mandato del entendimiento, ante un sentimiento fuertemente desprendido y como desgajado del corazón. Nadie discute eso; nadie pierde ya el tiempo en definir geométricamente qué cosa sea el valor. Tenemos de esa emoción, que es á la vez movimiento, una especie de videncia mucho más expresiva que la más clara explicación. A los fenómenos de la discusión lógica podríamos responderles con Le Dantec: «Si las cosas fuesen de otro modo, también nosotros seríamos de otro modo; pero no podríamos existir más que adecuados á las cosas.» Es decir, que un hombre es valiente ó valeroso cuando siente la necesidad de serlo, puesto que la primera condición del valor es que sea oportuno; si no, es arrogancia, temeridad y majeza. Puede el hombre ser ó no ser valiente, según su naturaleza; pero nosotros hablamos del valor real, del valor puro. Decía Fresnel á Laplace: «La Naturaleza no se cuida de las dificultades analíticas.» Para ser ó no ser valiente, el hombre no se entrega á discutir el concepto de su acto probable. En cambio, se entrega á su propia emoción. En este supuesto, no entraña dificultad asegurar muy alto que un hombre nacido en Inglaterra y otro hombre nacido en España pueden ser valientes dadas las causas que motiven su arrojo. En principio nadie tiene una sola razón para demostrar que el valor de un inglés supera al de un español. Donde vaya un hombre va otro hombre, decimos, y ese mismo proverbio, más enérgico todavía en su concisión, lo poseen los ingleses. Sin embargo, séanos permitido de nuevo afirmar que

en la gama ó escala tónica de ese valor humano, la emoción que lo provoca, sea cual fuere, es del dominio de la psicología. Y en su nombre y con los elementos de juicio que presta puede un inglés juzgar el valor de un español; un español, el de un inglés.

Así despejado el campo, se me ocurre pensar que el valor español es tendencioso. Por espíritu histórico, por nuestras continuas luchas, por nuestra organización nerviosa, somos propicios al sacrificio que todo acto valeroso pide. Pero ese sacrificio es ciego; por lo menos, tuerto. Y es tuerto —valga la rara imagen—porque responde con excesiva facilidad, porque no tiene visión de conjunto ni visión intensa. Es un don morboso de la raza. Es un defecto por exceso. Es una prodigalidad por derroche. Es una generosidad de menor, de imprevisor, de imprudente, de ineducado. Un español es valiente siempre. Un inglés es valiente cuando debe serlo. En la realidad estas dos afirmaciones no son tan categóricas, lo advertimos. Pero discutiendo la emoción originaria sí lo son. Siempre que el pueblo español habla del valor inglés lo adjetiva así: frío. Un valor frío, un valor sereno; cierto. La serenidad es la cualidad más hermosa del valor. Además quiere decir que para tener valor es preciso tener razón. Sólo se tiene razón cuando entre las circunstancias que nos provocan y la persona hay un bien. De otro modo, el valor sereno es imparcial. Mejor aún; el valor frío es capaz de un retroceso, de una revisión, de un arrepentimiento. Consecuencia: el valor verdadero es útil. Lo útil es siempre necesario.

Sentiría que alguien confundiera una opinión con la infalibilidad. Mi deber es manifestar esa opinión con imperio. La convicción no tantea ja-

más, y la modestia no puede exigir otra cosa al espíritu que la negación de toda hipocresía. Los ingleses y los españoles han sido crueles cuando lo han tenido por conveniente. En mi raciocinio anterior no hay predilección; creo sinceramente que nuestro valor es un valor de inferioridad manifiesta. Nada de valor sajón ó latino. Las circunstancias en que nuestra historia se ha desarrollado; las amarguras que, justa ó injustamente, han caído sobre nuestro pueblo; las codicias que aquí han ventilado sus querellas, han producido en la raza una evidente hiperestesia, y somos histéricos, desenfadados y presuntuosos. Los hechos lo confirman, y ellos, no mi voluntad, son mi guía. Castaños puede poseer un género de valor equivalente al de Wéllinghton en la primera década del siglo XIX. En la década primera del siglo XX el capitán inglés Scott demuestra á la humanidad poseer un valor superior al del torero español *Dominguín*. Las geometrías euclídeas dicen que la suma de los ángulos de un triángulo es igual á dos rectos. Ahora bien; las geometrías no euclídeas afirman que la suma de los ángulos de un triángulo es inferior á dos rectos; esto no ha impedido que se hallara la situación de la tierra en el espacio, ni que se construyera el puente de Brooklyn. Muy poco nos importa el género del valor del capitán y del torero como valor puro, como acto de valor físico. La contradicción entre los dos valores no los aniquila mutuamente; demuestra un estado social: que Inglaterra, psíquicamente, es muy grande, y España, moralmente, muy poca cosa.

II.—Por qué y cómo murió el torero español «Dominguín»

Como tenía vergüenza
el buen *Dominguín*, quería
ó quedar muerto en la plaza
ó ganar la alternativa.

(De unas coplas populares que cantan y venden por la capital de España.)

El acto de disponer de nuestra vida voluntariamente acusa nuestra independencia en el universo. Todas las religiones velan sobre ese derecho sombrío á disponer de nuestra existencia cuándo y cómo nos plazca. La sociedad, si no quiere traicionar sus principios, debe con deber primordial y absoluto avisar á los hombres de que ese derecho, el primero de todos los derechos, es la garantía de todos los hombres también. Un hombre puede matarse. La sociedad no puede permitir que ese hombre se mate; más aún, no debe ofrecer á ese hombre ocasiones para que se mate bajo ningún pretexto. Por este raciocinio substancial, los sabios anulan poco á poco la pena de muerte, baldón de la Justicia. Por este raciocinio, los hombres de Estado escatiman los heroísmos colectivos, la efusión violenta de la sangre en holocausto á un ideal. Cuando un hombre, saliéndose de la ley, se eleva al heroísmo, da pruebas de valor, dispone de su vida, ¿quién afirma que la sociedad no debe examinar ese heroísmo, ese valor, esa muerte? Y ¿no ha de proceder

en su examen con el criterio de la más primitiva austeridad? A esa luz, el valor verdadero resalta más y la Humanidad, legítimamente, se enorgullece de tal ser. A esa luz, si el que transgredió la ley y la norma lo hizo sin objeto verdadero, la Humanidad, legítimamente, debe ponerle como ejemplo de anormales. Idealizar el valor falso es atentar contra el heroísmo digno. ¿Quién se puede ofender en esa prueba?... Los ignorantes y los enfermos. La sociedad, bondadosamente, lleva á los ofendidos á las escuelas, los cura y los salva. Si la ofensa vence, la anarquía triunfa y el hombre primitivo de las selvas, velludo y libre, reaparece bajo el traje negro moderno.

España es una península que confina por el Norte con Europa. Europa, aunque apesadumbrada, cuenta con ella en la lucha por la simplificación de la existencia espiritual. Un europeo que investigara judicial y psíquicamente en la muerte de *Dominguín*, súbdito español, torero de profesión, habría de lamentarse de dos errores, que son dos fatalidades del alma nacional. Veamos. Primer error: ¿quién indemniza á la sociedad de la pérdida inútil de un joven valeroso? Segundo error: ¿qué criterio de gobierno hay en la nación que permite la muerte de esos jóvenes? Interrogaciones vergonzosas. Pero hay otros argumentos. España es un pueblo bravo, pródigo en sangre. Tan pródigo es, que la pérdida de un depósito de unos cuantos litros de ella ni la conmueven. Bien; ahora decid: si estimáis tan poco esa sangre vertida, ¿por qué le dais una importancia que sois los primeros en negar? Y si, por el contrario, lamentáis como pérdidas nacionales de primer orden esos jóvenes, ¿por qué no reglamentáis su audacia haciendo derivar su valor á una utilidad cualquiera?

Dominguín era un joven pobre. Estaba casado con una mujer hermosa, como él joven y pobre. Los técnicos dicen que no poseía condiciones efectivas de lidiador. Su hermano había perecido en Barcelona en las astas de un animal. Queriendo comer y dar de comer á esa mujer y á ese hijo, torea. Nadie se opuso, el público lo azuzó; su vergüenza lo lleva á la muerte. He ahí la razón: su vergüenza. He ahí la clase de su valor: la vergüenza. Tener vergüenza torera, vergüenza española, es ser héroe á la fuerza; morir ó triunfar, dejando á la casualidad—que es la fatalidad de los estúpidos—hacer lo que guste. ¿Quién puede negar que este hombre tiene valor? Pero ¿quién puede afirmar que esta clase de valor no sea un profundo error de educación, del que toda una nación se hace solidaria por brutal costumbre? *Dominguín* luchaba en el ruedo por la vida, ofreciendo su sangre al toro, que era su pan. El pan era el pueblo; pero el pueblo es el toro, y el pueblo lo mató. No hay hipérbole. El toro es un animal que mueve el público con hilos invisibles, pero con hilos efectivos. El toro va donde quiere el público que vaya. El toro es la forma que toma la voluntad de unos miles de almas. Esto no se ve, pero ninguna razón tiene carne y hueso, y todos las sentimos ó entendemos. *Dominguín* era un joven valeroso; pero su valor, improductivo para todos, imprudente y temerario para él, le hacía vulnerable por esencia de su propia condición: el reto. Es justo confesar que para que el valor tenga una ponderabilidad apreciable ha de constituir cierto duelo en condiciones de inferioridad evidente. Mas el alma española no pesa, ni mide, ni precave, ni se detiene. Su característica es la arbitrariedad, el impulso frenético, correr á los brazos de la muerte para que nos

pongan en coplas como modelos de hombres que no tuvieron miedo. Pero no tener miedo á cosa alguna, ¿qué es? Hablemos alguna vez claro y bien, amigos jóvenes. No tener miedo á cosa alguna de este mundo, es tan ruin como tenérselo á las del otro; no significa nada. El valor frío es cauto, no repugna la ayuda, la busca, espía, estudia las dificultades, se da cuenta científica del peligro. *Dominguín* encunado, volteado, herido espantosamente en las tripas, encogido monstruosamente en la arena, ¿no os da la imagen de un valor triste, nada glorioso, estéril y antiestético? ¿No acusa la deformidad mental de una raza que así se distingue de las otras? ¿No os está diciendo con letras neoyorkinas que el valor así empleado es una derrota de las integrales del valor mismo, un triunfo del miedo á tener miedo, una afirmación gigante de crueldad y de impotencia?

Por muy obscurecida que esté la inteligencia de un país, no es posible que los hechos dejen de excitarla. Creedme No hay odio contra el valor torero; no se opone fanatismo á fanatismo. Ventilamos los designios futuros de un pueblo digno de mejor suerte, de jóvenes como *Dominguín*, cuyas energías necesitamos en otro orden de cosas. ¿Es valor cotizable socialmente, valor sano, valor de hombre dejarse atraer por el vértigo del abismo, del huracán de lo imposible, de la vanidad de una tarde de sol, de gritos y de espanto? El último rayo de luz que se extinguió en los ojos del pobre *Dominguín* fué un rayo rojo. En él, por medio del espectroscopio de la razón patriótica, hubierais visto descomponerse todos los colores, todos los minerales que integran la sangre nacional viciada, loca, absurda, sorda, clara como un horizonte sin belleza. *Dominguín* descansa. Otros *Dominguines* caerán

en el ruedo. Y la raza verá gastados sus tesoros probables de energía en las luchas inútiles de los cosos.

III.—Cómo y por qué murió el capitán inglés Scott

«Si murió es porque tenía que morir alguna vez...»

(Vieja canción española.)

Julio Verne fué el mago de nuestra infancia. Leyendo sus obras aprendimos á amar las aventuras científicas. Adivinamos con él la telegrafía sin hilos, los submarinos, los aeroplanos, los cañones del calibre 305, los *Mauritania*, los *Dreagnoudth*, las colonizaciones más audaces, los descubrimientos de los dos polos. Nuestros cuentos de Andersen, Grimm, Perrault y Hoffmann son sus obras. Hemos visto encarnados en la realidad los hijos del capitán Grant, el doctor Ox, el capitán Nemo, maese Zacarías, Martín Paz, Miguel Strogoff, Héctor Servadac, Matias Sandorf, Kerabán el Testarudo, Maston, Robur el Conquistador, míster Branican, César Cascabel, Claudio Bombarnac, Clovis Dardentor... En sus magníficas invenciones sentimentales escuchamos por vez primera el rumor inquietante del más allá, del misterio humano, del dato, que es una fórmula; de la fórmula, que es una síntesis; de la síntesis, que revoluciona una industria, la navegación y el país mismo. Entonces aprendimos que el siglo XX sería una prodigiosa caja de sorpresas.

La ciencia descubriría cosas portentosas; sentimientos nuevos vendrían á sustituir á los gastados de la Historia. Una moral nueva ocuparía el lugar de la vieja moral religiosa. El civismo se haría sabio, y habría mártires en la ciencia para probar que también es una religión, algo que puede influir en el espíritu puro, un ideal formidable, el más santo de los ideales... Después hemos leído los jóvenes muchas obras; el alma se ha distraído con otras obras más difíciles; pero los hechos nos traen hoy á la memoria *Una invernada en los hielos*, *Los ingleses en el polo Norte*, *El desierto de hielo*, *Los descubrimientos del globo*, *Los grandes exploradores del siglo XIX*. El capitán Corbutte se llama hoy Peary, Amundsen, Scott.

Peary y Amundsen han triunfado. Scott ha triunfado, pero ha muerto. He aquí la moral del valor europeo: realzar por la muerte un triunfo. Decir: «He llegado el primero al polo Sur ó al polo Norte.» ¡Qué gloria! ¡Qué valor! ¡Qué aventura tan digna de un hombre! Ningún español ha intentado eso en nuestros días. Nuestro valor es torero. Bloqueados por los hielos, nos asustaríamos de nuestra obra. La imaginación nuestra es tan pobre, miedosa y enferma, que ni siquiera nos ofrece la gloria del intento. A Scott podemos oponer Magallanes: ¡triste privilegio español que nos ridiculiza é inutiliza en el siglo! Llegar á los polos es una aventura trágica. Nansen, el duque de los Abruzzos y Shacketon han escrito páginas que parecen delirios. ¿Fruto? Para la Humanidad, borrar la vergüenza de no conocer el planeta que habita; para la Ciencia, tesoros de conocimientos. Muchas de las cuestiones de la Energética están allí; los problemas de las corrientes marítimas, los misterios de las corrientes aéreas, la demostración de tierras sumergidas, la explica

ción de la teoría tetraédrica de Lowthian Green, los principios de la termodinámica. Los polos, como los monstruos de los cuentos, defienden su tesoro. Ved en un plano el camino de los descubridores; ved el fatal y glorioso camino de Scott. Las montañas del príncipe Alberto, el mar de Ross, la gran barrera de Ross, los montes y glaciares de Commoweslte, los montes de Dominion, la planicie helada de la reina Maud, la llanura del rey Haakon VII y la del rey Eduardo de Inglaterra; finalmente, la gran barrera, de 800 kilómetros de ancha por 600 de larga, situada á las faldas de las montañas de Tierra Victoria. Y luego, el escorbuto, la muerte de los perros, las tormentas de nieve, el martirio de las quemaduras del hielo, las avalanchas que sepultan los depósitos de víveres, los huracanes que rugen con imponente y mortal desenfreno, temperaturas diurnas de 35 grados bajo cero y nocturnas de 43, invernadas silenciosas y absurdas, correrías sobre desiertos de hielo y bajo un cielo de mármol; y en el horizonte, el Polo, fatal, tétrico, horrible en su posición de esfinge, semejante al fondo de aquel embudo de que habla Dante al describirnos su Satanás metido hasta los riñones en el hielo. Scott, como Amundsen, quiso llegar, y pereció en la empresa. Su martirio santifica su energía. Amundsen y Peary, victoriosos, son agasajados por los sabios. Se celebran en su honor sesiones extraordinarias en las Academias de Geografía. Se edita y vende á millares el relato de su aventura. Scott ha muerto, y su figura pasa al Martirologio de la Ciencia y en su honor los escritores de todos los países hablan con admiración, con respeto, con envidia.

Su género de valor es lo que nos interesa examinar. Nosotros no somos capaces de él. ¿Por

qué? ¿Por qué nuestra raza crea *Dominguines* y no un Scott? Este valor sereno, consciente, grave; este valor silencioso, sin arrogancia ni desplantes; este valor científico es humanitario, el rasgo más grande y heroico que puede pedir el hombre á otro hombre, el acto que más enorgullece al hombre de ser hombre. El sacrificio de la vida no es el único sacrificio. Preparar esas expediciones necesita cantidades grandes de energía, prudencia y reserva. Nada más difícil que levar el ancla hacia las regiones de los polos. Ese valor sublime enaltece. Se afronta la muerte más horrible, la muerte lenta. Se busca el martirio más atroz, el suplicio del frío, del hambre, de la soledad implacable, del sudario que os envuelve en vida poco á poco, hasta ahogaros. Ese valor tiene un fin bueno. Ese valor entraña una utilidad positiva. Ese valor engrandece tanto á las naciones que poseen hombres dignos de él, que no es posible sino venerarlas de rodillas.

Nosotros somos nosotros: unos barbianes. Llevamos en el corazón un explosivo; poseemos del valor un concepto de inferiores. No acertamos á convertirle en aventura europea. Así como ninguno de los cráteres y lugares descubiertos en la luna lleva nombre de español, así tampoco en esas silenciosas regiones de la muerte y de la gloria veis ó leéis nombre alguno nuestro. Fuimos; no somos Los jóvenes, en España, son capaces de lancear de frente á un toro; el Polo, las máquinas, las exploraciones que dan un Congo á Bélgica, el ferrocarril del Cabo al Cairo, Panamá, Assuam... eso es obra de los jóvenes de otros países, de su valor moral, que obliga al cuerpo á realizar sobreesfuerzos admirables. Scott ha escrito á su patria. «No creo—dice—que ningún ser humano haya pa-

sado un mes como éste.» «Si hubiésemos vencido —añade—habría yo contado tales historias del valor de mis compañeros, que el pueblo inglés se hubiera conmovido.» ¡El pueblo inglés! ¡Sus compañeros!... Sólo piensa en ellos. Este misticismo patriótico, humano, es de otras razas. Nuestros toreros mueren diciendo: «Me ha matado ese canalla.» Nosotros pateamos la muerte, forcejeamos con la sombra lúgubre, y en los labios hay baba rabiosa. Scott lega su mujer y su hijita al pueblo inglés. Dice: «Creo que un tan rico país como el nuestro cuidará de los que dejamos atrás de nosotros.» Noruegos, franceses é ingleses se han disputado esas glorias. Nosotros nos hemos disputado toros. Ante los héroes cuya fotografía al pie del Erebus tengo delante; ante una fotografía del entierro de *Dominguín*, en la que una multitud inmensa se estruja, confieso que me avergüenzo de no ser inglés. Yo no entiendo que una cornada de toro idealice á un hombre. Yo ruego humildemente á esos escritores que tiene mi patria que, sin burlar la conspiración del silencio con que me honran, y de la que no salen sino para insultarme, sin nombrarme siquiera, expliquen á un joven español en qué se parecen esos dos hombres jóvenes: *Dominguín* y Scott.

XXXIII

Consejos de Goethe á los literatos

¡Tremendo campo de batalla es el hombre!

VÍCTOR HUGO.

Ramiro de Maeztu tiene razón; es preciso que una generación de verdaderos intelectuales plantee con exactitud todos los problemas á resolver en nuestra patria. Mas estos problemas tienen un lado alarmante, el número; y una fase siniestra, su complexidad. Cuando el joven recuerda cómo se desenvolvió la revolución alemana del 40, duda entre Fichte y Goethe. ¿Cuál de ellos tuvo razón? Sin género de disputa, Schiller. ¿Por qué? Goethe mismo lo revela al hablar de la libertad. «Esta palabra—dice el coloso—es una de aquellas que con más fuerza han conmovido y trastornado á muchos grandes talentos, como por ejemplo el de Schiller. ¿Para qué una libertad de acción enorme cuando la facultad de acción en sí misma está muy restringida?» Entre los discursos á la nación alemana del gran profesor y la *Helena* de Goethe están las audacias de Schiller, cuyo concepto de libertad le valió de la Revolución francesa el título preciadísimo de ciudadanía. Sin embargo, es mi deseo transcribir

aquí brevemente algunos de los consejos del gran hombre de Véimar, que son á la acción resuelta de Schiller lo que la *Urania* de Tiek fué al *Fausto*. ¿A qué estos consejos? No lo sé. Necesario es hablar de algo; tal vez se conozcan ya, mas la realidad de nuestra literatura los hace actuales. Los entresaco de las cartas á Eckermann. Los Meyers, los Merks, Kenebels, Zalters, los Bettina Brentanos, los Tiek, los Kotzebúe formaban la corte intelectual del sabio maestro, como en derredor de Voltaire se agruparon los La Harpes, Morellets y Damilavilles. A ellos hablaba, pero, y repito, que no han perdido su actualidad, dadas nuestras circunstancias sociales de bochornosa reconstitución.

—Reina—decía el descubridor del maxilar—entre los hombres que se entregan á las bellas letras una gran desgracia, un verdadero azote. Rara vez su simpatía los une sobre lo *bueno* y lo *bello* en sí mismo, sino sobre lo que les eleva, sostiene y exalta. Aquel de quien se prometen algún apoyo es objeto de sus elogios: el que los critica viene á serlo de su odio. De buena gana desterrarían del mundo el sentimiento de lo *bueno* y de lo *bello* como una autoridad agresora, como un dominio insoportable; y aun en las ciencias positivas admiten mucho menos cuanto sirve al progreso de los conocimientos generales que lo que coadyuva á sus intereses. Divinizarían al error si pudiera transformarse en pensiones, dignidades y conveniencias.

El gran poeta nos hablaba. ¿No es á nosotros á quien confidencialmente hablaba así? Continuemos:

—Yo no conozco otra libertad más digna de desearse que la de vivir en una atmósfera sana. Mas toda actividad que dimana de un principio negativo, no puede producir necesariamente sino un resultado negativo, y lo que es negativo, nada es.

Aun cuando yo llegue á probar que lo que es malo es malo, ¿qué habré adelantado? Y si el prurito de oponerme me obliga á sostener que lo que es realmente bueno es malo, ¿no me expongo á hacer mucho mal? Para ser útil no debe uno divertirse en criticar amargamente los vicios de los demás, sino dejarles que salgan del paso lo mejor que puedan y buscar para nuestro uso lo que hallemos mejor. Nuestra tarea no es la de destruir, sino la de levantar, á ser posible, un edificio sobre el que nuestros contemporáneos y los venideros puedan fijar la vista con agradecimiento y complacencia.

He aquí ahora una idea original de Goethe, ciertamente interesante en extremo: «El pueblo y las masas nunca comprenderán otra cosa que pasiones y sentimientos. La sabiduría es el eterno privilegio de los pocos. Precaveos contra toda influencia política. (Habla á Eckermann.) Todo lo que es fuerza brutal, acción de partido, dictadura política, es diametralmente contrario á la libertad del entendimiento, á la franqueza, al arranque del genio. La acción casi material que ha de ejercerse en los hombres; el maquiavelismo inseparable de tal mérito; la mezcla de fuerza y de astucia; las leyes sin cesar interpretadas ó violadas; la vigilante previsión de los sucesos; la lucha continua contra los obstáculos, colocan al político en una posición borrascosa, atmósfera de intereses viles que sofocan cuanto hay de ideas en él. Serás bastante patriota cuando hayas esparcido en tu país el gusto á lo *bueno* y á lo *bello*. Un jefe de partido no es cuando más sino un buen cabo de escuadra ó un capitán que manda á intereses organizados en batallón. Emplear su vida en destruir preocupaciones, echar á tierra barreras intelectuales, elevar y purificar las almas, ¿no es una ocupación muy

superior? ¿No es una verdadera impertinencia exigir al literato otra especie de patriotismo? En verdad que es desempeñarse noblemente de la deuda contraída para con la patria conservar el sagrado fuego de la moral pública, aumentar la suma de sus goces puros y mejorar á los hombres en vez de inflamar sus pasiones.»

Mas oídle ahora: «Es muy ventajoso para un autor manejar asuntos familiares al pueblo. El artista que trabaja sobre datos populares tiene la ventaja de estar sobre su base, de no atormentar su talento en busca de otros y de consagrarse enteramente al esmero de su ejecución. Conozco á una multitud de autores jóvenes que después de muchísimos esfuerzos no han producido otra cosa que obras muertas, bosquejos salpicados de algunos trozos brillantes. Muchas veces la moda y la popularidad llegan á conseguirse más por los defectos que por el mérito. Mi *Fausto* agradó principalmente por lo vago y obscuro, presentando el encanto de un poblema insoluble. La atmósfera sombría de la primera parte fué la que sobre todo sedujo á los lectores. No pretendáis investigar el motivo que me dictó tal obra. Un dulce reposo, tranquilidad de espíritu, silencio de las pasiones y largas horas consagradas á una misma obra. ¡Cuán raro es todo esto! Miras demasiado ambiciosas que ninguna relación tienen ni con las fuerzas ni con los acontecimientos de una existencia—de la que no siempre se dispone—han aniquilado á muchos talentos más ó menos distinguidos.»

El viejo venerable hablaba así en 1830, cuando las burlas de Heine zaherían el corazón del patriarca, cuando se le imputaba un silencio equívoco ante los resultados de la revolución. Nosotros deberíamos leer á menudo ese sereno epistolario

que formaba á Léssing, á Wicland, á Schlégel, Novatzi y Richter. No obstante, parece ser que nuestra generación literaria es incapaz de esa divina serenidad, como lo es del brillo purísimo é ideal de Schiller. Ni la acción ni la reflexión, un sombrío término medio. Y en el campo de batalla de la propia conciencia el genio de la raza muerto, con las alas destrozadas.

XXXIV

Lo que hay en los bailes de Pastora Imperio

«... la musique absorbe tout. Certes, c'est un crime artistique de danser sur de telle musique; je l'ai fait mais par nécesité, pour que cette musique éveille la danse morte, éveille un rythme. J'ai dansé sous cette musique, menée par elle comme une feuille sous le vent. . . . .
Après beaucoup d'études je suis arrivée á cette conclusion; que le rythme naturel du corps et le rythme de la musique contemporaine étaient en complet désaccord.»

ISIDORA DUNCAN.

«Como un dato que puede servir para dar á conocer la popularidad de *Montes*, consignaremos que circuló por entonces la noticia de que Isabel II se mostró inclinada á darle el título de conde, en consideración á sus merecimientos.»

(FRANCISCO SICILIA DE ARENZANA: *Las corridas de toros: su origen, sus progresos y vicisitudes*, 1873.)

He ido á Romea á ver bailar á esta mujer. En ese mismo escenario vi á la Tórtola Valencia: Es-

paña y Europa. Por muy eruditos que seáis, no encontraréis libro alguno que os hable del alma española y del género europeo como las danzas de estas mujeres. La Tórtola Valencia estudia; la Imperio no necesita meditaciones de ningún género. La Tórtola Valencia se funde en las pasiones que expresa. La Imperio se desprende de ellas, danza fuera de sí misma, baila para los demás y no sabe lo que hace. La Tórtola Valencia sabe y aplica á su arte la euritmia del gesto, concibe su cuerpo como el más maravilloso de los instrumentos, y compone y modela estatuas vivas de una armonía deliciosa, impecable. La Imperio sabe que es hembra y nada más; le tiene sin cuidado lo de la poesía del cuerpo; ignora si los sentimientos y los gestos entrañan ritmos; y francamente, sin rememoraciones de frescos mármoles, sin ideas helenas ni arcaicas, ella da cuerda á su cuerpo juncal y arranca admiraciones y halagos. La Tórtola Valencia ha leído á Emmanuel, á Noverre Aulnaye, Campau, Fertrault, Charbonnel, Laure Fouta y Thoinot-Arbeau. La Imperio se horrorizaría de estos nombres si los viera escritos. La Tórtola Valencia ha recibido lecciones de doña Mariquita, de Isidora Duncan, de Ivan Clustine, de Regina Badet, de la Napierkowska, de Carlota Zambelli, de la Trouhanowa. La Imperio nació bailando, y tanto mejor para ella. La Tórtola Valencia se enseña los misterios de la danza en un Tanagra, en un vaso de Vulci, en una paila de Kourna, en una crátera de Delos, en una ánfora de Milos ó en un vaso de Hieron. La Imperio bebería manzanilla en ellos, sin parar mientes en las figuritas allí repujadas. La Tórtola Valencia conoce sus antepasados artísticos: Loie Fuller, la Cerrito, Elssle, Taglioni, la Camargo, la Grisi, la Grahu, la Sangalli, la Emma

Libry, la Guimard. La Pastora Imperio es única; su antepasado artístico es la Gitanilla de Cervantes. La Tórtola Valencia oye música de Dukas, Debusy, Strauss, Florent Schmit, Balakirew, Korsarrow, Borodino, Saint-Saëns y Leo Delibes. La Imperio oye la guitarra. La Tórtola Valencia es una bayadera, una apsara, una odalisca, una tedivial, una hurí, una churuluyun, una coribante. Si la Imperio se oyera llamar esas cosas, estrangularia al atrevido que se las aplicara. Nada de Oscophories, ni Persiké, ni Delianne, ni Gymnopedies, ni Ramdjeniy, ni Nautchniy; la Imperio sólo conoce el garrotín, la farruca, el bolero, el vito, el fandango, el zapateado, el zorongo, el olé, el jaleo y las sevillanas; todos los pasodobles, desde *El Caraancha*, de Arnedo, hasta el popularísimo de su marido. La Tórtola Valencia es como Europa quiere que sea. La Imperio es «así», como le da la real gana de ser, y en paz.

La Pastora Imperio es una mujer arrogante, bravía y fea. Su fealdad es graciosa; pero es fea. Aquella nariz no responde á los ojos aquellos. Los ojos son magníficos, negros, con negrura de ciprés de Boecklyn ó de Stuck. La nariz es cyranesca, respingada y monjil. No se tiene la nariz que se puede, sino la que el carácter marca. Esa nariz es la clave del alma de la Imperio. Su descaro violento, su brusco desgarre, su fiereza inconsciente están allí, en esa nariz traidora, que echa á perder una hermosa cara. Hay fuego en sus ojos, noche en sus cejas, ébano en su pelo, carne en su cuerpo, arrogancia en sus formas; no hay gesto, no puede haberlo; la nariz lo impide. Canta, oís sin discusión; pero la miráis atentamente, y las palabras contradicen los rasgos de la cara. La cara es demasiado grande; muy alto el espacio de la nariz á

los labios. El labio superior es enorme; el inferior el de un niño; lo que engendra una boca rarísima, presuntuosa y de una feminidad agresiva. El menton es bello y la mandíbula enérgica; pero el arco de la mandíbula de la Tórtola Valencia no se olvida tan fácilmente, y en la comparación pierde una vez más esta española, ante la cual enloquecen nuestros jóvenes. De Romero de Torres á Marín, de Daniel Zuloaga á Moya del Pino y Bagaría, todos los artistas se embriagan con el arte de esta mujer y su belleza. Y ni hay en ella belleza ni arte. Hay gitanismo, masculinidad, torería y agresión; hay primitivismo, instinto y sangre; todo, menos arte.

No es posible á la inteligencia separar la belleza de la gracia; al sentimiento le es permitido aislar de la belleza el substrato «gracia». El entendimiento sorprende en la cara bella la gracia como una emanación de los rasgos, como una simpatía substancial de las formas. El corazón puede despojar á las líneas hermosas de la gracia, y decir que existe fuera de la hermosura, y que hay caras graciosas, palabras graciosas y hasta actos graciosos. En este sentido la gracia no es una substancia, sino una cualidad: es al cuerpo y al alma como el color es al dibujo. La Imperio es graciosa. Su fealdad facial atrae, seducen sus mejillas, sugestionan sus ojos; todo ello, hasta la boca, está lleno de gracia, de simpatía. Aquella mujer os gusta; pero nada más. ¿Por qué? Porque no es bella. La belleza, por sí sola, sin que hable, ni cante, ni baile, os produce emoción, y emoción profunda. La belleza conquista sin discusión; lo que se discute no es bello. La Imperio, quieta, es vulgar, simpática y graciosa. Mas se mueve y canta y baila, y entonces...

Entonces he visto yo una mujer audaz, procaz

y desenvuelta, sin miedo al público y con mucho tablado. Su vestido es una falda de percal con los vuelos gitanos; un mantón de largos flecos morados envuelve su pecho robusto de mujer muy hecha; una flor roja detona en su pelo negro, y cubre sus pies con zapatos color de oro, de tacón imposible. La música inicia una melodía zalamera, trashumante, muy oída, de giros flamencos, de rasgos achulapados, de tristeza grande. Canta ella. Su voz es muy ronca, ajada y descompuesta. Trabaja mucho, y tal vez esa ronquera no sea defecto de la voz. De todos modos la voz no es bella. Es una voz sin valor coral, una voz cruda, sin impostaciones ni tonterías. ¿Para qué habría ella de desear otra voz que esa? Su sentimentalismo encaja admirablemente en ese género de voz; encarna con justeza en el verbo suyo. Es una voz que muerde. Es una voz de inflexiones descompuestas. Se debe cantar así en las orgías y en los funerales gitanos. Es una voz masculina, templada por el ansia de un no sé qué absurdo, que de precisarse sería un rugido felino. Esta mujer no se oye, no se cuida, no vela por ella. Parece que preside á todo su ser una superstición, y que canta porque se lo manda una voz misteriosa desde muy lejos. Desgarra, rompe, agrieta, rasga, raya el espíritu del que la oye. Su canción es un disparate: «Un gitanillo granuja camela á una gitana esquiva, sin resultado explosivo—nada de inmediato—, y como la infeliz no hace tonterías, el gitano la maldice, gritándole que ojalá las ratas le coman los dedos de los pies.»

La Imperio canta esto con un amor que lastima. Su amor es carnal y carnívoro. Se cierran los ojos por no verla, por no ver cómo aquellos ojos suyos despiden fuego, llamaradas de ira, de rencor, de

venganza, de renunciación hampona. Nada más terrible que su mano crispada en el aire, agarrotada, amenazadora y cruel. Es una zarpa de gata consentida, de bruja de aquelarre, de sombra en sueños. Se mueve descompasadamente, arrastra la música consigo, la canción, el público y su propio corazón; luego los estruja, y total, nada. Os sentís mal, padecéis; aquello no es una copia viva de la vida, es la vida misma. Lacera oir á la Imperio. No volverá á nacer una mujer como ésta, en cuya alma se dé el genio entero de la España sentimental. No pone en lo que dice un átomo de arte; pone su voluntad, y basta y sobra, y os rompe sin piedad los nervios. Sin arte, siempre sin arte, sin que en su dolor haya concesión alguna á la realidad, sin que se tome la molestia de comprender que su dolor no os interesa sino como tema artístico. Y no ceja, y no se cansa, y no se desprende de vuestro corazón hasta que quiere, y no quiere sino cuando se rinde.

¡Si en este espíritu hubiera caído un ideal artístico!... ¿Qué sorpresas gigantescas no hubiera ofrecido? Pero es indomable, férrea, brutal, áspera, ruda y gitana. Su gitanismo es salvaje puro; no se puede dar nada más verdadero y lamentable.

Estoy hace mucho tiempo estudiando el gitanismo. Sé que le debemos nuestra muerte moral y civil. Pero esta desconcertante mujer me ha convencido de que el gitanismo es la fórmula suprema de nuestro arte actual. ¡Maldito sea él cien veces, y maldito porque ese arte es, como esta mujer, un movimiento implacable hacia atrás! Baila. Sale un guitarrista. Los dedos de este hombre serpean por las cuerdas, y de ellas arrancan un motivo torturador y melancólico, un fanfar negro como los cabellos de la Imperio, un rasgueo quejumbroso de

taberna obscura. Canta y baila. Yo no sé cómo describiros ese baile. Creedme. Es indescriptible, antiestético, macabro, lujurioso, infame y formidable. En ese baile no hay un solo rasgo meditado que responda á la idea altísima del cuerpo de la mujer. Es una danza horrenda del sentimiento pasional, sin freno alguno. Si bailara descalza, se quedaría sin pies. No comprendéis que la cintura no se doble, rota, como rama partida por un hachazo.

Es un baile marcial, en el sentido guerrero de la frase; es un baile torero, en el sentido sangriento del adjetivo. Para bailar así hay que abandonarse al instinto y que él voltee, zapatee, se torture y sueñe.

Su baile abre ante vuestros ojos una Plaza de toros, un día de sangre. La muerte de *Dominguín*; la *Giralda,* de Juarranz; el sol entre nubes de polvo, producidas por los carruajes que van á la Plaza; la sangre de los caballos en la arena del circo; los gritos de impaciencia de cincuenta mil espectadores; el patio de un presidio un día de riña; el corazón de un torero guardado en un frasco de alcohol; el mapa de España ocupado por un circo gigantesco, cuya puerta diera á Gibraltar; la piedra de Clunia; sacos de monedas iberas con taurobolios ó cornúpetas; el salto de *Martincho;* Manuel Bellón marconeando un toro; el escudo de España entre banderillas y picas, á la puerta de la Escuela de Tauromaquia; un monosabio metiendo la asadura de un caballo en la panza y cosiendo con estopa; la bandera española flotando sobre la Plaza, y los enfermos de los hospitales bebiendo caldo de toros rabiosos muertos; el *Desperdicios* arrancándose de un tirón, cerca de la barrera, el ojo que el toro le desprendiera con el asta; los rehiletes del

licenciado Falces; los miles de libros de la *Bibliografía taurina* de Carmena saliéndose del catálogo é inundando el Parlamento; José Cándido resbalando en la sangre de un caballo y muriendo en los cuernos de un toro; las láminas de la *Tauromaquia* de Goya y los artículos de la *Tauromaquia* de *Paquiro;* don Alfonso el Sabio prohibiendo en las partidas primera, tercera y setena las corridas; los nobles clavando sus rejones y los plebeyos asaeteando novillos desde los árboles; Felipe II negándose á imponer la Bula de excomunión del papa Pío V; la duquesa de Alba montada á horcajadas en un toro de Murube; las trescientas noventa y nueve plazas de toros y las cuatrocientas setenta y tres cárceles; los treinta mil pueblos sin escuelas; el crimen de ayer; un torero en el lecho de una condesa; la Dolorosa saludada con saetas; diez millones de hombres en la miseria corriendo detrás de la tartana que lleva los toreros á la Plaza; la muerte de Carmen en la puerta de la plaza de Sevilla; un falo monstruoso colgado de la lanza de la bandera nacional; seres espantosos arrojando en cubos al Océano la sangre de los españoles; el volapié; la suerte de recibir; la capa de *Lagartijo;* un cartel de toros ocupando una página en la Historia Universal; flamencos pisando los huesos de sus padres en los cementerios; cuadrillas vagabundas de gitanos asesinándose en los suburbios de las ciudades; las casas de lenocinio en hacinamiento espantoso; un mantón de Manila ensangrentado y una liga de mujer en el cuartel del león de nuestro escudo; el bombo de la Lotería de Navidad; ríos de manzanilla inundando las poblaciones; el ayeo, el jipío, las palmas, el retruécano; la muerte sentada en la meseta de Castilla con los dos pies en el Atlántico, mirando las Américas independientes; las

chulas arrojando á los tornos de las Inclusas centenares de cachorros vestidos de chisperos...

¿Más? Mucho más. Viendo bailar á esta mujer se concibe que España lleve seis siglos de retraso á los demás pueblos en su civilización.

FIN

INDICE


EX–
LIBRIS
EVGE
NIO –
NOEL.
JVLIO-ANTONIO